Igiaba Scego

MI CASA ESTÁ DONDE ESTOY YO

Traducción de Blanca Gago

Nørdicalibros

Igiaba Scego

Mi casa está donde estoy yo

Traducción de
Blanca Gago

A Somalia, dondequiera que esté.

Me he instalado en un territorio de confines inciertos que suelo definir
como el país de mi imaginación.
Nuruddin Farah, *Rifugiati*

EL DIBUJO O LA TIERRA QUE NO ESTÁ

Sheeko sheeko sheeko xariir…
Historia, historia, oh historia de seda…

Así empiezan todas las fábulas somalíes. Todas las que mi madre me contaba de pequeña. Fábulas un poco gores, en su mayoría. Fábulas al estilo Tarantino sobre un mundo nómada donde no cabían ni encajes ni miriñaques. Fábulas más duras que un arcón de roble. Con hienas de babas pegajosas, niños destripados y recompuestos, astucias de supervivencia. En las fábulas de mamá no existían princesas, palacios, bailes ni zapatitos. Sus historias reflejaban el mundo en el que ella había nacido, el monte de Somalia oriental por donde hombres y mujeres se desplazaban continuamente en busca de pozos de agua. «Siempre llevábamos la casa a la espalda», solía decirme. Si no era a la espalda de verdad, poco faltaba. El mejor amigo del hombre, el noble dromedario, casi siempre la llevaba por ellos.

Mamá Kadija llevó una vida dura hasta los nueve años. De niña aprendió a ser una buena pastora. Ordeñaba cabras y vacas, se ocupaba de los camellos pequeños, cocinaba arroz con carne y nunca se lamentaba por los callos que le salían en los pies cada vez que su extensa familia migraba de nuevo. Las historias eran la mejor manera de no pensar en las fatigas de la vida real. Los *ginni*, demonios peligrosos y lascivos, las fieras feroces sedientas de sangre, los héroes dotados de grandes talentos servían para olvidar que la vida no era un regalo y debía conservarse cada día a fuerza de voluntad. «Porque lo único que de verdad nos hace libres es la voluntad», decía el abuelo, el señor Jama Hussein, padre de mi madre, a quien nunca conocí.

La vida de mi familia es un prolongado acto de voluntad.

Cuando mamá me contaba sus historias, yo, nacida y criada en Roma, me echaba a temblar como una hoja. Pero no me escapaba, porque siempre quería llegar hasta el final. Ver al malo castigado y al bueno en el trono. Un mundo maniqueo que me reconfortaba. Un mundo cruel pero claro. Además, como todos los niños que se precien, yo era un poco sádica.

No, no penséis mal de mí. Soy una mujer dulce y sensible, soy miel y jengibre, soy canela y cardamomo. Soy azúcar de caña. Sé que las palabras hasta ahora pronunciadas me describen como una *dhiigmiirad*, una bebedora de sangre humana. Pero en las fábulas se escoge un sistema de vida y de muerte ligado al mundo ancestral de nuestros antepasados.

Cuando estaba en primaria, leí la fábula de Blancanieves en una antología, y entonces comprendí que Europa y África tienen muchos puntos en común. En la versión original de la historia de los hermanos Grimm, el final es muy distinto del que todos conocen. La pérfida madrastra está invitada a la boda, y ahí justamente es donde la reina mala paga todas sus fechorías. «Sobre las brasas ya estaban dispuestas dos zapatillas de hierro: cuando estuvieron incandescentes se las llevaron, y ella se vio obligada a calzar aquellos escarpines candentes y bailar con ellos hasta que los pies se le quemaron miserablemente y cayó al suelo, muerta». ¡Se había hecho justicia! ¡Grimhilde a la hoguera! ¡A la hoguera!

Grimhilde es como Aarawelo, la resuelta devoradora de hombres; Wil Wal parece sacado del mundo de Andersen. Nuestras fábulas están más próximas de lo que imaginamos. Quizá nosotros también. Roma y Mogadiscio, mis dos ciudades, son como gemelas siamesas separadas al nacer. Una incluye a la otra y viceversa. Al menos, así es en mi universo.

Lo comprendí una tarde, hace unos años, en una desordenada cocina de Barack Street, en Mánchester. El Barack que daba nombre a esa calle no tenía nada que ver con Obama. En esa época, Obama aún no era nadie, solo un pequeño senador que soñaba lo imposible. En aquella época, el Barack de esa calle me hacía pensar en otras cosas, sobre todo en la raíz de la palabra árabe «bendecir». Ba - Ra - Kaf, tres letras afortunadas que formaban esa bendita palabra. En aquella cocina desordenada de Barack Street, y gracias a la bendición allí presente, yo sentía que podía suceder cualquier cosa y, de hecho, sucedió algo. Describirlo puede convertirlo en un hecho cotidiano y, en el fondo, banal. Pero ahora, al mirar atrás, sé que aquello fue el inicio de un trayecto colectivo sin parangón en la historia familiar.

Nura, mi cuñada, había guisado un pollo fastuoso. Ese fue el principio. Un ave banal y graznadora, por lo demás muerta, rellena de exquisiteces y embadurnada con toda clase de ungüentos. Yo odio el pollo. Lo como por costumbre, pero siempre me ha parecido un plato sobrevalorado. No sabe a nada, me recuerda los pasillos de los hospitales o las colas de los comedores de empresa, siempre llenas de frustraciones. Es sustento, no placer. Así, cuando Nura, con su buen hacer, anunció «*Maanta dooro macaan*», hoy toca rico pollo, yo pensé: «Bueno, hoy no comemos». Pero me equivocaba. No sé muy bien qué clase de prodigio alcanzó Nura con el pollo, pero, decididamente, no solo estaba bueno, sino que rozaba lo divino. Se deshacía en la boca y, durante un segundo, cada uno de los comensales tuvimos una visión paradisíaca de nuestro particular jardín del edén. Durante un instante, la tierra desapareció bajo nuestros pies, y fue después de aquel pollo cuando las historias se encontraron y se abrazaron. Con las panzas llenas, nos dejamos llevar por los recuerdos de nuestra vieja tierra, ya lejana, ya perdida. De ahí, un sentimiento difícil de explicar colmó

nuestro espíritu. No era melancolía, no era tristeza, no era alegría, no era lamento. Era algo en los confines de todos esos impulsos. El poeta y cantante brasileño Chico Buarque lo habría definido, seguramente, como saudade. ¡Qué bella palabra! Una palabra intraducible, pero tan clara como puede ser solamente nuestro nombre en una noche de luna llena. Una especie de melancolía que se siente cuando se es o se ha sido muy feliz, pero en esa alegría se insinúa un sutil sabor amargo. En esa saudade de exiliados de la propia tierra se sitúa uno de los principios de esta historia. Digo uno de los principios porque, en la vida, no solo comenzamos una vez, y nunca solo por una parte.

Sheeko sheeko sheeko xariir…

Historia, historia, oh historia de seda…

Waxaa la yiri, waxaa isla socday laba nin, wiil yar iyo naag dhallinyaro ah, kooxdii waxay bilaaben in ay sawiraan khariidada magaaladooda.

Cuentan que dos hombres, un niño y una mujer se encuentran y empiezan a dibujar su propia ciudad.

Ese grupo estaba formado por mi hermano Abdul, su hijo pequeño Mohamed Deq, el primo O y yo. Estábamos reunidos alrededor de una mesa de madera, delante de una taza de té de especias humeante. A nuestro alrededor se desplegaban los hilos de nuestros viajes y las nuevas posesiones. Formábamos parte de la misma familia, pero todos habíamos recorrido itinerarios distintos. Cada uno guardaba en el bolsillo una nacionalidad occidental diferente. Sin embargo, llevábamos el dolor de una misma pérdida en el corazón. Llorábamos una Somalia perdida por una guerra que nos costaba entender. Una guerra que comenzó en 1991 y cuyo final no podíamos siquiera intuir. Recordábamos un poco uno de aquellos viejos chistes. Esto era un inglés, un italiano, un finlandés…

Mi hermano era el inglés. Después de haber recorrido el mundo, Abdul se estableció en Gran Bretaña, donde se casó y tiene un hijo. Ahora es ciudadano de Su Majestad y, desde hace unos años, alberga simpatías por los laboristas. Lo único que no soporta de su amada Albión es el olor a fritanga que emana de los *fast food*. Cada vez que va a Piccadilly en el autobús número treinta y seis, se tapa la nariz con la mano lo más fuerte que puede. Pero la peste a aceite frito le llega de todos modos y lo marea. Para ir tirando, tiene mil trabajos, como todos los somalíes. Su preferido es el taxi. Preferido porque a él le gusta lo nuevo, es decir, llevar a gente desconocida por la ciudad sin saber previamente su destino: en el fondo de sí mismo, lleva enterrada su alma nómada. Conducir lo vuelve manso como un corderito. Además, es un buen negocio, dice. Cada fin de semana, los ingleses blancos y anglicanos (o ateos) se emborrachan y luego toman taxis en los que un montón de Abdules abstemios musulmanes sunitas asumen con pericia su deber.

El primo O, en cambio, tiene una historia increíble. Su nacionalidad es finlandesa. También la de su mujer y sus siete hijos. Llegó a Gran Bretaña casi por accidente. Quizá solo

por desesperación. Su pasaporte muestra un color ácido y, si acercamos el oído al cartón rígido, podemos oír el silbido del viento del norte. El primo O nunca ha soportado ni Helsinki ni su nacionalidad finlandesa. De su país de adopción no le gustaba ni el hielo ni, mucho menos, la lengua. Su mujer y sus hijos aprendieron casi al vuelo, nada más llegar, esa lengua llena de sonidos guturales, pero a él le provocaba urticaria. Finlandia era y es una tierra llena de posibilidades, de eso se daba cuenta el primo O, pero el país seguía sin gustarle en absoluto. Durante muchos meses, Finlandia fue para él ni más ni menos que la tierra de los cabezas rapadas. En las calles del suburbio de Helsinki donde vivía, sentía las miradas feroces y malvadas que se clavaban en él: una sensación que solo había tenido antes en Mogadiscio, en 1991, en vísperas del inicio de la guerra civil.

La primera señal de que algo no funcionaba la encontró en un par de botas negras con tachuelas expuestas en el escaparate de un zapatero del barrio. Después vio aparecer una esvástica en una pared. Al cabo de una hora, la esvástica ya no estaba. El ayuntamiento, diligente y bien preparado, se había encargado de borrar la menor traza de aquella ignominia. Las esvásticas aparecían y desaparecían a la velocidad de la luz. No daba tiempo a verlas cuando ya alguien había intervenido con prontitud para borrarlas. No solo aparecían en las paredes, sino también en las personas: en la ropa, en los brazos, en el pecho, en los carteles de la escuela, rasuradas en los cráneos de pelo cortísimo. Una noche, alguien llamó a casa del primo O. Era la mujer de un viejo amigo. El primo O no entendió gran cosa de aquella agitada y breve llamada telefónica, solo que alguien había hecho daño a su amigo. Una vez llegado al hospital, pudo entenderlo todo. Un grupo de cabezas rapadas había decidido usar al amigo como saco de boxeo hasta el agotamiento. Pronóstico de recuperación de dos meses. Lo peor fue la esvástica en la frente, no rasurada, sino tatuada en una zona donde no estaba previsto que naciera pelo. Ningún ayuntamiento diligente podría raspar aquella perfidia hasta hacerla desaparecer, pensó el primo O. Pero el amigo, en el fondo, había tenido suerte. Porque, a esas horas, su mujer estaba llorando a un herido, no a un cadáver.

Esa noche, surgió una decisión del pecho del primo O. Se trasladaría a la vecina Gran Bretaña. Allí estaría cerca de muchos miembros de su familia, algo ideal para volver a empezar —por tercera vez— una nueva vida. Ya había escapado de una guerra y no tenía intención de afrontar otra en suelo europeo.

Yo, en cambio, era la italiana del chiste. Los somalíes de Gran Bretaña no entendían esa obstinación mía por seguir en la tierra de nuestros antiguos colonizadores. «Pero… ¿qué haces allí?», me preguntaban todos. Algunos añadían maliciosamente: «Si ni siquiera tienes marido». Los somalíes de Gran Bretaña veían Italia como la peor elección posible. Un país donde un prófugo somalí no tiene ayudas del Estado, ni casa ni subsidio ni préstamo hipotecario. Un país donde un racismo repugnante serpentea por donde menos te lo esperas, y donde, inevitablemente, acabas casada con un blanco. Esto, para muchos somalíes, era una absoluta vergüenza: «¿Pero no querrías mejor uno bien guapo y alto de los tuyos? ¿A qué aspiras, si no?

¿A convertirte en una querida, como esas pobres mujeres de la época colonial? ¿Esas amantes de los italianos a quienes estos abandonaban puntualmente al final de su estancia y ahí se las apañaran con sus hijos y sus problemas? ¿Quieres acabar así en un país como ese?».

¡Por supuesto que no! Pero me resultaba difícil explicar mis razones. Italia es mi país. Lleno de defectos, desde luego, pero mi país, al fin y al cabo. Siempre lo he sentido profundamente mío. Como Somalia para todos ellos, los que me decían esas cosas, un país que también abunda en defectos. Decir: «Yo amo Italia» no habría sido aceptable. Nadie lo habría considerado un argumento plausible. Explicar que trabajo con la lengua italiana también me suponía un esfuerzo titánico. Y mejor no alardear de mi desastrosa vida sentimental. Así, aprendí a hablar de Italia solo con quienes fueran capaces de comprenderla. El resto del tiempo, me limitaba a rezongar en lugar de responder. Pero todos tenían más razón que un santo en una cosa: Italia había olvidado su pasado colonial. Había olvidado que los somalíes, eritreos, libios y etíopes habían vivido un infierno en ese pasado. Había borrado de un plumazo aquella historia con una facilidad asombrosa.

Eso no significa que los italianos hayan sido peores que otros pueblos colonizadores. Sencillamente, eran como los demás. Los italianos violaron, asesinaron, desdeñaron, corrompieron, saquearon y humillaron a los pueblos con los cuales establecieron vínculos. Hicieron como los ingleses, franceses, belgas, alemanes, estadounidenses, españoles o portugueses. Sin embargo, muchos de esos países, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, entablaron discusiones al respecto en las que hubo enfrentamientos, intercambios de opiniones amargas e impetuosas; se interrogaron acerca del imperialismo y sus crímenes; se publicaron estudios sobre el tema, y ese debate influyó en sus respectivas producciones literarias, ensayísticas, cinematográficas o musicales. Italia, en cambio, sigue muda. Como si nada hubiera ocurrido.

Pues eso. Allí estábamos los tres con el pollo de Nura en la barriga y nuestras nacionalidades en el bolsillo, tan distintas. Hacíamos la digestión. Mi sobrino se dedicaba a fabricar aviones de papel allí mismo, a nuestro lado. Quizá fuera un momento de pura felicidad. No sé quién de nosotros se levantó e interrumpió la magia. Seguramente fui yo: no sé estarme quieta durante mucho rato. De repente, me habían entrado ganas de comer algo dulce. Alcancé una caja de galletas secas, la abrí y la puse en el centro de la mesa. El primo O y Abdul se abalanzaron sobre ella y agarraron galletas a puñados, mientras que yo tomé solo una. El niño ni siquiera se dignó echarle un vistazo. Estaba demasiado atareado con sus aviones de papel.

Todo empezó con una pregunta mía. Era la única que no tenía la boca llena de galletas aún por masticar, ni las manos atareadas con los aviones de papel. Aún hoy sigo sin comprender por qué hice aquella pregunta. Quizá me vino dictada por una mera curiosidad o se convirtió en el motor inconsciente de un destino. La pregunta no estaba dirigida a nadie en particular, tal vez solo me estaba interrogando a mí misma en voz alta.

—¿Cómo se llama el cementerio donde está enterrada la abuela Auralla? —Los dos hombres y el niño me miraron con expresión confusa. Una mirada oblicua, un poco perpleja, fija en el aire—. Bueno, ¿entonces? —insistí—. ¿Dónde está enterrada?

—En el cementerio de Sheik Sufi, el de las tumbas azules… —El primo O fue el primero en aventurar una respuesta—. Me acuerdo…, me acuerdo de que está enterrada allí. Seguro.

—Pero ¡¿qué dices?! —casi gritó mi hermano Abdul—. Dada está enterrada junto al abuelo, en el cementerio general Daud.

—Ni hablar de eso, embustero. —El primo O pareció acalorarse—. Soy mayor que tú y me acuerdo mejor de Mogadiscio. A la abuela la enterraron en Sheik Sufi.

—¡Menudo cuento! No te acuerdas de nada de Mogadiscio, siempre estabas encerrado con tus libros y tu erudición. No veías el mundo. Yo, en cambio, me la he recorrido palmo a palmo. Era un golfo. No por nada me llamaban «el Bárbaro». Siempre estaba haciendo pellas. Esas calles fueron mi escuela. La ciudad se me metió muy dentro. Me acuerdo de ella mejor que tú. Hasta podría dibujártela. Sí, primo, sería capaz de hacerte un bonito dibujo de Mogadiscio ahora mismo, si quisiera.

—Qué buena idea, papá —dijo el niño, y tomándonos a todos por sorpresa, propuso—: ¿Dibujamos?

Los dos hombres miraron a Mohamed Deq como si estuviera loco. Luego recordaron que solo era un niño, algo más excéntrico que el resto.

—No, Deq… —dijo el padre.

—No, Deq… —dijo el tío.

—Sí, Deq… —dije yo.

Mi hermano Abdul me lanzó una mirada indecisa. Tal vez le daba pena verme así, en minoría. Decidió entonces seguirme a mí y a su hijo en aquel extraño disparate de ponerse a dibujar.

—Tienes razón, cariño, vamos a dibujarla. —En aquel momento, me entraron ganas de estamparle un beso a mi querido hermano—. En el estudio encontrarás todo lo que nos hace falta —murmuró muy bajito, como avergonzado. Si hubiera querido y estudiado, habría podido igualar el virtuosismo de Picasso. Pero a lo largo de los años, unos y otros no dejaron de decirle que dibujar era cosa de niños, era algo estúpido. Y él se lo creyó. «Eres un hombre hecho y derecho, tienes que encontrar trabajo», decían. Y él lo encontró. Había trabajado en mil cosas. De taxista en Londres, de dependiente en el Seven Eleven de Bristol, vendiendo zapatos en los tenderetes de los mercadillos de barrio, para acabar en Mánchester haciendo de mediador cultural en un edificio destartalado del ayuntamiento y de taxista los fines de semana. «Es un trabajo bonito, ¿sabes, hermana?», me decía. Sin embargo, a día de hoy aún sigue dibujando en cuanto llega a casa por la tarde; siempre está dibujando. Dibuja sus recuerdos de niño. Las palomas que cuidaba; los camellos enamorados; los babuinos, tan bobos que bromeaban hasta con el aire; la arena del mar de Jazeera; las langostas que nos

llevábamos a casa atadas con una correa. Dibuja a su hijo Mohamed, a su mujer, Nura, a sí mismo, a nuestra madre, a nuestro padre y a mí, con mi largo cuello. Y también a las dos gemelas, Mogadiscio y Roma.

Mientras tanto, Mohamed ya había encontrado los colores. Apartamos de la mesa todo aquello que no servía. Luego desplegué el papel en blanco y pregunté:

—Entonces… ¿por dónde empezamos?

Al primo O le había cambiado la mirada y parecía más joven. Fue él quien dio el pistoletazo de salida:

—Hay que empezar por Maka al Mukarama, naturalmente.

—Sí —dijo Abdul—. Maka al Mukarama. —También a él le había cambiado la mirada.

Mi hermano empezó a trazar una línea azul en el folio inmaculado. La avenida, la columna, Maka al Mukarama.

Dibujamos Maka al Mukarama porque nuestros recuerdos se estaban destiñendo. Nuestra ciudad había muerto tras la guerra civil; los monumentos habían quedado destrozados; las calles, despedazadas; las conciencias, manchadas. Necesitábamos aquel dibujo de la ciudad, aquella ciudad en el papel para poder sobrevivir.

Maka al Mukarama era todo un acontecimiento. Era la arteria principal de Mogadiscio, su columna vertebral. Una larga avenida que atravesaba la ciudad de un extremo a otro. Los pasos de los mogadiscianos, quisieran o no, siempre acababan en Maka al Mukarama. Era un nombre árabe, naturalmente, como el de tantas otras cosas en Somalia: Maka, Meca o Mukarama, la favorita. Así llaman los musulmanes a la ciudad más santa de todas. Meca, la favorita de Dios, como la medina que había acogido al profeta Mahoma (que Dios lo tenga en la gloria), era la iluminada por Dios. Antes de llamarse Maka al Mukarama, la calle tenía un nombre italiano, un nombre que le dieron los fascistas y a nadie le gustaba; me cuesta incluso recordarlo. ¿Tal vez vía Pincopallino? Era una calle muy importante en Mogadiscio bajo el mando de los fascistas.

Así, la ciudad estaba dispuesta en torno a esta arteria latente. Los barrios tenían un sentido (o carecían de él) según su distancia con respecto a esa fuente de vida.

Maka al Mukarama aún existe. Ha existido durante toda la guerra civil somalí, pero a día de hoy no es más que un fantasma. No se parece a la calle de antaño. Ya no late. No está animada por los pitidos de los cláxones, el jaleo de los dromedarios y los chillidos de las jóvenes enamoradas. Ahora, los únicos sonidos que se oyen son sordos y retumbantes: órdenes y balazos, silencio y muerte. Ni siquiera el muecín llama a los fieles a la plegaria del mismo modo que antes. Ahora, su llamada tortura a todo aquel que la oye. Parece vacilante, sin convicción alguna. Las *ajuza*, las viejas comadres, que se las saben todas, dicen que es «Iblis en persona el que confunde al muecín murmurándole palabras necias al oído derecho». Yo creo que tienen razón, la guerra es un Iblis, un Satán que siempre murmura palabras necias a los

seres humanos. El Alá clemente y misericordioso del Corán revela que Satanás, o Iblis, *waswasa*, susurra a los corazones humanos hasta volverlos locos, ciegos, inútiles. La voz del muecín se pierde en un gorgoteo inconexo. Y los mogadiscianos, incluso los de la diáspora, como yo, se convierten así en pobres seres desunidos.

Aquella tarde, para no olvidar Maka al Mukarama, mi primo O y mi querido hermano Abdul —un hermano que parece un dibujo animado por su forma de reír y de ser tan bueno con todo el mundo— intentaron dibujarla. Trazamos una larga línea azul. A continuación, el primo O empezó a soltar nombres sin ton ni son. Nombres, nombres, nombres. Señalaba los espacios en blanco del papel y amalgamaba ahí sus recuerdos, como los huevos en una masa.

—La estatua de Xawo Taako,[1] el teatro, ¡andaaa!, mira, el antiguo parlamento, ahí está… y aquí, aquí pongo mi cine preferido, el cine Xamar… Nunca he visto un cine como ese. Durante el colonialismo, los italianos no dejaban entrar a los somalíes. Ah, nos la tenían jurada porque nos negábamos a hacer el saludo fascista. Fuimos los únicos en África oriental. Qué inútiles, los fascistas. Pero aquel cine era muy bonito, con dos plantas y unos sillones de terciopelo rojo sangre. Todo era suave, como el cuerpo de una mujer. Más tarde, cuando los italianos se marcharon, mi padre, que vivió bajo el fascismo, se iba allí con sus amigos. Yo también tenía amigos en Somalia antes de la guerra infame que se está comiendo los recuerdos. ¡Ay, los amigos! Osmar, Nur, Abdi… Aún me acuerdo de todos. También nosotros nos pasábamos la vida en el cine Xamar. Pero para entonces ya éramos independientes, nos habíamos librado del colonialismo. Ya no había *apartheid* en el cine Xamar. Ponían películas americanas dobladas al italiano, indios contra vaqueros, historias de amor. Ava Gardner, Marilyn Monroe, qué mujeres tan bellas, cuántos sueños. El cine Xamar estaba justo aquí.

El primo O estaba entusiasmado.

—Márcalo en nuestro mapa —le apremié—. Toma un lápiz rojo fuego y márcalo.

Fue muy extraño oír hablar tan seguido al primo O. Él no habla nunca, se limita a asentir con la cabeza y, a veces, ni eso.

Es un viajero, como todos. Sus pies guardan muchísimas historias de todos esos lugares, pero en la cabeza, siempre lleva Mogadiscio.

Una ciudad muerta…

Hay muchas ciudades que mueren. Como nosotros. Mueren como cualquier organismo. Mueren como los ñus, las cebras, los perezosos, las ovejas y los seres humanos. Pero nadie da sepultura a una ciudad. Nadie hizo nunca un funeral por Cartago. Tampoco por Nueva Orleans. Ni por Kabul, Bagdad o Puerto Príncipe. Lo mismo con Mogadiscio: nadie pensó en rendirle homenaje. Está muerta. De los escombros surgió algo distinto. Ni siquiera nos ha dado tiempo a pasar el duelo.

Cuando una ciudad muere, no disponemos de un tiempo para pensar. Pero el dolor es un cadáver que se descompone en nuestro interior y nos infesta de fantasmas.

Mi hermano seguía coloreando, coloreando, coloreando. A mí se me estaba haciendo un nudo en el estómago. No era por el pollo de Nura, sino por la saudade de Chico Buarque.

Llegó un momento en que mi hermano se detuvo, se quedó bloqueado en un punto exacto del mapa.

—¿Qué estás mirando? —pregunté con un extraño respeto.

—La Guglielmo Marconi —anticipó el primo.

—Sí. ¿Cómo lo has adivinado? —El primo O esbozó una sonrisa. Me pregunté entonces si la inesperada sonrisa le habría provocado una parálisis facial, a juzgar por la expresión. Por un instante, aquella felicidad empezó a preocuparme. Luego comprendí que era la felicidad del exiliado, que no provoca parálisis alguna—. La Guglielmo Marconi era mi escuela de primaria, que luego, con la dictadura de Siad Barre, pasó a llamarse Yaasin Cusman. Estaba pensando en mi profesora. Era una monja italiana, ¿sabes? Se llamaba María, como todas las monjas, y le gustaba Pascoli.

Yo también había estudiado a Pascoli en la escuela. Pese a habernos criado en las capitales de dos países distintos, ellos en Mogadiscio, yo en un suburbio de Roma, los tres habíamos estudiado a Pascoli. Las mismas poesías tristes. La historia está llena de mezquindades como esa. Quizá tanto ellos como yo deberíamos haber estudiado otras cosas: nuestra historia africana, por ejemplo. Sin embargo, los africanos siempre estudiamos la historia de los demás. Así, estábamos convencidos de descender de los romanos y los galos, y no de los yorubas o los antiguos egipcios. La escuela colonial nos provocaba tantas dudas como heridas.

La Guglielmo Marconi… ¡vaya decepción!

Luego volvimos a lo nuestro. Volvimos al dibujo.

—Vamos a organizarnos un poco —empecé a cotorrear, como un viejo general jubilado—. Tendríamos que pintar cada cosa de un color. Y luego hacer listas.

Asintieron con docilidad. Creo que siempre es buena idea poner un poco de orden dentro del caos.

Nos pasamos allí una hora y ninguno daba señales de fatiga. Hicimos una lista de escuelas, una de hospitales, una de cementerios, una de monumentos, una de embajadas, una de cárceles, una de aeropuertos, una para cada cosa. Catalogamos la ciudad. Y asignamos un color a cada categoría. Luego nos dividimos las listas. La tarea de cada uno consistía en señalar los nombres de la lista correspondiente en el mapa.

Deq nos contemplaba con estupor, adultos inclinados ante el folio como él y sus compañeros de clase, pero acabó ayudándonos a colorear aquel insólito mapa de la ciudad.

Era todo muy extraño, a la vez que muy familiar. Muchos nombres italianos de los monumentos somalíes me hacían reír, pues eran tan antiguos…

Yo me encargué de los restaurantes y los hospitales. De los restaurantes me acordaba a duras penas, pero intentaba forzar la memoria para no estar preguntando cada dos por tres a Abdul, al primo o directamente a Nura y a mamá, que estaban en la otra habitación.

Ciertamente, Roma me resultaba mucho más familiar. La Garbatella, Testaccio, el Trastevere, el Esquilino, Primavalle, Tor Pignattara, Quadraro eran zonas mucho más familiares para mí. Y pese a todo, en aquel mapa reposaba una parte de mis raíces. Tenía que esforzarme para recordar aquellas calles, vistas con los ojos de una niña. Tenía que esforzarme por el hijo que soñaba tener algún día. Me vi inundada de extrañas sensaciones al hacer aquellas listas. De repente, me acordé de la brisa ligera que soplaba en Mogadiscio. Me gustaba la vía Roma con sus tiendecitas, me gustaba el mercado de ganado de Wardhigleey y me gustaba aquella especie de círculo dantesco que iba de Buur-Karoole a Xamar Ja-jab, un lugar donde era fácil quedar imbuido por los tóxicos vapores etílicos. En Buur-Karoole vivía mi tía Faduma, que ya murió. Era una obstetra muy respetada. Fue ella quien me contó que el *buur*, el monte, se llamaba Karoole en honor a un italiano. Aún quedaban huellas italianas por todas partes: en los nombres de las calles, en los rostros de los mestizos repudiados. Italia no sabía nada al respecto, no sabía nada de nuestras calles con sus nombres, nada de nuestros mestizos con su sangre. En Italia, algunas calles tienen nombres africanos. En Roma hay incluso un barrio africano. En la vía Libia, afirma cualquier romano, hay buenas tiendas de ropa, se puede comprar bien allí. ¿Y después? Después, nada. Se van a la vía Libia a comprarse un jersey. Viven en la vía Migiurtinia o se besan en la vía Somalia, pero ignoran la historia colonial. No es culpa suya: en la escuela nadie aprende esa clase de cosas. Hemos sido valientes, dicen, hemos construido fuentes o viaductos. El resto se ignora, porque nadie lo aprende.

Mis listas: restaurantes y hospitales.

Nunca había ido a ningún restaurante, pero de niña soñaba con ellos como lugares de auténtico lujo.

Estaban La Pergola, junto a la embajada estadounidense; el Cappuccetto Nero, punto de encuentro tradicional de los italianos, incluso después de haber perdido las colonias; el bar Fiat; la Croce del Sud, el Caffè Nazionale, el Lucciola, el hotel Juba y el Azan, junto a la Casa de Italia. En cambio, sí visitaba con cierta frecuencia los hospitales, pues siempre había alguien que acababa allí más tarde o más temprano. Estaban el antiguo Hospital Rava para italianos ricos; el Forlanini, donde se curaba la tuberculosis; el Hospital Banaadir, solo para mujeres, construido por los chinos y con un personal compuesto por monjas italianas; el Digfeer, donde me operaron del pie. Sí, decididamente, conocía mejor los hospitales que los restaurantes.

Tras dos horas entregados a nuestro dibujo, por fin terminamos.

Deq no. Su mirada parecía implorarnos: «Seguid pintando, seguid». Había tantos colores y tantos dibujos.

«Qué mapa tan bonito», pensé.

Me sentía orgullosa, pero no lo demostraba.

—Mamá, ¿esta ciudad existe? —preguntó Deq a Nura.

¿Qué podíamos responder?

Me habría gustado abrazar a mi sobrino y explicarle que hacía diecinueve años que aquella ciudad había dejado de existir. Ya no había ni rastro de aquellas escuelas, de aquellas casas, de aquellos barrios, nada.

La guerra lo había destruido todo, solo quedaron escombros. Ahora había otras cosas, pero no las que estaban en el mapa. Esas solo permanecían en los recuerdos, en las fotos antiguas, en las historias, en las páginas de internet en blanco y negro. No, ya no existe nada de eso. Pero nadie tiene valor para decírtelo. Eres un niño. Eres guapo. Nadie de los aquí presentes sabe cómo decir algo tan terrible a un niño tan guapo.

—¿Esta ciudad existe?

Mi madre me miró al entrar en la habitación. Luego miró a su nieto. Miró a mi hermano y a su mujer, y luego sonrió como solo ella sabe. Tiene unos dientes blanquísimos.

—Sí que existe —respondió mamá con sencillez—. Se llama Mogadiscio. —Y sonrió.

—¿Es tu ciudad, tía Igiaba?

No supe qué responder. Era una pregunta imprevista. Inesperada. Un contraataque. No conseguía llegar a mi campo, a mi entorno conocido. Una pregunta embarazosa.

Mi madre sacudió la cabeza.

Estaba reflexionando.

—No es suficiente —me dijo casi refunfuñando.

—¿El qué?

—Esto —Y señaló un punto incierto entre ella y el horizonte.

—¿Qué es esto? —volví a preguntar un poco irritada.

—*Maabka*, el mapa —mezclaba palabras de su lengua materna con el italiano—. No es suficiente para construir tu ciudad.

—¿No? ¿De verdad? —Y no supe si aquella era una pregunta o una afirmación.

—Desde luego que no. Ese mapa no es tu ciudad. No puedes mentir al niño.

—No quiero mentir al niño. No sería capaz. Pero…

—Pero… ¿qué?

—…

—Digamos que es tu ciudad en cierto sentido, pero al mismo tiempo no lo es. ¿Comprendes, hija? —Y me acarició la cabeza con dulzura.

Aún hoy sigo sin saber si comprendí bien o no sus palabras. Mi rostro, en ese momento, se había convertido en un signo de interrogación suspendido en el vacío.

¿Es mi ciudad?

¿No lo es?

Me hallaba en una encrucijada.

Mamá siguió hablando y dijo más cosas. No llegué a comprenderlas todas. Estaba

distraída. Pero la última frase me golpeó en pleno rostro. Un noqueo del cual, en ese momento, no sabía si sería capaz de levantarme. Más bien al contrario, no deseaba en modo alguno levantarme. Mamá, con su habitual dulzura, me había zarandeado. Me había golpeado y sabía cuánto me dolía. Pero su intención no había sido destrozarme ni humillarme. Me había golpeado porque no podía hacer otra cosa. Quería que me despertara, que empezara a vivir de verdad.

—Tienes que completar el mapa. Ahí dentro faltas tú. —Yo no acertaba a responder.

En aquel momento, sentí unas ganas inmensas de soltar lastre. Lo único que deseaba era permanecer allí, noqueada. No levantarme. Tergiversar. Mejor quedarse tumbada, acabada, derrotada.

Vegetar.

¿Mejor?

Algo aulló en el fondo de mi conciencia.

—Hija mía, tienes que completarlo —me repitió mamá.

«¿Y por dónde empiezo?», quise preguntar, pero no llegué a hacerlo. Sabía que tenía que encontrar la respuesta yo sola. Me quedé allí encallada.

¿Por qué me estaba sucediendo todo aquello?

¿Qué soy? ¿Quién soy?

Soy negra e italiana.

Pero también soy somalí y negra.

Entonces, ¿soy afroitaliana? ¿Italoafricana? ¿Segunda generación? ¿De generación incierta? ¿*Meel kale*?[2] ¿Un fastidio? ¿Una negra sarracena? ¿Una negra de mierda?

No es políticamente correcto llamarla así, murmura alguien entre bambalinas. Entonces, ¿cómo llamarme?

Ya entiendo, quizá de color. Eso sí es políticamente correcto. Sin embargo, yo lo encuentro humanamente insignificante. ¿Qué color de gracia se me adjudica? ¿El negro? ¿O más bien un tono marroncito? ¿Canela o chocolate? ¿Café? ¿De malta en taza pequeña?

Me da que soy una encrucijada. Un puente, una equilibrista, alguien que siempre está en vilo y a la vez no lo está. Al final no soy más que mi propia historia. Soy yo y mis pies.

Sí, y mis pies…

Me acordé de mis pies una tarde romana no especialmente interesante, unos meses después de aquel pollo compartido en Barack Street. Tal vez me encontraba meditabunda o aburrida. El caso es que mi mirada distraída se posó en mis extremidades inferiores, y fue una revelación. Solo entonces comprendí claramente qué debía hacer con el mapa. No había olvidado las palabras de mamá Kadija. En el fondo del corazón, sabía que debía completar el mapa. Si no, todo quedaría abolido. Me traicionaría a mí misma, primero, y a todos los que amaba,

después.

No fue sencillo comprender qué debía hacer. Me llevó un tiempo. Pero cuando al fin lo comprendí, me entró la prisa. Corrí a casa de la señora Cho, originaria de Wenzhou, que lo vende todo a un euro en su tiendecita delante de casa. Llegué casi jadeando, pues sentía una leve ansiedad. Compré tres paquetes de pósits y empecé. Aquel día soplaba una brisa ligera. El sol era una ilusión primaveral. Los pájaros gorjeaban felices como en los dibujos animados de Walt Disney. La atmósfera era bucólica y serena. Solo mi corazón desentonaba con latidos desacompasados. Parecía que acababa de correr una maratón de las de Abebe Bikila. Y quizá tenía razón: yo también era una maratonista. Solo que mi trayecto era doce veces la vuelta alrededor de la tierra. Doce veces el viaje de Magallanes.

De regreso a casa, dejé los pósits sobre la mesa y me puse a buscar, frenética, el mapa que mi hermano Abdul, mi primo O y yo habíamos trazado en Barack Street. No recordaba exactamente dónde había guardado el fruto de aquella tarde tan extraña, pero me sentía optimista. Seguro que en una hora sería capaz de encontrarlo. Y así ocurrió, en efecto, después de varios rastreos.

El mapa ofrecía un aspecto bastante lamentable, pues estaba todo arrugado —«masticado», como dirían los romanos—. Estiré el papel con las manos lo mejor que pude. Después tomé un poco de cuerda de tender la ropa y la extendí en un ángulo del estudio donde vivo y, con tres pinzas en forma de mariquita, colgué el mapa como si fuera una falda recién lavada.

Una vez bien tendido, observé con atención aquel mapa bastardo. Con una actitud casi desafiante. Allí estaba el Mogadiscio que ya no recordábamos. Estaban mi hermano Abdul y el primo O con sus amores, sus pasiones, sus disgustos, sus pajas en la escuela, sus rebeliones. Si acercaba la nariz al mapa dibujado, era capaz de oler el aroma de café al jengibre y el perfume que emanaba de los pesados platos de *beer iyo muufo*. ¡Qué felicidad desprendía aquel fragante alimento! Pero si me acercaba más, también afloraban otros olores más molestos. Estaban los pozos negros rebosantes de excrementos y el esqueleto de algún dromedario muerto por enfermedad y abandonado en el arcén de la calzada. Ese despreciable olor a muerte quedaba compensado con las esencias que usaban las mujeres y despedía ese folio con una alegría infinita. Podía encontrar mi esencia en cualquier recoveco de aquel mapa. Era pequeña, un poco gorda; tenía la cara llena de granos y un aire vacilante que siempre me acompañaba en esos días lejanos pasados en la bella Mogadiscio. Era subterránea y permanecía oculta. A veces actuaba como huésped, a veces como lugareña. Desempeñaba diversos papeles: era lateral y delantera centro, africana y europea.

No nací en aquellas calles. Tampoco me crie allí. Ni me dieron el primer beso. Ni me decepcionaron profundamente. Aun así, sentía que todas aquellas calles eran mías, pues yo también las había recorrido y tenía derecho a reivindicarlas. Reivindicaba los callejones, las estatuas, las pocas farolas que había. También yo tenía algo en común con el primo O y con Abdul, por muy distintas que hubieran sido nuestras experiencias. Así, reivindicaba aquel

mapa con todas mis fuerzas, como reivindicaría el último día de mi vida. La ciudad, aquel Mogadiscio ya perdido, era tan mía como suya. Era mía, mía, mía.

Ahí es cuando entraron en juego los pósits que había comprado a la señora Cho, que lo vende todo a un euro en la tienda de debajo de casa. No quería un folio de papel: quería algo provisional y capaz de descomponerse. Los pósits me parecían perfectos para ese fin. Tomé uno de color naranja. Un color cálido, acogedor, de buen augurio. Ideal para comenzar una aventura. Y escribí en letra de imprenta bien grande: «ROMA».

En el resto de los pósits, escribí nombres de barrios, plazas, monumentos: el Estadio Olímpico, el Trastevere, la Estación Termini y demás, y los coloqué en el mapa de mi ciudad de Mogadiscio. A continuación, y pese a que no sé dibujar, intenté dibujar mis recuerdos. Estuve trabajando durante horas. Tracé líneas, perfiles, sombras. Recorté periódicos. Escribí. Saqué dibujos de la niña que llevo dentro. Fue gracioso ver el resultado. Era impresentable. Sin embargo, ya había completado el mapa. Mamá ya no habría tenido nada que replicar.

[1] Líder nacionalista somalí y destacado activista fallecido en 1948. *(Todas las notas de la presente edición son de la traductora).*

[2] Expresión somalí que significa «de otra parte».

TEATRO SISTINA

El Teatro Sistina se encuentra ubicado en la avenida homónima. Estamos en el corazón de la ciudad, exactamente detrás de la plaza Trinità dei Monti y la plaza Barberini. La calle une estos dos mundos distantes solo en apariencia. Por una parte, la avenida se mete en el barrio de Campo Marzio, que va de la Trinità dei Monti a la vía Francesco Crispi; en cambio, el resto de la calle ya pertenece al barrio Colonna. Este teatro era el antiguo reino de la comedia musical, y a su escenario subieron los más grandes, desde Totò a Renato Rascel, desde Marcello Mastroianni a Walter Chiari. Ahí fue donde la compañía de Pietro Garinei y Sandro Giovannini estrenó su obra El diluvio que viene.

«Un nuevo sitio disponed… —dice la canción principal de la comedia— para un amigo más / un poquitín que os estrechéis y se podrá sentar», y continúa: «Para eso sirve la amistad / para estar en reunión / hablémosle con libertad / y con el corazón / y él con su amor nos pagará / y alegrará la reunión».[3]

Gracias a esa alegría, mis pies y yo nos vimos catapultados a Roma. Un lugar ideal para comenzar un sueño. Donde reconstruir una vida.

En el mapa dibujo una calle llena de sillas para todos los amigos que vendrán.

Mis pies y yo nacimos en Roma porque mi padre se enamoró de la voz de Nat King Cole.

Ese bellísimo hombre de Chicago fue determinante en mi vida, en cierto sentido. Qué voz más cálida, barítona pero nunca agresiva. El viejo Nat usaba su bella voz de un modo extraño. Esta era siempre susurrada, siempre velada; recalcaba las palabras una por una. A mi padre le gustaba mucho la forma de expresarse de Nat. «Te miraba a los ojos y ya no había escapatoria posible». Nat solía cantar al piano, pero lo hacía a su manera. Se volvía hacia el público y se retorcía como un junco en un día de plena tramontana. Así fue como lo vio mi padre: todo

retorcido, vuelto hacia el público, con una mirada que a papá le pareció extrañamente dirigida hacia él. Ambos se encontraban en el Teatro Sistina de Roma. Ambos eran negros y bellos. Ambos bregaban con sus destinos. Pero ¿cómo es que mi padre se encontraba tan lejos de Somalia?

Durante la década de 1950, mi padre hizo un viaje a Roma. No era la primera vez que se encontraba en la ciudad eterna por motivos de trabajo. En aquella época, era un político serio y el futuro, que lo convertiría en ministro de Asuntos Exteriores en los años sesenta, ya estaba llamando a su puerta. Aquella noche, papá se concedió un regalo: un concierto de su cantante preferido, que no era otro que Nat King Cole. Pero en aquella elección que hizo para pasar un buen rato estaba escrito su futuro y, de paso, también el mío.

Papá, como toda la familia Scego, estaba vinculado a un destino del que difícilmente hubiera podido sustraerse. Ese destino se llamaba política, y ni mi padre ni mis tíos se echaron atrás cuando les llegó el momento de asumirlo. Todos pagaron un precio muy alto por ello.

Papá nació en Brava (o Barawe, como se escribe en somalí), junto al mar, exactamente igual que el abuelo y todos nuestros antepasados. Pasó su infancia y los primeros años de su adolescencia en esa ciudad maravillosa construida dentro de una cuenca que desciende y muere en el mar. En Brava, todas las casas eran y siguen siendo blancas. La arena es tan dorada que deslumbra. Papá, como todo niño que se precie, corría, sudaba y apostaba con sus amigos a ver quién saltaba más lejos. Iba a nadar a menudo y, cuando el viento era favorable, pescaba con sus amigos unos peces tan grandes como chozas que, literalmente, le saltaban a la espalda. Papá me transmitió muchas canciones de su infancia, tanto en lengua chimini o bravanesa como en somalí. También me tarareaba una marcha que entonces me encantaba, y que ahora recuerdo con cierta vergüenza. Tenía un ritmo muy marcado que yo seguía fácilmente, lleno de tontorontones y tantarantanes. De pequeña, apenas comprendía el significado de la letra, que hablaba de un niño muy valiente de Portoria que se hace gigante. Solo muchos años después comprendí que se trataba de la canción de los jóvenes «balillas»,[4] un himno fascista, algo en contra de nuestras creencias, de nosotros mismos. Cuando le pedí explicaciones al respecto, me respondió con candidez: «A veces es difícil quitarse de la cabeza lo que te han inculcado desde pequeño por la fuerza. Aunque esa canción no me representa, de vez en cuando me acuerdo de ella. No puedo evitarlo». También se disculpó escuetamente por habérmela enseñado.

Por otra parte, él, de niño, aunque vivía justo en el ecuador terrestre, era uno de esos balillas. Su infancia transcurrió en pleno fascismo. Más tarde, como muchos otros, tuvo que emprender una lucha contra sí mismo para liberarse de todo aquello: Mussolini, las marchas, los ejercicios de gimnasia o las medallas de oro por las notas escolares eran su pan de cada día. Los maestros, todos ellos rigurosamente italianos, decían a los niños que los ojos del Duce los observaban muy atentos y los examinaban continuamente. Quedaba poco espacio para las

bromas. O hacían las cosas como ellos decían, o se metían en serios problemas. Empezaban los palos. Mi padre siempre me lo dice: «Aquella escuela aniquilaba cualquier asomo de creatividad. Nunca dibujábamos. Estaba prohibido soñar». Por suerte, papá también frecuentaba la escuela coránica. Es cierto que, si no memorizaban bien los versículos de la sura, también allí se arriesgaban a que los molieran a palos, «pero la musicalidad del Corán nos infundía, en cierto modo, el deseo de soñar que nos quitaba la escuela de Mussolini. Además, en la escuela coránica llevábamos ropa de calle, nos arrastrábamos por la tierra, felices de ser niños, sin aquellos incómodos uniformes que siempre debíamos cuidarnos muy mucho de no ensuciar».

Mi padre, de niño, no se saltó un solo día de escuela. Le gustaban demasiado los cuadernos y los lápices. También tuvo la suerte de ser un niño con una salud de hierro, al contrario que el tío Abukar, que siempre se estaba curando de algún mal. «Pobre Abukar, Dios lo tenga en gloria. Él era el enfermizo de la familia. Para curarlo, mamá lo obligaba a bañarse en sangre de cabrito descuartizado. La monda. A consecuencia de esa tortura, Abukar pasó gran parte de su infancia odiando la carne. Y claro, yo siempre acababa devorando su trozo». Puedo imaginar lo mucho que mi padre se aprovechó de aquella situación. Para él, la adolescencia consistió en una enorme fanfarronada: correr, divertirse y estar en conexión con la naturaleza. Hasta que llegó un momento en que todo cambió. De la noche a la mañana, se convirtió en adulto. En Somalia, la adolescencia nunca dura mucho.

Empezó su primer trabajo a los catorce años, vendiendo relojes en el puerto. Se puso de acuerdo con un tipo que los fabricaba a bajo coste, pero no se ofreció como mano de obra barata, sino como socio de aquel improvisado acuerdo de negocio: «Si no vendo nada, no me dé nada. Ahora bien, si vendo, debe darme el porcentaje que me corresponde, ni un céntimo menos». Así, los negocios fueron bien por un tiempo. Sin embargo, pronto empezó a albergar inquietudes políticas. Podría decirse que la *siyaasi*, la política, era como una epidemia familiar. Por la *siyaasi* se hacían toda clase de sacrificios. A los jóvenes somalíes de finales de los años cuarenta se los incitaba a participar en el cambio que estaba a punto de suceder. En 1941, Italia salió expulsada de sus colonias, antes incluso del fin de la guerra. Los ingleses sucedieron rápidamente a los italianos, y Somalia inició, así, un período importante en su historia. Los ingleses aliviaron la política de *apartheid* impuesta por los italianos. En ese momento, muchos somalíes empezaron incluso a estudiar y organizar movimientos políticos. Mi padre trabajaba de intérprete y dirigía varias acciones de activismo ciudadano. Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquella chispa que había prendido en su interior era el destino ineludible de nuestra familia.

La primera vez que Alí Omar Scego, mi padre, vino a Roma fue para asistir a la llamada escuela política, frecuentada por todos los altos cargos y dirigentes somalíes, incluido Siad Barre, quien se convertiría en el gran dictador somalí dos décadas más tarde.

Ese paso necesario formaba parte de nuestro obligado recorrido hacia la independencia. La década de los cincuenta fue muy extraña. África entera estaba en ebullición. La época del imperialismo comenzaba su declive por todas partes, y tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, los pueblos colonizados intentaron aprovechar las convulsiones que sufrían las potencias europeas para reivindicar su derecho de autogobierno. El primer país de África negra en conseguir la independencia después de la guerra fue la Ghana de Kwame Nkrumah, y el resto fueron obteniéndola en cascada. Cada uno presentaba, eso sí, una modalidad distinta y particular. Baste recordar a Argelia, que tuvo que conquistarla con las armas, en uno de los conflictos más sanguinarios y terroríficos del siglo XX. El caso de Somalia fue bastante anómalo. La Organización de Naciones Unidas estaba convencida de que el país no se encontraba preparado para asumir la responsabilidad del autogobierno. Consideraba que sus estructuras estatales y públicas, como la escuela, la sanidad o los cargos administrativos, mostraban un significativo retraso. Había que crear todo eso de nuevo. De ahí surgió la idea de imponer un *trusteeship system*, es decir, una administración fiduciaria procedente de un tercer Estado durante un período de varios años, aún por fijar. Esta decisión dejó a los somalíes muy contrariados. El *trusteeship*, visto desde una perspectiva posterior a los hechos, era un varapalo tremendo para los países ávidos de autogobierno. No se negaba el derecho a la independencia de palabra, pero se lo relegaba a un momento futuro e indefinido. El resultado era la prolongación de los vínculos de dependencia, un dominio paracolonial de facto por parte de las potencias europeas. Una perpetuación de la llamada misión civilizadora. No nos encontrábamos muy lejos del pensamiento de Joseph Rudyard Kipling, del fardo del hombre blanco europeo que llevó a tantos pueblos a sufrir tormentos inenarrables. Las potencias blancas aún creían que ese fardo, esa pesada carga, recaía sobre ellos, lo cual translucía un sustrato imperialista de lo más odioso. Además, Somalia fue el único caso en que el mandato fiduciario quedó a cargo de una antigua potencia colonial y, para mayor escarnio, derrotada en la última guerra.

Estoy plenamente convencida de que el actual desastre que reina en Somalia hunde sus raíces en la nefasta gestión del período de transición a la independencia. Nadie puede enseñar democracia, es cierto, pero menos que nadie, el antiguo patrón colonial.

«Muchos emplearon los diez años de administración fiduciaria para ponerse al día con los negocios —me explicó un viejo amigo de la familia—. Todos ellos se habían aprovechado de la debilidad del país bajo el fascismo y lo siguieron haciendo con los democristianos sin encontrar resistencia alguna. Así, muy pronto se instalaron las malas costumbres, la corrupción, las soluciones fáciles. Todo eso llevó a nombrar a dedo a los cargos dirigentes, que gobernaban totalmente sometidos a esos intereses».

«Al principio, nosotros, los de la Liga de Jóvenes Somalíes, no queríamos a los italianos —me explicó mi padre—, pero luego tuvimos que someternos a la realidad: o los aceptábamos, o no habría independencia». La Liga de Jóvenes Somalíes, llamada Syl, que muy pronto se

convertiría en el partido mayoritario, defendía una verdad irrefutable, a saber, que quien había sometido al país durante años era, ciertamente, el candidato menos adecuado para la tarea de democratización. «Durante el colonialismo, los italianos nunca quisieron formar dirigentes somalíes. Piensa, hija mía, que solo podíamos estudiar hasta cuarto de primaria, luego estaba prohibido por ley. Por ello, cuando llegaron los ingleses, a todos nos pareció que volvíamos a respirar». El paréntesis inglés se prolongó desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta los inicios de la administración fiduciaria, en 1950. Los ingleses ofrecieron la posibilidad de invertir la situación de *apartheid* en la que se encontraba Somalia tras el dominio italiano y permitieron la presentación de instancias políticas. Aunque no faltaron algunos roces con los dirigentes institucionales ingleses, la Liga de Jóvenes Somalíes siempre prefirió a Su Majestad antes que a la nueva República italiana. Los ingleses daban cuerda a los somalíes llenos de sueños y, en aquella época, el sueño se llamaba la Gran Somalia, que pasaba por reunir en un solo Estado todos los territorios habitados por los somalíes: la antigua Somalia italiana; la región de Ogaden, en Etiopía; la Provincia Nororiental de Kenia, Somalilandia y Yibuti, la antigua Somalia francesa. La estrella del centro de la bandera somalí es un símbolo de este sueño de grandeza. Sus cinco puntas representan las cinco zonas habitadas por los somalíes. «Por eso todos estábamos de parte de los ingleses. Si por fuerza tenía que gobernarnos otro país —lo cual no era plato de buen gusto para nadie—, al menos que fueran ellos. Yo trabajé con ingleses, eran ordenados y profesionales. Procedían con rigor, mientras que con Italia todo estaba siempre salpicado de líos y escándalos. Ya nos habíamos acostumbrado a eso, claro. Además, no nos quedaba otro remedio. Estábamos entre la espada y la pared, y no había otra manera de conseguir la independencia». ¿Por qué se había elegido a Italia para administrar Somalia? Era algo que me resultaba muy extraño en un principio, pero luego vi claramente que obedecía a una voluntad política clara e inequívoca. Estados Unidos y Gran Bretaña habían calculado la situación con toda exactitud: una ecuación claramente vinculada a la Guerra Fría.

Italia también tenía un sueño que consistía en acabar la aventura colonial con un final feliz. En ese momento, evitar otra mala imagen de cara al resto de Europa era el único objetivo que el país perseguía tras la humillación de la derrota en la guerra. Era una cuestión de prestigio en la que todos estaban de acuerdo. De Gasperi a Togliatti, de los democristianos a los comunistas, nadie osó criticar dicha voluntad.

Las grandes potencias mundiales complacieron el deseo italiano por conveniencia política. También porque Italia les daba un poco de miedo, con su Partido Comunista tan grande, amplio y organizado. No querían perder un aliado en una zona, por lo demás, muy estratégica. Mejor sacrificar Somalia que encontrarse a los bolcheviques en el Gobierno de un país clave.

«Lo recuerdo como si fuera ayer: el ١ de abril de ١٩٥٠, en Mogadiscio —me explicó mi padre en varias ocasiones—, todos nos emocionamos, aunque sabíamos que era una gran

equivocación. ¡Pero nuestra independencia nos parecía más cercana! Aquel día fue como si pudiéramos tocarla con los dedos, estaba tan cerca como la luna y las estrellas, que allí, en el ecuador, pueden tocarse con solo extender un poco la mano». Aquella gran equivocación era, según mi padre, seguir bajo tutela y, además, italiana. «En la plaza del mercado, ondeó la bandera inglesa y, a continuación, ascendió el pendón tricolor italiano; la población exultante hizo una gran ovación y, a decir verdad, no sé por qué. Aquel grito de júbilo estaba totalmente fuera de lugar. Quizá lo que nos conmovió, en aquel instante, fue el movimiento imperceptible hacia la libertad que suponía la escena. Recuerdo que la gente se encaramaba por todas partes para poder verla. Parecían pajaritos prestos a alzar el vuelo. Hombres con la barba roja teñida de henna, niños con su *futa*,[5] mujeres con los hombros descubiertos y ataviadas con fulares multicolores. Todos los niños llevaban banderas italianas en la mano, los gritos eran de pura alegría». Extraño júbilo, si pensamos en las tensiones entre la administración italiana y el partido mayoritario, la Liga de Jóvenes Somalíes, al que pertenecía mi padre. Surgieron así dos perspectivas contrapuestas: para Italia, era una cuestión de mero prestigio; para los somalíes, una cuestión de mera existencia. Entre los altos cargos militares italianos, había quien regresaba a África por segunda, tercera e incluso cuarta vez. Del ejército de emergencia que acudió destinado a Somalia, el cual debía enseñar a los somalíes a instaurar el orden público, muchos miembros eran veteranos de la guerra de Etiopía. Esa gente que había masacrado a los etíopes en el valle del Faf acudía ahora al antiguo imperio para enseñar la libertad republicana. Un poco, si se me permite el ejemplo, como enviar a un capo nazi a enseñar al nuevo Estado de Israel cómo vivir en el desierto. Algo completamente absurdo.

La primera vez que mi padre me habló de la administración fiduciaria y de la escuela política a la que había asistido en Italia, estábamos de paseo. Papá es un gran caminante, y, desde muy niña, me inculcó esta afición suya tan sana y económica. «Roma es la mejor ciudad del mundo para caminar —me decía—, porque si te pierdes, siempre encuentras el camino». Yo tenía cuatro o cinco años. Recuerdo que íbamos andando desde nuestra pensión de la calle Balduina hasta el mercado de la vía Doria, y si aún nos quedaban fuerzas, incluso más allá, hasta los muros vaticanos. Recuerdo que me sabía de memoria cada uno de los rincones de la vía Ugo de Carolis. Bajábamos por ahí y, si ya era por la tarde, papá me llevaba al cine Doria, actualmente una sala multicines, para ver dibujos animados de Disney. A lo largo de aquellos paseos me fui enterando, por primera vez en mi vida, de nuestro pasado mitológico. Mi hermano Abdul lo dice siempre: «Naciste tarde. No te dio tiempo a subir en la limusina de papá. A mí, en cambio, sí que me dio tiempo». ¿La limusina? ¿De verdad papá tenía una limusina? El contraste entre todo aquello que me contaban, un pasado de pompa y riqueza mundanas, y mi presente de entonces era realmente enorme. Mi madre me decía que los escaparates eran solo para mirar, que no podía comprarme aquellas muñecas tan caras. En la pensión donde vivíamos había muy poco espacio y siempre intentábamos gastar lo mínimo. Y

luego, en medio de todas aquellas estrecheces, siempre aparecía la historia de la limusina y el pasado de la familia Scego. En realidad, la primera vez que vino a Italia, papá no viajaba en cochazos, sino en trenes de lo más espartanos. Aun así, era un visitante privilegiado. Formaba parte del primer convoy de somalíes que partió rumbo a Italia. Todos ellos venían con una misión, eran políticos del futuro que debían aprender sobre la «democracia». El proceso de selección que habían pasado antes de emprender ese viaje había sido muy duro. Había muchos candidatos que ambicionaban los cargos dirigentes vacantes en el país, y aun aquellos que se mostraban contrarios a la administración italiana (es decir, la mayoría) se sometieron a las pruebas de acceso con gran diligencia. Mi padre recuerda muy bien las palizas indescriptibles de aquellas jornadas: «La selección no acababa nunca. Era un continuo examen oral y escrito». Los más valientes partieron a Italia en grupos separados y en diversas fases. Mi padre estaba en el primer grupo junto con Dahir Cusman, Awees Shiikh, Xasan Nuur Cilmi o Cabdirashid Cali Sharmaarke. Todos ellos acabarían convirtiéndose en peces gordos de la Somalia democrática. El último pagó muy cara su actividad política, que lo catapultó a la presidencia del país: quince años más tarde, en 1969, en Las Anod, murió asesinado en un atentado, y su muerte constituyó el preludio del fin de la democracia somalí. Tras su muerte, mi padre también se vio obligado a abandonar el país. Tenía que elegir entre la colaboración con la dictadura militar de Siad Barre o el asesinato, de modo que se decantó por el exilio y, con él, una nueva tierra: Italia. Sin embargo, en los años cincuenta, cuando mi padre miraba el paisaje a través de aquellas ventanillas de tren, nadie podía imaginar que todo el entusiasmo de aquella época, todos aquellos rostros sonrientes, acabarían hundidos en una tragedia sin fin que se prolonga hasta hoy día en Somalia.

Al principio se alojaron en Civitavecchia, y de allí, se trasladaron a un palacio muy cercano a la Avenida Liegi, en Roma. Aunque alguna vez he tratado de buscar ese palacio, mi padre me dijo que ya no queda ni rastro de aquella «residencia de la democracia»: «La demolieron y, en su lugar, creo que construyeron una clínica privada». En aquel palacio se hacía de todo. Se comía, se leía, se ligaba con la recepcionista y se estudiaba democracia. Los profesores italianos acudían allí directamente a impartir sus clases, de modo que las únicas salidas se hacían con el propósito de relajarse un poco. «¿Era guapa la recepcionista?», pregunto intrigada. Mi padre sonríe. Siempre le cuesta hablar de sus aventuras amorosas. Se impone una velada censura parental entre nosotros, de la cual se intuye, pese a todo, su dilatada experiencia. Por eso me intrigaba tanto la recepcionista, porque sospecho que mi padre tuvo un pasado de *latin lover* muy boyante. De vez en cuando se le escapa un «sí, aquella estaba enamorada de mí», pero nunca explica nada más allá de esa escueta frase.

Como en aquella época frecuentaba el *star system* romano, se codeaba con muchas personalidades famosas: podía toparse con Vittorio Gassman en los baños del Bandiera Gialla o llevar en coche a William Holden, coprotagonista de *Sabrina* —una de mis películas preferidas, con Audrey Hepburn bella como una rosa—, por toda Somalia, pues Holden,

antes de caer enfermo, quiso abrir un complejo turístico en el país. Cosas así. También estuvo de visita en la Casa Blanca con una delegación, recibida por el presidente Johnson, y conoció al emperador etíope Haile Sellasie. Para mí, hablar con él siempre ha sido como hojear un libro de historia en tres dimensiones. El episodio de Omar Sharif me sigue haciendo sonreír, ya que dice mucho del carácter de papá. Omar Sharif era un viejo conocido. Ambos coincidieron varias veces en los vestíbulos de diversos hoteles. Los egipcios y los somalíes, y más en aquellos años, tenían mucho en común, sobre todo la idea del panarabismo del presidente Gamal Abdel Nasser, que casaba muy bien con el panafricanismo del ghanés Kwame Nkrumah. Así, cada vez que mi padre y Omar Sharif se encontraban, se saludaban con un gesto, hasta que, ya en el enésimo vestíbulo y el enésimo saludo, Omar Sharif le preguntó si quería unirse al grupo. «Estaba en compañía de dos diosas, una más guapa que la otra. Pero yo le dije: "Gracias, mejor en otra ocasión". No quería caer en la tentación. Al fin y al cabo, era un hombre casado». ¿Se trata de una versión para uso y consumo filial? ¿O de verdad rehusó unirse a la compañía del actor egipcio? En una de las últimas versiones de esta historia, surgió una verdad más verdadera que las otras: «Teníamos una misión. La política, cuando se hace en serio, no admite distracciones. Pero aquellas dos, realmente, eran unas diosas. Qué suerte tienen los actores».

Cuando asistió al concierto de Nat King Cole, ya era un político con una carrera consolidada. Faltaba poco para ese 1 de julio de 1960 que convertiría Somalia en una tierra libre e independiente. Aquella noche, papá estaba con varios colegas de la misión política enviada por el Gobierno somalí y encargada de tomar las futuras riendas del país. Somalia aún no había obtenido la independencia y ellos no tenían ningún cargo oficial, eran políticos de un Estado que aún no existía. Al menos, oficialmente. Después de varios días dedicados a estrechar manos, sonreír hasta la parálisis facial y hablar por los codos, mi padre y dos colegas más se presentaron aquella noche en el Sistina. En el cartel solo estaba anunciado él, Mister Unforgettable. Mi padre y sus amigos lo amaban por sus baladas pop, pero también porque de cada una de sus canciones emergían sus orígenes con toda claridad. Era un hombre del *jazz* y siempre lo sería. Después de todo, Nat King Cole vivió de niño en los suburbios de Chicago y conoció muy bien la vida nocturna de sus calles y locales. El pequeño Nat se escapaba de casa a hurtadillas y pasaba horas en los clubes, donde escuchaba a Earl Hines, Jimmie Noone y Louis Armstrong.

A mi padre también le gusta Louis Armstrong, y también él, de pequeño, solía escaparse para vivir plenamente la adolescencia. Pensándolo bien, la vida resulta bastante parecida para todos, lo que cambia son los espacios que nos rodean. En el Sistina, papá y sus amigos, aunque tenían asientos alejados del palco, estaban muy contentos, pues sabían lo afortunados que eran por poder llenarse de aquellos sonidos que los transportarían de Chicago a Los Ángeles, y más concretamente a Santa Mónica, a un kilómetro de la playa. Los oídos

recorrerían así el trayecto de la mítica Ruta 66, la preferida de aquellos que se desplazaban a Los Ángeles a pasar las vacaciones. Luego irían a Saint Looey, Joplin Missouri, Oklahoma City, Winona, Kingman, Barstow o San Bernardino. Atravesarían el desierto Pintado de Arizona y verían el Gran Cañón. Todo gracias a aquella voz. Un recorrido. Un viaje. Una vida.

Aquella noche, Nat empezó su repertorio como de costumbre. Le gustaba alternar las baladas, estudiadas vocal a vocal e improvisadas al piano, una inmersión anárquica en su conciencia más profunda. La gente, desde luego, estaba extasiada. Mi padre y sus amigos se sentían felices. Aplaudían con ganas y, de vez en cuando, lanzaban un *ohhh yeahhh* a modo de aprobación. Llegados a un cierto punto de la velada, Nat reparó en los tres somalíes. Eso, para mí, supone algo así como un milagro. Todas las biografías de Nat King Cole convienen en destacar la acentuada miopía del cantante. Aunque tenía vista de topo, prefería no llevar gafas mientras tocaba, por lo que asumió ese famoso aire surrealista tan característico. Daba la impresión de mirarlo todo, pero en realidad no miraba a nadie. El truco estaba en su sonrisa. Al sonreír, siempre parecía poseer un pleno control de la situación. Por ello se me antoja un milagro el hecho de que, pese a la avanzada miopía de Nat King Cole, este reparara en mi padre y sus dos amigos. Quién sabe lo que vio con sus ojos opacos el gran Nat. ¿Acaso tres puntitos negros en medio de un mar blanco? Quién sabe. Lo cierto es que al terminar de tocar la canción, en lugar de empezar otra enseguida, se dirigió a mi padre y sus amigos. Dijo algo así como: «Queridos hermanos, venid a ver el concierto en primera fila. Tengo sitios reservados para mis invitados». Papá y sus amigos se levantaron casi en estado de trance. Un poco torpemente, se encaminaron a la primera fila. Los ojos de toda la platea del Sistina se clavaron en ellos. «Son peces gordos», murmuró alguien. No podían intuir la secreta solidaridad que existe entre aquellos que tienen el mismo color de piel. Nat King Cole les estrechó la mano, y luego siguió cantando. Para mi padre y sus amigos fue una velada espléndida. Una velada en que la solidaridad negra había creado magia. Aquella noche, mi padre se prometió a sí mismo que, en caso de verse en la necesidad de buscar refugio, sería en Roma: la magia de la que había sido testigo lo había convencido de que en Roma podría volver a empezar de un modo u otro. Tal vez Roma era una auténtica ciudad mágica.

---

[3] En España, la obra se estrenó en Madrid en 1977 y supuso un éxito sin precedentes en la comedia musical española, ya que estuvo representándose hasta 1983, con algunos reestrenos en la década de los años noventa.

[4] Jóvenes italianos de entre ocho y catorce años reclutados entre 1926 y 1937 por la Opera Nazionale Balilla, organización fascista consagrada a su instrucción para convertirlos en la élite del movimiento fascista italiano.

[5] Pieza fina de algodón o lino usada como atavío en muchos países del sur del Mediterráneo y África.

PLAZA SANTA MARÍA SOBRE MINERVA

Esta es una de mis plazas preferidas en Roma. Me encanta su extrema sencillez. Es un refugio perfecto para quien está triste o quien, simplemente, desea reflexionar. Un oasis de paz absoluta que contrasta, en gran medida, con el griterío multitudinario que colma el vecino Panteón. Aquí no hay tiendas, no hay puestos, no hay circos itinerantes. Solo la racionalidad de una geometría lineal y silenciosa. La iglesia que domina la plaza, homónima de esta, se erigió sobre un antiguo templo erróneamente atribuido a la diosa Minerva Calcídica. En un primer momento, perteneció a la orden de las monjas griegas del Campo Marzio, pero los dominicos la reconstruyeron siguiendo el estilo gótico a partir de 1280. Pese a las numerosas intervenciones sufridas en el curso de los siglos, la basílica sigue siendo la única iglesia gótica medieval en Roma. En su interior, entre las numerosas maravillas allí presentes, en una especie de marco dorado que bordeaba tres tramos de la nave, se encontraba uno de los dos órganos de la iglesia. Una reliquia llena de encanto que, sin embargo, sufrió una extraña suerte: le robaron todos sus sonidos; primero, le sacaron los tubos uno a uno y, luego, lo quemaron. Mediante el uso de la violencia, lo privaron de su savia sonora. La historia de ese órgano siempre me ha recordado la memoria de las mujeres, que también se ha quemado, silenciado, pervertido. Pese a los horrores cometidos con nuestros cuerpos, hemos encontrado fuerzas para superar la infame tradición del silencio. Nuestra lengua es el códice de nuestro corazón latente. Así, dibujo un collar de corazones en mi mapa, por todas aquellas que han conseguido alzar la voz pese a las incontables dificultades. Por mi madre, que supo alzarla cuando fue necesario. Y por mi escritura de hoy, que debe mucho a todas esas voces valerosas.

La carga le pesa sobre los hombros. Tiene los ojos pequeños. Necesitados. No expresan turbación alguna. Han visto pasar a mucha gente como nosotros. Hoy estamos nosotros, mañana serán otros los que estarán. Él, en cambio, siempre estará ahí. Al menos, mientras exista Roma. Como el títere Pinocho, se encuentra atrapado en un cuerpo que no es el suyo.

Le gustaría echar a correr. Jugar con las otras crías. Tener una madre. Fundirse con la sabana. Pero la sabana está lejos, lejísimos. Para él, es tierra prohibida. Se encuentra en un exilio perpetuo, es una criatura nacida en soledad. Ni siquiera sabe si regresará a África. Tampoco si ha estado allí alguna vez. Su inmovilidad se ha vuelto aún más estática por culpa de la pesada carona. La gente le saca fotos. A algunos les da la risa al ver su volumen. Parece fuera de lugar, fuera de tiempo, fuera de todo. Parece una anomalía, y acaso lo sea. En cuanto dispongo de un rato, voy a verlo. Le hago un gesto a modo de saludo. Pero quizá es él quien me hace compañía, y no al revés. El elefantito de Bernini que hay en la plaza de Minerva es uno de los mejores amigos que tengo en la ciudad de Roma. Para mí, ese elefantito es somalí. Tiene la mirada de los exiliados. También su irreverencia. Bernini, furioso porque le habían saboteado su proyecto original, diseñó el elefante de modo que el trasero le apuntara al convento anejo a la iglesia. La cola, además, aparece desplazada con un mohín travieso, como si estuviera saludando a los frailes dominicos, administradores de la iglesia… ¡de una forma bastante guarra!

La primera vez que vi al elefantito, que los romanos llaman «el pichón de Minerva», estaba con mi madre. Recuerdo que pregunté: «¿Estamos en Somalia?». Había visto muchos episodios de *Quark*, un programa divulgativo italiano, y sabía que el elefante era un animal africano. Mamá se echó a reír y me dijo que no, que estábamos en Roma. La confusión me duró varios días. Entonces, ¿Roma estaba en Somalia? ¿O Somalia estaba dentro de Roma? Aquel elefantito africano en plena ciudad confundía todas mis certezas.

Con el tiempo, he descubierto que el elefantito tiene la misma mirada que mi madre. No puede regresar, pero sí puede saciar su angustia. Todo exiliado es una criatura a medias. Le han arrancado sus raíces, le han mutilado su vida, le han destripado sus esperanzas, lo han apartado de sus orígenes y lo han despojado de su identidad. Así, parece que no ha quedado nada. Amenazas, dientes aguzados, maldades… Pero luego sobreviene un fogonazo definitivo, que cambia todas las perspectivas.

Mi madre ha vivido muchos fogonazos de esos. Antes de que la arrancaran de Somalia, ya la habían arrancado del monte. Era nómada y la obligaron a volverse sedentaria. Cada vez tuvo que reinventarse, volver a dibujar su propio mapa. Ese fogonazo que veo en los ojos de mi madre y en los del elefantito de Bernini está compuesto de historias que flotan dentro de sus vientres. Después de todo, cualquiera que se acerque a una o un somalí obtendrá eso mismo: historias. Historias de día y de noche. Para la vigilia, para dormir…, para soñar.

La primera historia siempre corresponde a un nacimiento. Las mamás cuentan el nacimiento de sus hijos. Cada mujer cuenta el nacimiento de su hijo o hija decenas, centenares, miles de veces. A cada vez, lo cuenta como si acabara de suceder. Todas las sensaciones, hasta las más terribles, siguen frescas como recién vividas. Las primeras contracciones, los dolores de parto, la angustia, el alivio, el final o, mejor dicho, el verdadero inicio de la maternidad, de un

sufrimiento completamente nuevo. «Cuando saliste de la barriga, eras el vivo retrato de tu padre» o «Cuando te vi por primera vez, me parecía que estaba viendo la boca de la abuela». Mi madre apenas me ha contado nada del sufrimiento que yo le ocasioné. Solo me dijo que aquel día había huelga de personal sanitario. De todo aquel sufrimiento en tierra extraña, mamá recuerda, sobre todo, la frialdad de los enfermeros, la soledad y la inexperiencia de quienes la asistieron en el parto. «No tenía nada cuando te saqué del hospital. Ni cuna, ni accesorios, ni nada. Te envolví en unas telas y salí contigo en brazos. Estábamos solas. Papá estaba buscando trabajo». Nunca he preguntado a mamá qué clase de telas eran esas en las que me envolvió. Pero cada vez que revivo la historia, me imagino que son telas africanas de muchos colores, como aquellas con las que mi madre se vestía. Siempre que escucho ese relato, me quedo sin aliento. La veo con su cabello larguísimo recogido en una trenza, desorientada, sin hablar aún el italiano bien; una mujer que necesitaba un rostro amigo y que, en lugar de eso, obligada por las circunstancias, tenía que apañárselas sola. Cada vez que lo escucho, pienso en lo difícil que fue para mi madre traerme al mundo en Roma. Con los otros hijos, estaba en su casa, en Somalia, rodeada de personas que la querían. Los trabajos de parto habían sido duros, sobre todo en el caso de Mohamed —entonces llevaba una escayola que le impedía cualquier movimiento fluido—, pero estos siempre venían acompañados de una sonrisa. Todas las mujeres que la rodeaban sonreían para que los trabajos no fueran tan pesados, para acompañarla dulcemente en su nueva maternidad. Además, en Mogadiscio, las parturientas descansaban, y las otras mujeres de la comunidad se encargaban de ayudar a la pareja formada por la madre y el bebé. Durante cuarenta días, la mimaban y reverenciaban. En esos cuarenta días, la mujer recuperaba fuerzas. En esos cuarenta días, se hacía a la nueva criatura. La madre y el bebé aprendían a conocerse de nuevo. El embarazo constituye una forma de conocimiento, pero la conmoción del parto era devastadora para ambos, y quedaba de algún modo compensada por ese período colmado de dulzura. Las mujeres regalaban su tiempo y sus cuidados a la parturienta. Era una manera de aprender a afrontar el oficio más difícil del mundo. En cambio, en ese Occidente tan desarrollado había que hacerlo todo muy rápido. Ni siquiera te daba tiempo a darte cuenta de que habías tenido un hijo. Enseguida te obligaban a recuperar la eficiencia. Sin darte nada a cambio. Mi madre no comprendía cómo las mujeres italianas no se rebelaban contra ese sistema. Pero ¿en qué mente cabía que pudieras estar sola con tu criatura, encerradas las dos en una habitación? Cuatro paredes y ninguna compañía. Miraba las camas de las mamás recientes más cercanas a la suya y observaba sus rostros afligidos. Mujeres obligadas a dejar sus trabajos para ocuparse del recién nacido. Mujeres que ya no tendrían tiempo para sí mismas. Mamá siempre se preguntaba: «Pero aquí… ¿de dónde sale el tiempo para las mujeres?». Y de vez en cuando reflexionaba: «Si es esto el progreso, a mí no me gusta. Yo quiero una vida distinta». En Somalia, los defectos se hacen tan grandes como montañas, pero, al menos, los somalíes saben cómo acoger a un niño. Aunque tú lo traes al mundo, hay una comunidad entera dispuesta a ocuparse de él. No es

una elección individual, sino colectiva. Cada recién nacido recibe el abrazo de mil manos distintas. Pese a todas las dificultades de la guerra y la inmigración, eso aún pervive entre los somalíes. Un hijo nunca es un asunto privado.

Sin embargo, mi madre no se desanimó. Aquel bulto, o sea, yo, la apremiaba a tomar nuevas decisiones, nuevos itinerarios.

Por tercera vez, mamá tuvo que «remapear» su propia vida.

Sí, remapear. No reconstruir, ni renovar, sino remapear. Trazar una nueva y personal geografía. Trazar nuevas líneas, nuevos márgenes, otras parábolas. El espacio de su alrededor había cambiado una vez más.

Era la tercera vez.

La primera vez, el primer remapeo, le había sucedido de niña. Mamá era nómada —en cierto sentido, aún lo es, porque ser nómada es una condición sempiterna—. No conoce su fecha de nacimiento. Sus padres le contaron, muchos años después, que el día que nació empezó la estación de lluvias, un momento de gran tumulto en la naturaleza y también en la comunidad, que debía ponerse en marcha en busca de nuevos pastos. La familia de mi madre estaba compuesta, en su totalidad, por pastores a la merced de los fenómenos atmosféricos. Sus principales ocupaciones consistían en atender los pastos y buscar agua para alimentarse a sí mismos y a los animales. De niña, mi madre siempre vivió en contacto con la naturaleza, y muy pronto empezó a trabajar con la familia. A los cinco años ya era una experta pastora, y acompañaba a su hermano. Su tarea era velar por los dromedarios. Aún hoy, después de tanto tiempo, mi madre se siente muy vinculada a ese animal. Para los somalíes, el dromedario es el animal más noble, el más generoso y dulce. Mamá siempre habla de él con muchísimo afecto y calidez.

Las historias que me contaba mi madre siempre estaban aderezadas con la presencia de la fauna africana. Por ahí pululaban dik-diks, ñus, cebras y hienas. De estas últimas, siempre me ha hablado muy mal, pues eran sus principales enemigas. El león era demasiado noble para rapiñar, y solo se acercaba a los asentamientos humanos en caso de gran necesidad, en épocas de sequía, incluso cuando otros depredadores se mantenían alejados de los campamentos. ¿Por qué buscar problemas si la sabana ya estaba llena de herbívoros indefensos listos para degustar? El único animal que no pensaba de ese modo era la hiena. Era como si, junto con el instinto de supervivencia, le hubieran insuflado una voluntad de desafío. Así, en los montes del norte de Somalia se libraba una batalla entre el ser humano y la hiena. Mamá nunca me ocultó su odio por este animal. Cuando mirábamos juntas los documentales de Piero Angela en la televisión, la oía farfullar una serie de improperios dirigidos a la *dhurwaa*, la hiena: *Balaayo kugu dhacday, toofar… toofar dhalay, Aabaha was! Wacal!… wacal dhalay*. Una cantilena que al principio no comprendía, pero que, poco a poco, empecé a repetir con ella. Mamá odiaba a la *dhurwaa* porque se comía el ganado, robaba a los recién nacidos y hacía que la vida de los nómadas fuera aún más difícil. En el monte, cualquier logro era fruto de un gran sacrificio,

desde la búsqueda de un pozo de agua a la defensa de la propia incolumidad. Aun así, mamá recuerda esa época como una de las más felices de su vida. «Cuando caía la noche, nos reuníamos en torno al fuego y allí, todas las historias, bellas y feas, de miedo y de alegría, salían fuera». Mi madre, mis tíos y mis tías vivían esperando ese momento. «Con las historias nunca te sientes sola, ¿sabes, Suban?». Suban soy yo. Me llamo Igiaba, pero mamá me ha dado muchos otros nombres. Suban es su preferido. A veces me pregunto por qué no me llamó Suban, pues lo usa más que Igiaba. Quizá porque el nombre que llevo perteneció a una mujer a quien mi padre quiso mucho. Me lo dijo mi madre una vez, riéndose a carcajadas. Yo, por mi parte, no encontraba motivo alguno de risa; de haber estado en su lugar, me habría puesto celosa perdida. Ella, en cambio, se reía sacudiendo la cabeza: «Pero Igi, eso ya pasó. Es bonito recordar de vez en cuando, ¿sabes?». Mi padre era un hombre muy guapo y tuvo suerte con sus dos esposas. Encontró a dos mujeres inteligentes, simpáticas y muy bellas. No todo el mundo tiene la misma suerte. Mi madre es la segunda. La primera, Zuhra, es una mujer de fuertes convicciones morales. Cuando tuve la ocasión de conocerla, pensé que, de haber nacido en otra época, habría llegado a ser una excelente jueza. Una vez, papá me contó que su primer matrimonio había sido fruto de la decisión de mi abuelo Omar Scego. El abuelo era un hombre realmente chapado a la antigua, un patriarca de quien dependían todos los miembros de la familia. Una persona acostumbrada a mandar y a que lo obedecieran. El día de su boda, mi padre tenía dieciséis años, y su futura mujer aún no los había cumplido. Eran dos niños. El abuelo había decidido que tenía que casar a todos sus hijos y todas sus hijas. Mi padre, como el resto, se encontró frente a un hecho consumado y, como el resto, se plegó a la voluntad paterna. Los matrimonios concertados estaban a la orden del día, y lo contrario era la excepción. El amor llegaba después de la boda, y las mujeres pocas veces llegaban a conocerlo. El amor, para mi padre, tuvo este nombre mío, Igiaba, que pocos años después me otorgarían con desenvoltura un padre nostálgico y una madre complaciente.

La leyenda familiar pretende que esa tal Igiaba era una mujer casada por quien mi padre profesaba una simpatía y un afecto platónicos tan bellos como imposibles. La leyenda familiar cuenta, asimismo, que cuando nacieron sus tres primeras hijas, papá ya intentó llamarlas Igiaba, sin éxito alguno, naturalmente. A su primera mujer no le hizo ninguna gracia el asunto. No voy a criticarla por ello, puesto que yo, celosa como soy, tampoco lo habría soportado. Sin embargo, de vez en cuando me pongo en el lugar de papá, obligado a casarse a los dieciséis años, igual que su esposa. También yo, si me hubieran empujado a llevar una familia y una vida llena de responsabilidades a una edad tan precoz, habría dado rienda suelta a mi imaginación para soñar no solo con Igiaba, sino con un harem entero lleno de tesoros. No sé en qué punto de la historia surgió esa Igiaba. Sé que murió más tarde, pero también conozco pocos detalles al respecto. De ella, solo conservo este nombre que me han cosido para siempre. Papá, cuando nacía alguna sobrina, siempre dejaba caer con aparente despreocupación ese nombre, Igiaba, esperando que nadie reparara en su insistencia. Pero

nada pasa desapercibido a los ojos de un somalí. Al final, la historia del nombre se convirtió en un chiste familiar. Años después, mi padre se casó con mi madre y no nacieron más que niños. Cuando por fin nací yo, ya en el exilio, mi madre se dijo: «Esta será su última hija, démosle una alegría». Mi madre es una mujer equilibrada y considera que los celos son una enfermedad de gente estúpida. Para ella, el amor consiste en entregarse por entero. Así, cuando nací le dijo a mi padre: «Venga, vamos a llamarla Igiaba», sin esperar a que él lo propusiera, como ocurría siempre. Cada vez que pienso en ello, no dejo de conmoverme: mi nombre es fruto de un gran gesto de amor. Muchas veces, los nombres encierran un destino. Yo, en el mío, siento un amor inmenso.

En aquella época, mis padres estaban muy solos. Habían tenido que abandonar su tierra. Mi padre estaba pensando en dejar la política. Había trabajado toda la vida por su país y por el sueño de un futuro mejor, y cuando le llegaba la hora de descansar, ese mismo país lo expulsaba de su casa. Mis padres ni siquiera pudieron llevarse sus cosas. El régimen militar de Siad Barre había embargado todos sus bienes. Eran indigentes y estaban muy lejos de sus seres queridos. Habían dejado a todos sus hijos en el Cuerno de África y, en esos momentos, no sabían cómo iban a hacer para volver a verlos, no sabían a quién acudir ni por dónde empezar su nueva vida. Por eso siento que fue tan importante que me dieran este nombre que llevo, porque el amor es esperanza, renacimiento, nuevas puertas que se abren en la vida.

Sí, misterios maternos son los nombres, más impenetrables que un dogma. En cualquier caso, aparte del chiste de mi nombre, mi madre es un libro abierto. Me la imagino de niña, acurrucada como una bolita, con los oídos aguzados, dispuesta a escuchar las mil historias de la tradición oral somalí. Tortugas sabias, mujeres astutas, asnos perspicaces, predadores arrepentidos. Era como vivir en *Alicia en el país de las maravillas*: en una esquina, el peligro; en la otra, la magia. No siempre estaba asegurado el final feliz. La historia, a veces, podía acabar mal. Lo que realmente importaba era la moral. Cada historia debía aportar una enseñanza práctica. Una enseñanza que el nómada pudiera emplear de algún modo.

Todos los recuerdos de mamá en torno al monte son buenos, salvo uno: el día que la infibularon. Al principio, solo hubo dolor. Poco a poco, a medida que pasaban los años, ella sola empezó a comprender que aquello que le habían hecho era algo monstruoso. Sin embargo, mamá no guarda rencor alguno. Siempre me ha dicho: «Era lo que se hacía. Era la tradición. Ni a mis padres, ni a los padres de mis padres les habían dicho que era una tradición cruel, no prescrita en nuestra religión». Mi madre tenía unos ocho años. Como manda la tradición, le ordenaron que se bañara y las mujeres se pusieron a cantar por ella. Ese día se convertiría en una mujer. Ella ya sabía muy bien que dolería, su madre se lo había explicado todo. Llegó donde la partera, encargada de la operación, con un suave tembleque. A veces sueño que alguien saca a mi madre de allí. La salva. Pero eso no ocurrió. Abrió las piernas y fue tan obediente como le habían aconsejado las mujeres de la familia. «En aquel momento, busqué a Dios. Suplicaba: "Alá clemente y misericordioso; Alá, señor del universo, te ruego

que me ayudes a ser valiente. Que no me duela mucho". Recé al buen Dios. No quería pensar en toda aquella sangre que me salía a borbotones». Dos mujeres le sostenían las piernas para impedir que se moviera durante la operación. Todo sucedió sin anestesia; mamá nunca olvidará aquel dolor tan fuerte. Fue valiente. Apretó los dientes, era una mujer *saacad*, no una cualquiera. No podía llorar delante de la tribu. Pese a todo ese sufrimiento, nunca intentó forcejear, pues la huida se consideraba algo completamente vergonzoso.

Al terminar, le ataron las caderas y así se pasó una semana más o menos, de modo que la herida pudiera cicatrizar. Muchas veces me pregunto qué saltó en el interior de mi madre en aquel momento. Cómo logró entender que aquello que le habían hecho era un terrible error. Solo muchos años después se enteraría de que esa práctica no era fruto de ninguna ley religiosa: ninguna prescripción dictada por el libro sagrado obliga a los fieles a mantener esa práctica. No era más que una distorsión de la historia. ¿Cuántos clítoris sonrientes se han mutilado así? ¿Cuántas flores somalíes se han perdido? El número es incalculable, como lo es el sufrimiento. Me imagino —aunque mi madre no suele prestarse a hablar del asunto— que la decisión de rebelarse contra aquel dolor fue inmediata. Allí tendida, con las caderas atadas y una cicatriz que tardaba en cerrarse, decidió que la historia cambiaría con su propia hija. En cierto sentido, me siento un mapa de mi madre. Con esa decisión, ella —junto con papá, naturalmente, que siempre fue contrario a la práctica— me hizo un regalo lleno de amor.

Recuerdo que, de niña, una vez mamá me dejó sola en Somalia con mis tías, y entonces corrí un cierto peligro. Recuerdo que alguien hizo un amago de pincharme: «Igiaba, te damos un pinchacito aquí. No te hará daño». Pero yo ya me había preparado el argumento para negarme: «Sí que hace daño. Mamá no quiere». Eran los años ochenta. La campaña contra la mutilación estaba ya muy extendida, y en ella participaba incluso el Gobierno de Siad Barre, quien, como todos los dictadores, se tomaba muy a pecho ciertas batallas sociales para crear consenso, lo mismo que Mussolini con el drenaje de las Lagunas Pontinas.[6] Aun así, muchas personas a las que el Gobierno de Barre había implicado en la campaña contra la mutilación genital eran cultas y con gran experiencia. La opinión pública somalí estaba cambiando de idea acerca de la mutilación, y por fin empezaban a considerarla como una práctica errónea. «Mamá no quiere» fue la coraza que me defendió. La voluntad de mi madre, su experiencia con ese dolor, me permitieron ser una mujer completa, con todos los órganos en su sitio. Por esa razón me siento como un mapa de mi madre. Fue ella la que me dibujó entera, sin omisiones ni «cortes».

Después de sufrir esa práctica, mamá tuvo que volver a dibujar su mapa por primera vez. La segunda vez llegó cuando se vio obligada a abandonar el monte rumbo a la ciudad. La tercera, al dejar su país en pos de una tierra extraña.

Esa segunda vez no fue nada fácil, como cualquiera puede imaginar. En el fondo, era el mismo país. Comoquiera que fuese, apenas se movió unos pocos kilómetros. Sin embargo, para mi madre resultó un cambio radical. Un terremoto que la llevó a modificar todo cuanto

conformaba su propia existencia; incluso las palabras y los gestos adquirieron un nuevo sabor. En Mogadiscio, donde vivió al principio con sus hermanas y luego con mi padre —ambos se conocieron por casualidad en una fiesta—, no había que buscar pasto alguno ni era posible perderse bajo la lluvia. La casa era siempre la misma. Por primera vez en su vida, mi madre tenía una dirección permanente cuya evidencia la dejaba atónita. Empezaba a poseer demasiadas cosas, pese a haber andado, una vez, tan ligera por el mundo. Pasó a formar parte del barrio, empezó a tener vecinos. Ya no pertenecía a una tribu, sino a un conjunto heterogéneo de desconocidos. Ya no había animales que guardar, ni hienas a las que temer. La ciudad tenía ritmos distintos, animales distintos. E incluso aquellos a los que estaba acostumbrada, como las vacas, las cabras o los camellos, transitaban por las calles de distinto modo. Mamá comprendió de inmediato que había perdido la complicidad con los animales. Ahora, en la ciudad, ella era irremediablemente el otro. La naturaleza ya no estaba allí. Durante esa primera época, consiguió estudiar un poco. Asistió a clases en la escuela primaria y aprendió a leer. Había una monja llamada Agnese, o acaso Angela, que se encariñó con ella, y también la enseñó a aporrear algunas notas al piano. Poco después, la escuela empezó a considerarse un lujo excesivo. Mamá tenía que ayudar a sus hermanas y no pudo estudiar como habría querido. Ahora, los hermanos Jama estaban solos en el mundo. Sus padres se fueron apagando poco a poco. Mi madre empezó a trabajar, y estuvo de telefonista durante mucho tiempo. Hoy en día, diríamos teleoperadora, pero, en aquella época, la palabra *telefonista* dejaba entrever todo un mundo lleno de posibilidades. Puedo verla allí, poniendo y quitando las clavijas con ademanes compulsivos. Las telefonistas gestionaban todo el tráfico telefónico de la ciudad de Mogadiscio; eran chicas muy amables y cortejadas.

Mi madre siempre ha sido muy guapa. De vez en cuando, se lamenta por su belleza perdida, y yo siempre le digo que ahora posee una belleza que, aunque distinta, sigue siendo belleza. De joven, sin embargo, era una preciosidad. Cuando me habla de aquella época, siempre saca a relucir sus sueños, el mayor de los cuales era estudiar. Ya se creía afortunada porque sabía leer, pero nunca le enseñaron a escribir. Con los años, ha tenido miles de ocasiones para aprender, pero siempre se ha encogido de hombros para atajar la cuestión con un «ya es demasiado tarde». He reflexionado mucho acerca de ello, del hecho de que mi madre no sepa escribir. Confieso que, de pequeña, sufría un poco por ese motivo. No se lo decía a nadie, pero me avergonzaba de ella. Me preguntaba por qué una mujer tan inteligente, siempre tan informada, no sabía escribir. Me lo preguntaba cada vez que debía rellenar el impreso para renovar el permiso de residencia o firmar los papeles del hospital. Trazaba una gran X y ella, muy despacio, escribía una H, inicial de aquello que se había convertido en el apellido de su documentación.

En nuestros documentos de identidad, los nombres somalíes siempre se reducen, se cambian, se omiten. No sé muy bien cómo funciona el asunto. En Somalia, cada persona lleva el apellido paterno y el nombre paterno. Así, cada nombre está formado por una cadena

infinita de antepasados, de modo que, en lugar de llamarme Igiaba Alí Omar Scego, me convertí en Igiaba Scego, y mi madre, en lugar de Khadigia Jama Hussein, pasó a llamarse Kadija Hussein. Mi padre fue el más afortunado de todos, pues conservó su nombre original y siempre se ha llamado Alí Omar Scego. Ciertamente, toda migración conlleva la pérdida de una parte de nosotros mismos. Quizá mi madre se empeñó en no aprender a escribir para conservar así la cultura de los nómadas, su cultura oral, que ha podido transmitirme. Yo nunca he considerado a mi madre una ignorante por el hecho de no saber escribir, pese a toda la vergüenza que ha llegado a producirme ese hecho. Es, en realidad, la persona menos ignorante que conozco. Lo sabe prácticamente todo sobre la política internacional. Desde los sóviets a Carter, desde el primer gobierno de De Gasperi al actual batiburrillo de identidades inciertas. Conoce la cronología de las vidas de Malcolm X, Mandela y Obama casi al minuto. Siempre ha leído la prensa, mientras que con los libros ha tenido una relación ambivalente. Nunca ha leído un libro entero, y no por pereza o falta de voluntad. Es que nunca le ha gustado la obligación de permanecer enganchada a la página, siquiera por un rato. Mamá abre los libros por la mitad. Lee un poco, luego retrocede, avanza y acaba volviendo a la primera página. Por ello, el único libro que ha leído de verdad es el Corán. Nunca le han enseñado árabe, que es la lengua del Corán, pero ella ha aprendido a leerlo por su cuenta. No comprende las palabras, como le sucede a la mayoría de los musulmanes no arabófonos, pero su sonido la reconforta, hace que se sienta en un mundo mejor. De vez en cuando, algunos signos de la lengua árabe la confunden, pero siempre acaba recobrando la seguridad y, pese a su lectura aproximada, el Corán consigue infundirle una paz que nadie más ha podido darle nunca. No lee ningún otro libro. Ni siquiera los míos. Ahora me río. Falta mi madre entre mis lectores. Cuando estoy trabajando en un fragmento o pasaje especialmente complicado, voy a verla y se lo leo. Siempre me da un poco de vergüenza, pero ella me mira sonriente y me da una palmada en el hombro. Luego, a veces al cabo de varios meses, llegan las críticas. Pero esa palmada me hace feliz. Todo ocurre, realmente, como en ese dicho musulmán según el cual *al-jannatu tahta aqdam il-ummahat*, es decir, el paraíso se encuentra bajo los pies de las madres. Sí, está justo ahí. No podría ser de otra manera.

---

[6] En 1928, el Gobierno de Mussolini desecó las marismas de las Lagunas Pontinas, en la región del Lacio, las limpió de vegetación e instaló varios centros para alojar a numerosas familias de colonos y ofrecerles un trozo de tierra, animales, etc. El proyecto fue un enorme estímulo para Mussolini, que demostró así la «vocación rural del pueblo italiano» y el triunfo sobre la naturaleza, según la concepción fascista del progreso.

EL OBELISCO DE AKSUM

Hoy en día, no hay nada allí. Solo el vacío. Avanzo, ciega, por ese abismo. Los coches, para no perder el ánimo, giran sin cesar en torno al vacío central. Cada vez que paso por ahí, pienso que ese lugar merecería llenarse de sentido. Sin embargo, los cláxones resuenan a todo trapo y quizá ya es tarde para poner remedio a la situación. La plaza de Porta Capena no es una de las más conocidas en Roma. Es casi un rodeo que se da por obligación, y apenas le prestamos atención alguna, imbuidos como estamos en el tráfico cotidiano. En el centro de esa plaza, tiempo atrás, hubo un obelisco que se acabó restituyendo a sus legítimos propietarios. Un monumento que venía de muy lejos, de la Etiopía que Benito Mussolini había salido a buscar durante los años treinta del siglo pasado para doblegarla con su itálica arrogancia. El monumento, conocido como obelisco de Aksum, se erguía majestuoso en el centro de la plaza, donde permanecía, en cuanto que botín de guerra, desde el 28 de octubre de 1937. Sin embargo, el obelisco no era feliz allí. Los italianos lo habían arrancado de su tierra. Lo habían expoliado, lo habían recluido. Era, de hecho, un prisionero político, forzado, muy a su pesar, a servir a un dueño grosero y arrogante. Pobre obelisco, tan acostumbrado a servir de buena gana a otros dueños, ahora le tocaba plegarse a las ansias imperiales de Benito Mussolini.

Cuando, al cabo de unos años, el obelisco consiguió volver a casa, hubo una gran fiesta en su tierra. Los agudos chillidos de los cantos de las mujeres de la región de Tigray, mezclados con los agudos de las trompetas, dieron su bendición al exiliado de lujo que, por fin, había regresado a su tierra. Así, finalmente, el obelisco quedó liberado, se hizo visible. Me contaron que, cuando cayó la tela que lo cubría, todo el mundo contuvo el aliento. Las treinta mil personas allí reunidas para el acontecimiento se quedaron sin respiración, todas a la vez.

Dibujo un círculo en el mapa. Dentro solo hay silencio. El testimonio más bello, la fiesta mejor.

Cuenta la leyenda que la primera dueña del obelisco de Aksum fue la mítica reina de Saba.

En el mundo árabe, se conoce a esta reina con el bendito nombre de Bilqis, aunque los yemeníes lo pronuncian como Balkama. Para los etíopes, la reina es simplemente Makeda. Así, podemos imaginarnos a esta reina nacida hace varios miles de años en África oriental como una reina negra y bella, súbdita de Dios y de las estrellas, dueña de sus entrañas y de nuestras vidas.

La reina de Saba aparece descrita como una mujer llena de sabiduría y sagacidad. Su historia fluctúa entre la leyenda y la realidad, en los confines entre el sueño y la vigilia. Su mito se mantiene aún en la vasta región que se extiende desde África Oriental hasta Yemen. Era apenas una niña cuando emprendió el viaje que la llevaría al reino de Salomón en busca de la sabiduría. De todo cuanto nos ha llegado a través de la historia, incluso podemos trazar su rostro. La reina de Saba tenía unos ojos enormes, vivaces como los de un antílope enamorado. Las cejas eran puñales curvos; las pupilas, perlas fogosas. La reina emprendió un viaje a Jerusalén, pues le habían llegado rumores de que en esa ciudad lejana reinaba el poderoso rey Salomón, el hombre más sabio de la tierra. El rey conocía el lenguaje de los pájaros y los abismos, de los hombres y las criaturas celestes. Por esa razón, Makeda deseaba plantear al rey una serie de enigmas. Se presentó allí para sondear aquellas habilidades tan ensalzadas por doquier. Naturalmente, quedó prendada de aquel rey tan sabio como hermoso. Su viaje dejó muchas huellas en el imaginario colectivo: aparece citado en el Talmud judío, en varios pasajes de la Biblia, en el Corán y, claro está, en el *Kebra Nagast*, el Libro de la Gloria de los Reyes de Etiopía, que es el libro más importante del imperio etíope.

La reina estaba muy apegada a su tierra etíope. Pese al amor que sentía por el rey Salomón y la admiración por toda la sabiduría que este profesaba, finalmente decidió emprender el regreso a casa, para reencontrarse con su gente. Para ello, la hermosa reina tuvo que recorrer un largo camino, un camino que, desde Jerusalén, la condujo a las puertas de su mundo antiguo. Y aquí entra en escena el obelisco de Aksum. Cuenta la leyenda que la reina, rendida a causa del viaje, se dispuso a descansar bajo el obelisco. Llevaba en su vientre al hijo del rey Salomón, y el obelisco fue el primero en saber la buena nueva.

¡Ay, obelisco! ¿Cuántas cosas habrás visto en tu larga vida? ¿Cuántas historias podrías contarnos?

El monumento, en realidad, se consideró un obelisco por error. En todas las guías de Roma aparecía señalado como tal, pero, en verdad, era —y sigue siendo— una columna sepulcral de veinticuatro metros de alto, clavada directamente en el suelo de la plaza de Porta Capena. El coloso es uno de los mayores ejemplos del arte aksumita que aún quedan en pie. Su edad ronda la venerable cifra de dos mil años.

En la historia más reciente, el monumento ha sido objeto de incontables disputas. Tras el fin de la Segunda Guerra Mundial, Italia, ya libre del fascismo, aceptó —de palabra— devolver el monumento a sus legítimos propietarios etíopes. Así, el botín de guerra debía

quedar restituido, y ahí las leyes mundiales no dejaban lugar a dudas. Sin embargo, año tras año, los italianos encontraban impedimentos de lo más fantasiosos para no cumplir con su obligación. Así llegamos a 2002. En mayo de aquel año, un rayo alcanzó el obelisco. Este hecho levantó acaloradas discusiones sobre la conveniencia de devolver el monumento. Así, el 7 de noviembre de ese mismo año, se desmontó el obelisco de la plaza de Porta Capena, lo cual, naturalmente, aumentó los niveles de polémica. Pero el obelisco se salió con la suya y regresó a casa. ¿Y nosotros? ¿Qué hemos hecho para llenar el vacío que dejó en la plaza?

Se trata de un vacío culpable, un vacío que se me antoja cargado de odio. Pero ¿acaso puede transformarse el odio? ¿Tal vez en amor? ¿O solo en conciencia?

Por lo que a mí respecta, en mi geografía personal, la plaza de Porta Capena está ligada para siempre al rostro de dos hombres y sus historias, al legado que me han transmitido aun sin saberlo.

El primero de esos hombres se llamaba Omar Scego, y era mi abuelo. El segundo se llamaba Osman Omar Scego y era mi tío. He visto fotografías de ambos en blanco y negro. Tenían la misma frente ancha y la misma mirada segura. La plaza vacía, huérfana del obelisco, siempre me ha recordado la ausencia de esos dos hombres en mi vida, así como su poderosa presencia. Ambos murieron antes de que yo naciera, cuando ni siquiera era un proyecto del futuro. Nos conocimos a través de esas fotografías en blanco y negro. Su legado y yo nos quedamos a un paso, un clic de una cámara de fotos antigua. Desde muy niña, sus rostros mirándome fijamente han significado, para mí, el mayor acto de amor posible.

Cuando escuché hablar de ellos por primera vez, estábamos en 1978. Vivíamos en una pensión de Balduina, un barrio muy conservador de Roma. A mi padre, a mí y, sobre todo, a mi madre, con su velo islámico, nos consideraban algo así como extraterrestres. Todos nos miraban y nos señalaban con el dedo, como se señala a los leones en una jaula del zoo. Yo era la hija de una pareja muy poco convencional: un expolítico que había participado en la historia de su país y una mujer que nunca había llegado a repudiar su cultura nómada. Era fruto de un encuentro entre dos personas distintas, un sedentario de una ciudad costera y una nómada de la sabana oriental. Recuerdo que, en aquella minúscula estancia de la pensión de Balduina, había muchísimas cosas, y todas ellas encerraban un gran misterio. Me atraían, sobre todo, las tres fotos colgadas de la pared central. Un señor casi blanco con turbante, una señora negra de semblante imponente y un pañuelo en la cabeza, y un joven con chaqueta y corbata y un aire muy elegante. Eran mi abuelo Omar, mi abuela Auralla y mi tío Osman.

Los tres se habían sacrificado para dejarnos un mundo mejor, remarcaban todos una y otra vez a mi alrededor.

Omar Scego, mi abuelo, era casi blanco. Ese detalle, muy evidente en las fotos que lo retratan, me impresionó mucho desde el principio. Yo soy oscura. Tengo los colores del ecuador, y me

muevo feliz en el armazón de mi color africano. Debo admitir que aquella blancura me escandalizaba un poco. No conseguía asociarla a mí misma. Ciertamente, papá era menos oscuro que mamá, pero el abuelo era realmente muy blanco, demasiado blanco. Más que los árabes o los italianos meridionales. Si nadie me hubiera hablado de él, lo habría confundido con un iraní o un portugués colonizador, uno de esos que, a finales del siglo XV, llegaron a Brava con Vasco de Gama. Siempre me he preguntado si por mi cuerpo, además de sangre africana, corre también la sangre de los portugueses. Quizá, como Malcolm X, yo también podría decir: «Empecé a odiar cada gota de sangre del violador blanco que hay en mí». Quizá a mi antepasada la tomaron por sorpresa y la embaucaron en la playa de la ciudad. La ultrajaron para quitarle todos sus recuerdos felices. Quizá era pequeña, demasiado pequeña para merecer una suerte tan adversa. O quizá lo que le ocurrió a mi antepasada fue, sencillamente, que se enamoró de un blanco. Una niña pequeña y delgada del mar, perdida en dos ojos de selva, dos ojos que habían surcado las olas y buscado refugio en los cantos de las mujeres lisboetas. Sí, un marino, ¿quién sino un marino podría haberla fecundado? Un hombre con una mujer en cada puerto. Un hombre acostumbrado al abandono, a embarcar en navíos que nunca regresan al lugar de donde partieron.

Aún conservo la fotografía de mi abuelo. El blanco de su piel me planteó estos interrogantes para siempre irresolubles. El blanco de su piel provocaba una crisis en toda una serie de construcciones que me había formado acerca de mi orgullosa identidad africana. Nadie es puro en este mundo. Nunca somos simplemente negros o blancos, sino el fruto de un encuentro o un desencuentro. Somos encrucijadas, lugares de paso, puentes. Somos movedizos y podemos volar con las alas escondidas en los pliegues de nuestras almas celestes.

La foto más bella que tengo del abuelo es la del turbante. Parece recién salido de la corte de Harun Al Rashid, el califa abasí de Bagdad. Un verdadero personaje de *Las mil y una noches*. El turbante era blanco, calzado en la cabeza como solo saben hacerlo algunos brahmanes de la región de Benarés. También la chilaba era blanca, finamente bordada. Los colores resaltaban la palidez de su rostro y los ojos, de un negro intenso, se remontaban a tiempos ancestrales jamás vividos. Al mirar aquella foto, era fácil confundir a aquel hombre con un rey o algo parecido. Emanaba nobleza y capacidad de ostentar el poder, uno de los rasgos destacados de su compleja personalidad. El abuelo era un hombre duro, según lo que me ha transmitido la leyenda familiar.

Yo no era la única que tenía miedo de aquella piel tan blanca. También la abuela había sentido lo mismo, e incluso se negó a casarse con él. El suyo fue un matrimonio concertado. Mi abuela era una mujer oscura del norte. Cuando vio el color de la piel del abuelo, se quedó horrorizada. «¿Por qué queréis entregarme a este extranjero? ¿A este infiel? De su boca salen los sonidos más extraños. Habla una lengua del demonio». Mi abuelo, naturalmente, hablaba italiano.

La abuela no podía convencerse de que un somalí pudiera tener esa piel tan inmaculada.

Estaba completamente desolada. La noche de la celebración matrimonial, consiguió escabullirse de la fiesta y escapar. Buscó refugio en casa de unos parientes que vivían fuera de la jurisdicción italiana. Mi abuelo dijo: «Ya cambiará de idea, y entonces iré a buscarla». Era un hombre paciente. Al cabo de dos años, cuando aquel territorio también pasó a formar parte de la jurisdicción italiana, se presentó en casa de los parientes que habían dado refugio a mi abuela.

—He venido a llevarme a mi legítima esposa —anunció.

La abuela lo contempló un momento.

—Ya veo que no solo hablas esa lengua del demonio. Si es así, seré tu esposa —respondió.

Siempre he escuchado mil y una anécdotas del abuelo, además de esta historia. Era un hombre hecho a sí mismo, alguien que pedía poco y se remangaba a la hora de luchar por sus objetivos. Un hombre fuerte. Hoy diríamos, también, chapado a la antigua. En todas las historias que me han llegado sobre él, se trasluce su amor por el orden. Era, ciertamente, un hombre meticuloso, preciso, matemático. Se hizo a sí mismo en todos los aspectos. También tomó caminos arriesgados a lo largo de su vida, pero siempre guiado por su instinto de aventurero mesurado. Era muy despierto y captaba al vuelo las novedades del mundo circunstante. Aprendió a hablar italiano enseguida sin ir a clases ni a la escuela, simplemente respirando el ambiente que lo rodeaba, donde se hablaban el dialecto de la región de Brava, la lengua franca somalí y el italiano de los patrones. En aquella época, los italianos estaban intentando reforzar sus propios asentamientos en la antigua tierra de Punt, tal y como los antiguos egipcios llamaban a Somalia, y muy pronto se valieron de los servicios de la población local para sus fines, por lo que reclutaron a muchos hombres como soldados. Eritreos y somalíes se convirtieron así en *askari*, que contribuirían a difundir la propaganda fascista y en quienes acabaría sosteniéndose la mayor parte de la retórica colonial. ¡Pobres *askari*! La triste verdad revela que no eran otra cosa que carne de cañón, hombres que los italianos llevaron a combatir en primera fila. Entre ellos había muchos niños soldado, reclutados con trece años y envejecidos en la esclavitud. También el abuelo empezó a trabajar para los italianos desde muy joven, pero su destino no pasaba por convertirse en carne de cañón. Era un niño muy avispado que hablaba italiano, lo cual, en cierto sentido, supuso su salvación. Había pocos intérpretes y era raro encontrar a uno tan avispado, de modo que enseguida lo pusieron a traducir. No sé muchos detalles acerca del trabajo que realizó para los italianos, solo que, en algún momento de su vida, llegó a convertirse en intérprete del jerarca fascista Rodolfo Graziani. Hoy en día, muy pocos se acuerdan de Graziani, pero lo cierto es que fue uno de los hombres más feroces de cuantos sirvieron al fascismo. En África, llevó a cabo matanzas brutales e inenarrables. Fue un militar de carrera que, gracias al fascismo, ascendió al alto grado de mariscal de Italia. Hoy se recuerda no por su genio militar, sino por la crueldad de sus métodos. Durante toda su vida, se distinguió por las feroces guerras de represión que tuvo a bien emprender. La sangre, en su mayoría procedente de africanos y

africanas, le chorreaba de las manos, y no solo de modo figurado. Rodolfo Graziani había pisado suelo africano por primera vez en 1908, en vísperas de la Primera Guerra Mundial. En aquella ocasión, había aprendido los rudimentos de algunas lenguas locales que le resultaron de utilidad durante la guerra de agresión a Etiopía llevada a cabo por Benito Mussolini. Pero no fue hasta 1921, en Libia, cuando Graziani se dio a conocer por primera vez, del modo más triste. Formalmente, Libia era una colonia italiana, pero, en realidad, la mayor parte del territorio libio estaba en manos de los partisanos liderados por Omar al Mukhtar, un religioso sanusí. Graziani obró sin asomo de piedad. Para doblegar a Libia, decidió doblegar a su pueblo y recurrió a métodos salvajes contra las diversas tribus. Entre sus numerosas atrocidades, las más terribles fueron los traslados forzosos a los campos de concentración donde mujeres, niños, jóvenes y ancianos llegaban presos, maltratados y golpeados junto a sus animales sacrificados. Acto seguido, empezaban los fusilamientos y ahorcamientos en masa. Al cabo de unos años, en 1936, sucedió lo mismo, aunque con algunas diferencias, en Etiopía. Para someter a la población etíope que resistía ante la Italia fascista, se usaron las mismas torturas, los mismos campos de concentración, las mismas ejecuciones sumarias que en 1921. En la guerra por el imperio mussoliniano, Rodolfo Graziani, junto con Pietro Badoglio, usó armas químicas vetadas con severidad por la Convención de Ginebra. Pero a Graziani le importaban bien poco las convenciones y los derechos humanos. Baste pensar en su actuación en Etiopía, cuando Mussolini lo nombró gobernador del territorio una vez finalizada la guerra. Tras un atentado fallido que estuvo a punto de costarle la vida, y a modo de represalia, Rodolfo Graziani ordenó destruir barrios enteros de la capital, Adís Abeba. Asimismo, mandó asesinar a todo aquel que se encontrara bajo la lluvia de disparos, incluidas mujeres, niños, jóvenes y ancianos. Miles de personas murieron en aquella masacre, entre ellas numerosos juglares, pues Graziani consideraba a los poetas culpables de haber alzado a la población contra él. Mostraba especial inquina por todos aquellos que trabajaban en favor de la paz, como los poetas, claro está, y también los religiosos. Una de las matanzas más crueles realizadas tras el atentado se ensañó, de hecho, contra los religiosos de la comunidad copta de Debre Libanos, que aún hoy se recuerda como una de las peores masacres cometidas en la región.

Entonces, ¿mi abuelo era fascista?

O, mejor dicho, ¿era cómplice del fascismo? ¿Era culpable de los crímenes que traducía?

Me he hecho estas preguntas un sinfín de veces.

Acaso el abuelo era como Wangrin, el protagonista de *L'interprete briccone*, de Amadou Hampâté Bâ: alguien que, gracias a su inteligencia y astucia, a un cierto descaro, se burlaba de todos los poderosos, ya fueran blancos colonizadores o negros conniventes. Una cosa es bien cierta: el abuelo comprendió enseguida que traducir era la clave para poder sobrevivir en aquel país reprimido. También llegó a comprender a los blancos y a los negros mejor que nadie, lo

cual le permitió mantenerse en equilibrio —cosa nada fácil— entre explotadores y explotados.

Cuando mi padre habla de su padre, en su voz se advierte una gran admiración: «Era como un puente suspendido entre dos mundos —me dice siempre—. A veces me fascinaba tanto su facilidad para cambiar de lengua que me pasaba horas contemplándolo, como se contempla una estatua de marfil. Por mucho que oía hablar a los blancos, sobre todo a Graziani, nunca entendía ni palabra, hasta que llegaba mi padre, y entonces, al instante, todo se esclarecía». Las palabras que debía traducir el abuelo en ciertas circunstancias eran muy duras. Mi padre me ha contado muchas veces lo terrible que era oír sus rugidos, pues el abuelo siempre fue uno de esos que no solo aportaban su propia voz a cuanto traducían, sino su alma entera. Trataba de usar los mismos tonos y permanecer fiel al original, incluso cuando se trataba de un jerarca fascista. «Rodolfo Graziani era un hombre terrible, sanguinario, que carecía de toda regla moral, y los derechos humanos se le antojaban muy remotos —me dijo papá una vez—, pero, para mí, por muy terrible que suene esto, solo era un hombre que me traía caramelos. A tu tío Abukar y a mí nos daba muchísimos, casi siempre acompañados de una caricia en la cabeza». A veces, el abuelo también arrastraba a alguno de sus hijos varones a las ceremonias oficiales. Mi padre recuerda especialmente una de ellas: «El abuelo nos había dicho: "Cuando veáis al rey, haced el favor de inclinaros tal y como os he enseñado", y nos mostraba cómo debíamos hacer la reverencia al rey. Nosotros estábamos apostados en el interior de la residencia, emocionadísimos ante la llegada del monarca italiano. Lo sabíamos todo sobre él, especialmente el gran poder que tenía en sus manos. Lo imaginábamos como un poder en forma de diez sacos de monedas de oro y ciento noventa camellos. Para un somalí, tener camellos equivalía a ostentar un gran poder. Pero mi padre nunca nos había enseñado qué aspecto tenía el rey, solo nos había dicho: "Enseguida lo reconoceréis porque es el que más brilla". Por desgracia, a nosotros todos nos parecían igual de brillantes, pues todos llevaban medallas en el pecho y uniformes blancos. Para no equivocarnos, Abukar y yo nos inclinábamos ante todos, cada uno más brillante que el anterior, más refulgente que el anterior, más inmenso que el anterior. Nos deslomamos a fuerza de reverencias. Nos imaginábamos que el rey sería altísimo. Y en realidad…». En realidad, el rey Víctor Manuel iii era bajísimo, no levantaba un palmo del suelo, hasta el punto de que, en la corte, había quien lo llamaba «el Sablecito» —por lo bajinis, naturalmente—. Circulaban ciertos rumores acerca de la Casa Saboya, según los cuales el abuelo del rey, Víctor Manuel ii —otro tapón, igual que él—, no era hijo de Carlos Alberto, sino de un matarife. El verdadero Víctor Manuel, según esos mismos rumores, había muerto en un incendio junto a su ama de cría, y lo habían sustituido deprisa y corriendo. ¿Verdad o leyenda? Lo único cierto es que mi padre y el tío Abukar, en presencia del verdadero Víctor Manuel iii, fueron presa de una gran indecisión: «No sabíamos qué hacer frente a aquel retaco tan gracioso. Era demasiado pequeño. El menos brillante, comparado con todos los hombres que habían desfilado antes que él. No sabíamos qué hacer. No nos parecía en modo alguno un rey, así que, después de intercambiar unas

cuantas miradas, Abukar y yo decidimos no inclinarnos. Ya estábamos cansados de tanta reverencia. Luego, en casa, papá nos regañó muy enfadado, pero ¿quién podía imaginarse a un rey así de retaco?».

El abuelo estuvo entre los principales promotores de la independencia, y fue ministro del primer Gobierno somalí. Una figura muy querida dentro del panorama político del país que encaminó a sus hijos hacia la lucha contra ese mismo colonialismo que él se había visto obligado a servir.

A veces, las historias sobre la trayectoria humana y política de mi abuelo me dejan abatida y sin aliento. Estaba a favor del fascismo y contra el fascismo. Estaba dentro y fuera. Era víctima y verdugo. De algún modo, encarnaba lo que Gloria Anzaldúa, una escritora chicana a la que venero, llamaba «herida abierta».[7] A lo largo de su vida, el abuelo fue, en efecto, una herida abierta, de esas donde el tercer mundo se encuentra con el primero y sangra. Una herida que llevo en el costado.

En la Somalia democrática, se convirtió en un hombre influyente, comprometido de forma muy directa a través de los diversos cargos que ocupó, pero también indirecta, aconsejando a otros. Él, que había conocido el mal de cerca, siempre intentó explicárselo a los demás.

Hay, además, otra herida que llevo siempre dentro de mí. Una herida que tampoco he vivido en mis propias carnes. Una herida procedente de una ausencia, como el vacío de la plaza de Porta Capena. Una herida de puñal infligida a un hombre que tenía toda la vida por delante durante una tarde soleada: mi tío, apuñalado a muerte.

También él me miraba desde una fotografía.

Mamá, cuando habla de él, dice: «*Hoog, balaayo, musiibo, kasaro, qalalaas*». Palabras, todas ellas, que al traducirse aparecen cargadas con el peso de la tragedia, pues significan «desastre». Y cada vez que las oigo, se me encoge el corazón.

Mi madre suele decir: «El día que Osman nos dejó, empezó la catástrofe».

Mamá no dice «catástrofe» en italiano, sino que usa la palabra somalí. Y al oírla, cada vez, la siento como un pedrusco.

Palabras duras, con aristas afiladas como cuchillas, que hacían daño en los oídos. Que me daban miedo. Había tanta injusticia encerrada en ellas. La cimitarra de la historia me desgarraba, me hacía sentir pequeña, impotente, vagamente inútil.

Hoog, balaayo, musiibo, kasaro, qalalaas.

La cantilena de mi tierra.

Solo al cabo de muchos años comprendí cuán afiladas estaban las cuchillas de aquellas palabras. Solo mucho después me contaron que la catástrofe, es decir, el exilio, los problemas, todos los insultos que tuve que soportar en la escuela de Italia —negra de mierda, jeto negro y tantos otros— empezaron con el asesinato de mi tío.

Cuando Osman salió del coche, no había ni rastro de la sonrisa que esbozaba habitualmente. Al principio, nadie se dio cuenta de nada. Nadie había visto el reguero de sangre que lo seguía como una sombra. Acto seguido, todos vieron cómo se tambaleaba. Empezó a dar tumbos como los borrachos, como esos que podían verse ya avanzada la madrugada en Buur-Karoole, en el barrio de Xamar Ja-jab, al este de Mogadiscio. La tía Faduma, hermana de mi madre, fue de las que vieron cómo iba dando tumbos. Había entrado de turno en el hospital, donde trabajaba como obstetra, y fue de las primeras en ver a mi tío herido de muerte. Luego ya no sé qué sucedió. Las historias al respecto se vuelven confusas. Lo único cierto es que mi tío Osman murió después de haber llegado al hospital. Tenía cuarenta y dos años, estaba en la plenitud de su vida y su carrera. A decir de todos, estaba destinado a grandes cosas, incluso a gobernar Somalia. Cuando lo apuñalaron, estaba solo. Su chófer se había alejado un momento para beber algo, o seguramente para orinar. El asesino aprovechó ese movimiento, esa distracción, esa urgencia humana. Era un chófer muy devoto, siempre cumplía con su deber, y solo tuvo ese momento de distracción en su vida, un instante fatal que nunca se perdonaría. En aquellos escasos segundos, el asesino tuvo tiempo para clavar el filo del arma en el cuerpo de mi tío. Lo hundió con saña hasta lo más profundo. Sin embargo, mi tío, herido de muerte, no se rindió a la evidencia de aquel ultraje y luchó hasta el último instante. Tenía un carácter fuerte y no se dejó abatir por la inmensidad del dolor en que se hallaba sumido. Consiguió conducir hasta el hospital en busca de alguien que lo ayudara. Su hija, entonces muy pequeña, aún es capaz de recordar las manchas de sangre que había en el coche: «Vi el coche lleno de sangre de papá». Yo la creo. Los niños se acuerdan de todo, lo intuyen en el ambiente, no es posible ocultarles las cosas. De aquel tío al que nunca pude conocer, conservo la foto que aún tenemos en casa, erigida junto a la del abuelo en la pared del salón de todos los pisos en que hemos vivido. Tenía la frente ancha, la mirada orgullosa y un cierto aire imaginativo. Su foto era la que más me gustaba de todas: aquel era el rostro de un amigo, de alguien dispuesto a bromear y abrazarte. Mi madre quería mucho a su cuñado. Me lo ha dicho en incontables ocasiones, y aún lo sigue diciendo: «La decadencia de nuestra familia empezó con su muerte». Cada vez que usa esas palabras, *decadencia* o *catástrofe*, se me hiela la sangre y me quedo sin aliento. Apenas logro creerlas. «¿Decadencia?», balbuceo. Y ella no hace sino enfatizar el concepto, sin admitir réplica alguna. ¿Somos decadentes? ¿Fracasados? ¿Estamos perdidos? En las palabras de mamá se esconden todos los años de locura y transformaciones que sufrió su vida, y así, ¿quién puede rebatirla cuando habla de decadencia? Formábamos parte de la intelectualidad del país, de la élite que había contribuido a la independencia de Somalia, y luego, en ese mismo escenario, lo perdimos todo, y tuvimos que encontrar otro país, otro sentido, otros porqués.

Éramos los más envidiados, los más admirados, quizá también los más odiados, y pasamos a ser, sencillamente, los más compadecidos. Quizá alguien habrá dicho para sus adentros: «Les está bien empleado a esos gallitos hinchados, para que así conozcan la miseria. Sois burgueses

capitalistas y no merecéis otra cosa». Todos se creían con derecho a opinar sobre nosotros, incluso nosotros mismos teníamos una idea muy precisa al respecto. El caso es que mi madre, con sus palabras, fijó en ese momento, la muerte de mi orgulloso tío, el punto de inflexión de nuestra vida familiar. El tío Osman apuñalado a muerte y no solo el tío Osman apuñalado a muerte, sino algo que sobrepasa ese momento trágico. Algo que supera la imaginación de cualquiera de nosotros. A mi parecer, es la guerra lo que apuñala a muerte el futuro del país. Mi tío Osman era un modernizador, lo cual no gustaba a muchos. No les convenía. Era un pelmazo de esos que amaban al pueblo, alguien demasiado democrático. Y lo eliminaron. Aquellos que tenían otros planes para Somalia. Planes de destrucción.

A partir de entonces, el país fue entrando, poco a poco, en la pesadilla de la dictadura de Siad Barre, y de ahí, derechito a la guerra incivil, esa llaga purulenta que continúa hoy en día. Por todo ello, de vez en cuando, fantaseo con la idea de que si no hubieran asesinado al tío Osman, tal vez Somalia no sería un estado fallido en la actualidad. ¿Cuántos como el tío Osman se vieron obligados a callar y desaparecer?

¿Cuántos, Dios mío?

Mi madre, al contarme esa historia, recuerda la cólera que sintió al ver desfilar por la ciudad al asesino del tío Osman. Lo estaban llevando a la comisaría de policía. Mamá me dijo que el pecho se le llenó de una rabia sorda, y no era la única en experimentar esa emoción tan hiriente. Alguien, presa de la desesperación, intentó poner un puñal en las manos de la viuda de mi tío. «Mata al asesino, mujer, hazlo con sus propias armas. Si lo consigues, nadie podrá tocarte ni un pelo. Eres la viuda y tienes ese derecho». Era la ley no escrita del talión. Si lo hubiera matado, nadie la habría perseguido, ni la ley de Dios ni la de los hombres. La venganza, en aquellos tiempos, era casi una obligación y gozaba de todos los respetos. Sin embargo, la tía Katubo no mató a nadie. Respetaba demasiado la vida. Todos la llamaron cobarde. Alguno incluso escupió en el suelo del disgusto, al ver el poco valor que había demostrado. Muchas veces me he preguntado qué habría hecho yo en su lugar. ¿Es posible matar a alguien a sangre fría? Ciertamente, Katubo odiaba a aquel hombre que le había quitado para siempre al amor de su vida. Pero ¿podría llegar a asesinarlo? ¿A mancharse de los mismos crímenes infames que había sufrido? No conozco la respuesta. ¿Qué habría hecho yo tras quedarme sin marido, sin consuelo, sin apoyo y con la rabia como única compañera?

Ni siquiera pude conocerla a ella.

¿O acaso conocí a los dos?

Mi tío Osman, con su rostro alegre, su frente ancha, su boca imperial, es real para mí. Tengo la sensación de haberlo visto en realidad, de haberle besado la mejilla, de haberlo abrazado. Muchas veces, en mi cabeza, cerca del oído izquierdo, oigo las conversaciones que hemos tenido los dos. Oigo cómo nuestras voces se ríen y se conmueven. Oigo todas las carcajadas, todas las palabras, todos los suspiros. Probablemente, esas conversaciones sucedieron de verdad cuando era muy pequeña y me ponía delante de esa foto suya y la de la

abuela Auralla. Les daba los buenos días y las buenas noches, les explicaba mis progresos en la escuela o las dificultades con los compañeros que me gritaban cosas desagradables sobre el color de mi piel. Siempre los he sentido muy vivos, muy cercanos, porque eran así en realidad. Una persona está viva cada vez que alguien la recuerda. Tío Osman siempre estuvo muy presente. Todos me han contado cosas suyas, y todos lo hicieron con una sonrisa. Quizá por eso aún no he sido capaz de asimilar el relato de su muerte. Siento la profunda fractura que esa muerte provocó en el ánimo, el corazón, el páncreas de mis seres queridos. Desde aquel día, ninguno de ellos volvió a ser el mismo. Aquel funesto acontecimiento fue el preludio de una época de enormes transformaciones. Mi madre la llama decadencia; mi padre, prueba; Abdul y Mohamed, mis hermanos tan queridos, la llaman mala suerte; mi prima, en cambio, habla de un mal de ojo, mientras que mi tía, más práctica, afirma: «*Maktoub*, está escrito. Es la voluntad de Alá, supremo y misericordioso». Tal vez todos tienen razón, cada uno a su manera. Todos ellos son caminos practicables.

Pero esos caminos deben tener un nombre y una historia. Cada vez que paso por la plaza de Porta Capena tengo miedo de olvidarlos. En aquella plaza había un obelisco, y ahora no hay nada. Sería bonito que un día hubiera un monumento dedicado a las víctimas del colonialismo italiano. Algo que recordara que la historia de África oriental y la de Italia están entrelazadas.

---

[7] En español en el original.

ESTACIÓN TERMINI

Roma Termini es la principal estación ferroviaria de la ciudad y la más grande de Italia. Por la afluencia de pasajeros, se encuentra entre las más saturadas de Europa, solo después de la Gare du Nord de París. La estación es, asimismo, la mayor intersección del transporte urbano de Roma: por ahí pasan las dos únicas líneas de metro y los principales autobuses. Construida sobre la colina del Esquilino, la estación funciona a pleno rendimiento desde 1864. El edificio que puede verse actualmente —cuya fachada da a la construcción horizontal que ha dado fama a la estación— se inauguró en 1950. En la estación, la gente corre. Corre por un tren, o por un beso, para abrazar a alguien querido que acaba de llegar o para escabullirse tras robarle a alguien la cartera. Sin embargo, el nombre «Termini» siempre me ha parecido como una pausa en esa continua carrera. Siempre he pensado que ese nombre significa «meta final» o «fin del viaje». Me gustaba mucho, pues sonaba como un mensaje dirigido a nosotros, pasajeros histéricos, hijos de la modernidad. No obstante, hace poco descubrí que el topónimo Termini tiene un significado bien distinto: deriva de la deformación de la palabra latina thermae. *Y es que, muy cerca, se encuentran las termas de Diocleciano, a las cuales debe su nombre la estación. El corazón de la misma se sitúa en la Galería Centrale, un corazón físico y también algo metafísico. Lo que debía ser una simple conexión peatonal entre la vía Marsala y la vía Giolitti se transformó, con el tiempo, en la metáfora de una suspensión, el pasaje entre dos o más mundos. De hecho, no por casualidad el protagonista de la película* Good Morning Aman *—interpretado por el joven Said Sabrie, de origen somalí— recorre esta galería con una música* soul *de fondo que reviviría incluso a un mulo moribundo. Poco antes de recorrer el pasillo de la galería, Said-Aman dice: «El problema no es hacer realidad nuestros deseos, sino tener esos deseos». En Termini, aunque todo parezca difícil, aunque alguien esté sufriendo de una forma tremenda —y aquí pienso en las personas sin hogar—, es posible albergar la ilusión de que un tren nos alejará del inmenso dolor que padecemos. Por eso, en el mapa dibujo unos trenes con alas de ángeles. Said-Aman lleva razón, lo importante es tener deseos.*

Le cambié el turno a una compañera de trabajo. «Te lo pido por favor, tengo que ir a un entierro», le dije. Me preguntó quién había muerto y respondí con un genérico: «Unos niños». En realidad, no conocía la respuesta exacta. Había muerto gente que no conocía, pero no podía faltar a su entierro.

Llegué jadeando y toda sudada, con un resuello digno de quien llega a la meta después de un maratón. La plaza de Campidoglio ofrecía un magnífico aspecto. Estaba llena como una bota de vino campera. Llena hasta los topes. Daba envidia verla así de llena, como si hubiera un concierto de *rock* a punto de empezar, cuando, en realidad, lo que iba a celebrarse era un funeral, y no había nada que envidiar a los protagonistas. Entre el gentío, atisbé muchos rostros conocidos de la diáspora somalí en Roma. Había mujeres con lágrimas en los ojos y hombres que apretaban los puños de rabia. Estaba Walter Veltroni, el alcalde por aquel entonces, y se veían cámaras por todas partes. Al principio, no reparé en los ataúdes. Eran invisibles a mis ojos. Misteriosos como el silencio de algunos jardines en pleno agosto. El miedo que me atenazaba el corazón distraía mi mirada; era eso, el miedo, lo que me nublaba la mirada en un día incierto como aquel. Pero, finalmente, cedí. Tenía que mirar. Y me hizo daño, *wan matagi lahaa*, me entraron ganas de vomitar del daño que todo aquello me infligía. Había trece ataúdes de madera sencilla, austeros, cubiertos con una bandera de la Somalia democrática: un cielo azul y una estrella blanca. Yo también me eché a llorar. Por desgracia, no llevaba puestas las largas túnicas de las mujeres somalíes. Ellas se secaban las lágrimas en las telas con gesto furtivo, mientras que yo solo llevaba unos vaqueros y me había olvidado el paquete de pañuelos en la librería. En un momento, mi rostro quedó irremediablemente bañado en lágrimas. A los pocos minutos, me convertí en una cascada incontenible.

Al igual que todos los demás, estaba allí porque había recibido una llamada la noche anterior.

Pero quizá estaba allí porque no tenía sentido, *maal kale*, estar en ninguna otra parte.

La noche anterior al funeral, la llamada recibida se había limitado a lo esencial, sin rastro alguno de florituras o perífrasis. Solo la evidencia de una muerte que no sabíamos explicarnos: «Ven a Campidoglio mañana. Recordaremos a los niños». Sí que reconocí la voz, era una voz de casa, del corazón, pero esa noche sonaba distinta. Zahra, que así se llamaba la mujer al otro lado del teléfono, interrumpió durante un momento su charla dulce e irónica para transformarse en una sacerdotisa, una de esas griegas que custodian el fuego del templo. Zahra es mi ángel de la guarda. Somos primas porque nuestras madres son hermanas, pero no compartimos el mismo vientre simplemente por un absurdo azar, solo por eso. En realidad, ella es una de las pocas personas que componen el núcleo afectivo de mi vida.

Había ocurrido una tragedia. Una embarcación se había hundido, una de esas que surcan el mar Mediterráneo buscando arribar a un futuro cualquiera en tierras occidentales. Todo aquel que embarcaba, lo hacía obligado por la guerra, el hambre, la escasez. Había quien buscaba cumplir su sueño. Otros se veían empujados por una fuerza difícil de explicar en

términos humanos. Muchos, antes que ellos, habían embarcado en aquellas naves de la fortuna y llegado a la otra orilla. Sin embargo, en 2003, una de esas barcas se hundió. Fue mala suerte. En las noticias de la televisión apenas habían informado sobre el incidente. Se limitaron a ofrecer algunas cifras y luego se apresuraron a archivar la noticia. En los informativos, poco importaba si aquellos cuerpos recibirían sepultura religiosa o bien se quedarían allí, secándose al sol. El informativo, como Poncio Pilato, se lavaba las manos al respecto. Pero nosotros no podíamos hacer lo mismo, teníamos que mirar de frente el rostro obsceno de aquella realidad que nos había tocado en suerte. Y según esa realidad, la patera estaba llena de somalíes. Llena de hombres y mujeres, de seres humanos reducidos a larvas. Una barca de papel llena de gente con una nariz, una boca, unos codos iguales que los míos. El día que nos enteramos de la noticia, ningún somalí de la diáspora sabía qué hacer con su propio cuerpo. Aquellos muertos mar adentro, cerca de las costas de Lampedusa, habían creado en todos nosotros no solo una conmoción sin precedentes, sino también una profunda incomodidad. ¿Por qué ellos habían muerto y nosotros seguíamos vivos? ¿Por qué el destino nos había partido de esa manera?

El alcalde Walter Veltroni respondió a la petición de ayuda de la comunidad somalí para brindar unas exequias dignas a los trece desgraciados. Ninguno de nosotros deseaba ver aquellos cuerpos sepultados sin la lectura de una sura y el llanto de una mujer. Entonces, por primera vez en muchos años, la comunidad mostró un empeño inaudito y no cejó hasta conseguirlo. Nosotros, que nunca habíamos pedido nada a esa Italia que nos había colonizado, aquel día aullamos juntos para reclamar nuestro derecho. Era la primera vez. La voz nos salía rota y balbuciente, pero nos salió, y así fue como nos hicimos oír.

A las tres de la tarde ya estábamos todos allí; algunos, como yo, llegados con un ligero retraso. Pero estábamos allí con nuestros rostros contritos, con nuestras lágrimas de rabia. Contemplaba los rostros de mi diáspora y luego contemplaba el Marco Aurelio que dominaba la plaza con su mirada afable. Nos sentíamos protegidos y amados. Había muchos italianos que habían venido a abrazarnos, besarnos, consolarnos. Algunos tenían relación con Somalia, otros eran perfectos desconocidos. Ese día sentí una calidez que, a día de hoy, en estos tiempos tan tristes de crisis y bloqueo, ya no es posible sentir. Entonces, la gente aún sabía cómo indignarse, no había perdido la ternura. Hoy día, en cambio, los potenciales demandantes de asilo procedentes del Cuerno de África se envían de vuelta a las garras del coronel Gadafi, a sus obscenos campos de concentración, y nadie dice ni palabra. Todos parecemos paralizados. Italia ha llegado a un acuerdo con Libia sobre el petróleo y, por eso, cierra los ojos ante las atrocidades cometidas por la parte enferma de la sociedad libia. ¿Cuántas chicas, en este mismo instante, están siendo violadas y torturadas en Trípoli, Sabha o Misurata? Los campos se toleran porque, como dice cierto ministro, «hay que ser malos». La clandestinidad, como bien saben los que conocen el mundo laboral, no viene del mar, y menos aún la criminalidad.

A los pontones llegan personas que quieren escapar de las guerras y dictaduras. Las redes criminales utilizan otra clase de vías: billetes aéreos con todas las comodidades. Pero es más fácil acusar a los más débiles. Mucho más fácil.

Sin embargo, aquel día, Italia era distinta, un país bello y sano. Una Italia que sabía hacer suyo el dolor de los otros. Una Italia que aún poseía un alma.

Al cabo de un rato, empecé a observar mi alrededor. Al fondo, la majestuosidad del *palazzo* Senatorio. Mi mirada, como siempre, quedó atrapada en el doble escalón monumental diseñado por Miguel Ángel y en la torre Capitolina de Martino Longhi el Viejo. Estábamos en el centro de la Roma renacentista, el reducto principal de las autoridades municipales, símbolo del poder ciudadano. No había escenario más bello posible para unos funerales. Roma rendía así los más altos honores a esas personas que no habían podido conocer sus calles y su belleza.

No obstante, y pese a toda la calidez que sentimos aquel día, había algo fallido en aquella escena.

Todo aquel blanco real chocaba un poco con la sencillez de los ataúdes dispuestos en el suelo. Chocaba con la desesperación del viaje de aquellos migrantes que habían muerto en el mar.

«Este no es el lugar adecuado para el funeral», empezó a susurrar una vocecilla en mi interior. La plaza de Campidoglio ofrecía unos honores incomparables. Pero según la lógica, mi propia lógica, ese funeral debía haberse celebrado en la estación Termini, en el amplio vestíbulo que había entre las taquillas, la tienda Nike y la librería Borri. Ese era el lugar apropiado. El único sitio de Roma donde podíamos sentirnos en casa de verdad. El único rincón somalí de la capital. El único que nos había acogido y nos llamaba hermanos y hermanas.

La estación entró en mi vida de inmediato, como entró en la vida de todos los somalíes de la diáspora romana. Sin presentarse siquiera, entró a formar parte de mi vida sin aviso ninguno, sin ceremonias. Muchas de las fotografías que tengo de niña están tomadas allí. Hay una en especial a la que guardo mucho cariño, en la que aparezco con un vestido amarillo y negro de la abeja Maya. Estoy junto a mi padre y un señor que ya no recuerdo cómo se llama. Estamos despreocupadamente apoyados en un coche azul aparcado. Yo estoy ladeada, mirando algo que sucede a mi izquierda. Estamos en la vía Dei Mille, donde estaba, y sigue estando, el Hotel Archimede. En los años setenta, todos los somalíes recién llegados a Roma se alojaban en el Salus o en el Hotel Archimede y, de vez en cuando, mi padre me llevaba a saludar a algún amigo exiliado que, como él, había escapado de la dictadura de Siad Barre y se encontraba alojado en uno de esos hoteles. Eran personas distinguidas, hombres y mujeres de rasgos sutiles y voz delicada. Personas que aún conservaban grandes anhelos de futuro y no querían alejarse demasiado de casa. Así, Termini ofrecía la impresión de que Mogadiscio estaba a la vuelta de la esquina. Bastaba tomar un tren y correr por las vías en busca de un sueño.

Poco a poco, con el tiempo, Termini pasó a convertirse en otra cosa: un microcosmos de vida y muerte, una galaxia de afectos, un amigo muy querido de quien no podemos alejarnos, un enemigo acérrimo y malvado. Termini te amaba y despreciaba al mismo tiempo. Termini era la esperanza y el apocalipsis. En Termini podías rencontrarte a ti mismo o perderte para siempre. Para muchas personas de la diáspora somalí, conocer Roma no era una de sus prioridades. ¿Qué pintaban ellos en la plaza de España? ¿Y en Campo dei Fiori? Ninguno de esos lugares sabía ampararte o abofetearte como la estación Termini. Allí estaba el centro de los somalíes. Allí comenzaba la verdadera vida. Por eso, a muchos conocidos les bastaba con tener unas nociones básicas de la ciudad de Roma. Un lugar donde dormir, un lugar donde trabajar y luego Termini, donde sucedía de todo, donde la vida te abrazaba y luego te escupía a la cara. A muchos Roma no les importaba lo más mínimo. Su único destino verdadero era aquella estación maltrecha. En realidad, en aquellos años, los setenta y ochenta, la estación apestaba a orines y había muchos rincones llenos de violencia. Ahora, en cambio, luce limpísima, con toda clase de tiendas: Sisley, Etham, Calzedonia, Nike, Lindt, Benetton. Pasear por allí resulta casi agradable, mientras que entonces, la peste a orines te aturdía hasta que empezaba a entrarte por la nariz el peso inconfundible de la derrota.

Al principio, casi todos los somalíes que frecuentaban la estación Termini eran precisamente eso, derrotados. Gente forzada, como mi familia, a dejar toda su vida en la línea del ecuador. Es cierto que, cuando se encontraban en la estación, siempre decían «volveremos», «haremos», y conjugaban el futuro. Pero luego se quedaban allí, rumiando el pasado. Los aturdidos por el dolor empezaban a beber para someterse a una lenta tortura. Era triste ver a aquellos fantasmas de piel negra vagar por los pasillos de la estación con la mirada fija y la memoria siempre refugiada en un pasado de pura dicha. De niña, la estación me daba miedo, nunca quería ir. Pero cuando mi familia quería saludar a algún conocido, me arrastraba hasta allí a la fuerza. Muchas veces lloriqueaba. A medida que me hice mayor, mi relación con la estación no mejoró. Dejé de lloriquear, pero siempre sentía una especie de fastidio. Termini me parecía un gueto, un lugar de lo más cutre. Seguía negándome a poner los pies allí. No quería verme arrastrada por aquella peste a orines, aquella peste a derrota.

De hecho, consideraba que aquella estación infame era la madre de todas las desgracias. Si mi familia y yo no hacíamos las cosas que hacía la gente normal, era por culpa de la estación, todo culpa suya. La culpaba de todo nuestro dolor, de las innumerables separaciones que habíamos sufrido. Volvíamos una y otra vez, plegándonos a su voluntad solo por la ilusión que nos brindaba. Estar allí era parecido a tocar el limbo de aquella patria somalí siempre tan lejana, tan extraña. Toda aquella cháchara en la lengua madre y aquellos olores familiares eran peores que un viaje lisérgico. Una empezaba a imaginar realidades paralelas en las que Somalia era el mejor lugar del mundo. Durante mucho tiempo, la estación Termini supuso, para mí, una mezcla de locura y pesadumbre. Nunca habíamos ido a ver la *Tosca* al Teatro de la Ópera, por poner un ejemplo, no conocíamos el significado de la palabra *vacaciones*, no íbamos de

tiendas por las calles brillantes, llenas de luces, del centro. Si comprábamos ropa, era por pura necesidad, el mayor lujo que nos permitíamos era ir a comprar bayetas a los almacenes Mas, en la plaza Vittorio. Había tantas cosas que mi familia y yo ignorábamos: el salmón, sin ir más lejos, o los fines de semana de primavera en la segunda residencia frente al mar. Pero Termini siempre estaba ahí, aunque no nos acercáramos a ella durante una temporada. Podía vislumbrarse en nuestras pupilas, en las palabras pronunciadas inesperadamente y en el deseo que recogían nuestras manos temblorosas.

Me costó un poco empezar a comprender ese lugar y dejar así de odiarlo. Durante años, me sentí amenazada por la carga de dolor y esperanza que la estación Termini llevaba encima. Quería ser alguien diferente de todo cuanto esta me ofrecía. La percibía como un obstáculo para mi formación. Aún no sabía que el alcance de una vida serena, cualquiera que fuese, pasaba, en mi caso, por ese lugar del cual no podía prescindir. Porque allí estaba el principio. Allí estaba enterrado mi cordón umbilical. Una leyenda mexicana afirma que la casa es el lugar donde se entierran los cordones umbilicales que nos alimentaron antes de nacer. Entonces, quizá mi casa sea la estación Termini. El principio que no debo olvidar.

La estación ha mejorado muchísimo en estos últimos años. Por una parte, están las obras de restauración del ayuntamiento; por otra, las diversas comunidades migrantes han trabajado y se han implicado mucho en varios proyectos. Han florecido negocios para todos los gustos. ¿Quieres ponerte unas extensiones? ¿Buscas un poco de cardamomo para especiar el té en las reuniones familiares? ¿Te apetece un tapiz que cuente la historia de la reina de Saba para decorar las paredes de casa? En Termini encuentras cosas fantásticas: desde un sari a una corteza para lavarse los dientes o una *goiabada* brasileña para acompañar con un poco de queso, conocida con el romántico nombre de «Romeo y Julieta». También venden *injera* y *zigni*[8] a granel, así como algunas cosas que no deberían venderse en ninguna parte. Por ejemplo, abundan los establecimientos que venden cremas blanqueadoras para la piel. Cuando veo la fantasiosa exhibición de esos venenos, me hierve la sangre. ¡Qué rabia me da! Somos bellas como somos, *black is beauty*. Esos frasquitos maléficos tienen nombres cautivadores como *Diana* o *Dark&lovely*. Mucha gente, mujeres sobre todo, sueña con convertirse en Beyoncé o Victoria Beckham. Quieren ser amadas y mimadas. Los medios no dejan de decirles que, con su cabello rizado y su poderoso culo, no obtendrán nada en esta vida. Que lo negro no es bello, sino feo y monstruoso. Todo son patrañas, pero muchas se lo creen. Caen en la trampa. ¿Y cuál es el resultado? Se estropean la epidermis, la vuelven muy sensible a los rayos ultravioletas y eso, muchas veces, acaba en un cáncer de piel. Además, se vuelven más feas, lo cual no deja de ser paradójico. Se ensucian como cebras enfermas de vitíligo, con el cuello, la cara y los brazos claros y el resto del cuerpo, oscuro.

Pero la mercancía más preciada que se encuentra en la estación es el parloteo. Muchas

diásporas, con la somalí a la cabeza, han hecho de esta zona de Roma su campamento base. Ya son cuarenta años, que no es poco.

En el triángulo de calles compuesto por la vía Dei Mille, la vía Magenta y la vía Vicenza, están los bares somalíes. No los lleva nadie procedente del Cuerno de África, ni siquiera exhiben símbolo alguno que distinga la particular clientela de esos bares. Aun así, se han convertido en lugares de reencuentro por excelencia, junto con algunas tiendas cuyos propietarios son somalíes. Ahí, en esos lugares, se habla de las batallas en curso, del viaje que fulano o mengano han hecho a Dubái, de las últimas novedades en perfumes. Ahí se hacen las listas de los recién nacidos y de los últimos muertos. Ahí es posible encontrarse por casualidad con una tía a quien no veíamos desde hace seis años. En la fuente de la vía Dei Mille he visto a menudo a niños que hacen las abluciones para las oraciones rituales musulmanas.

Durante mucho tiempo, esas calles vieron crecer a mi hermano Mohamed. Él fue el primero de todos nosotros en perder el miedo. Las recorrió con todo tipo de medios de transporte hasta abrazarlas, y así inició su propio credo urbano y laico. Mi padre, mi madre y yo mantuvimos nuestra suspicacia durante mucho tiempo. Más que visitas, lo que hacíamos eran breves incursiones. Éramos como una patrulla de marines en pleno territorio talibán. Queríamos entrar, pero con prudencia, sin dejarnos llevar por completo. En cambio, mi hermano, gracias a su carácter liviano, entró en esas calles sin prejuicios, y enseguida recogió la esencia de nuestro hogar que todas ellas emanaban. No en vano Mohamed es el más alegre de la familia Scego, junto a nuestro hermano Hussein, que murió de un tumor terrible y fulminante. Mohamed sabe reírse y disfrutar de la vida. Durante muchos años, mis padres intentaron traerse a Mohamed a Italia, a vivir con nosotros. Se sentían muy culpables por haberlo dejado en Somalia tan pequeño, pues no querían que afrontara las calamidades de la emigración forzosa que les había tocado vivir. Primero, querían construir una base sólida, pero luego las cosas se complicaron a causa de las leyes: antes, el reagrupamiento familiar no era tan fácil de conseguir como ahora. Mohamed era un renacuajo cuando lo dejaron en Somalia, en casa de mi tía Xalima. Cuando por fin volvieron a abrazarlo, ya era todo un chicarrón, casi más alto que ellos. Al principio, todo fue un desastre para él. Con dieciséis años, se vio obligado a reinventarse su existencia.

Tuvo que aprender italiano, integrarse en una nueva realidad y retomar los estudios en una escuela completamente desconocida. A mi hermano, la escuela no le gustaba nada. Mis padres probaron de todo, desde el instituto público al colegio privado. Teníamos poco dinero, pero la educación bien valía un sacrificio. Comer menos tenía un pase, pero no saber menos. Aun así, los profesores no estaban preparados, no sabían qué hacer con un alumno como Mohamed. Se encogían de hombros, sacudían la cabeza y decían: «Bueno, poco se puede hacer con él. Su hijo es un zopenco». En realidad, a él la escuela le traía sin cuidado. Había que seguir un programa y el que lo conseguía, bien; los otros, tocaba aguantarse. Lo cierto es que su

verdadera escuela fue la calle. Y luego, su liviandad innata fue lo que lo sostuvo en los momentos difíciles.

Lo peor de todo fue el servicio militar. Mohamed y yo éramos ciudadanos italianos, pues los hijos menores de edad de nuestro padre obtuvimos la nacionalidad italiana en algún momento de los años ochenta. Cuando nos enteramos, nos pusimos contentísimos. Ya podíamos votar, hacer oír nuestra voz y nuestras tripas. Tener en nuestro poder aquella tarjeta nos hacía sentir más seguros, ya no teníamos miedo de mirar a la gente a los ojos. Si alguien osaba llamarnos «negros de mierda», en vez de encajar el golpe, respondíamos con el mismo tono. Moha y yo éramos conscientes de ser más afortunados que muchos de nuestros coetáneos. Italia era, y sigue siendo, un país con miedo a los cambios. Las leyes de ciudadanía son un ejemplo evidente de ese terror. Aquí, los hijos de migrantes nacidos en Italia deben demostrar que son italianos, y disponen de un año para aportar toda clase de documentación. Todo tiene que estar en regla, incluyendo las pruebas de residencia continuada y estancia de los padres. En cambio, los hijos que llegaron de muy niños, a los pocos meses, al año o a los tres años, con dieciocho siguen siendo extranjeros. Así, viven como extraños en un país que siempre han considerado suyo. Hay que chuparse todas las colas imaginables para conseguir el permiso de residencia, incluso si nunca han pisado su país de origen, y con solo un poco de mala suerte, les enchufan un decreto de expulsión hacia un país que no conocen de nada. Hace falta muy poco para ser expulsado en un país en que el permiso de residencia está supeditado al trabajo. ¿Y si lo pierdes? La mayoría de los clandestinos italianos no llegan como tales, sino que se han convertido en ello a causa de la Ley Bossi-Fini, con sus mil objeciones y recovecos. Así, muchas personas de la llamada segunda generación de inmigrantes viven como extranjeros en su país. Sus vidas están bloqueadas porque, al no tener la nacionalidad, aparte del peso simbólico que otorga esa condición, no pueden inscribirse en los colegios profesionales, viajar o votar en un país que es el suyo de toda la vida.

Por todo ello, mi hermano Mohamed y yo nos pusimos muy contentos cuando recibimos nuestro pasaporte de color rojo borgoña. Ya éramos libres para expresarnos en uno de nuestros dos países.

Sin embargo, Mohamed no había contado con el servicio militar que, por entonces, era obligatorio para todos los hombres.

Imagina que eres el único negro del cuartel. Piensa en el primer día, en las novatadas de los veteranos a los reclutas, en los castigos que te caen por no estar en el puesto. Al principio, a Mohamed lo mandaron a Falconara Marittima, y luego como soldado a Montebello, en la misma Roma, donde también hacía guardias en el palacio del Quirinal. El primer día, mamá y yo fuimos a verlo. Los turistas japoneses no daban crédito a lo que veían. Un negro italiano y encima, militar. Hubo disparos de *flashes* y mi hermano, siempre tan presumido, estaba contento como unas pascuas. «Pero estoy así, tan tranquilo, porque me he hecho respetar». Moha, como yo, siempre consigue calar a la persona que tiene delante. Intuye cómo

funcionan los mecanismos de su cabeza y siente sus emociones, sean las que sean. Pero además él, al contrario que yo, sabe adaptarse a lo que percibe, sin pretender que la gente sea mejor de lo que es. A las personas vulgares las acepta como son, lo mismo que a las dignas y refinadas. Con todos ellos encuentra las palabras precisas, el tono adecuado. Usa las armas de la ironía y el buen humor. De este modo, todo el que se planta delante de él con malas intenciones, al cabo de unos minutos ya ha caído rendido a sus pies. A fuerza de bromas y dichos, siempre se las ha arreglado para conquistar a la gente, y su sencilla tranquilidad le ha brindado muchos éxitos con las mujeres, que caían en sus brazos como las cerezas en primavera porque hacía algo muy simple que no suelen hacer los hombres: las escuchaba. Él mantenía una sonrisa muy difícil de descomponer, las envolvía con mentiras bien traídas a colación y ya estaban listas. En su época dorada, Moha las combinó de todos los colores. Mi madre y yo fuimos espectadoras mudas de los jardines en que se metía. Durante un tiempo, llegó a tener tres nombres: Louis, para las que lo tomaban por latinoamericano; Alí, para las blancas que no sabían pronunciar bien su verdadero nombre (y decían una y otra vez: «¡Qué mono, como Alí Babá!»), y Amadeo, para las más duras de mollera. Solo confesó su verdadero nombre ante la que, con el tiempo, se convertiría en la mujer de su vida. «No quería que me desgastaran el nombre. Era todo lo que me quedaba de Somalia, además de vosotros».

---

[8] La *injera* es un tipo de pan plano y fino, y el *zigni* es un guiso de carne de vacuno.

TRASTEVERE

Cinco puentes la unen al resto de la ciudad.
Una avenida la parte por la mitad.

Trastevere viene de trans Tiberim*, es decir, «más allá del Tíber». Fue la primera zona habitada en la orilla occidental del río. Considerada un símbolo de la Roma de épocas pasadas, hoy en día sigue ofreciendo la ilusión de un mundo antiguo, pese a las tiendas chic y la movida nocturna que han proliferado en estos años. Durante el día, parece un burgo medieval más que una parte de la metrópoli: hay talleres artesanales, mercadillos, tenderetes folclóricos. No son raras las escenas en que la gente se detiene a charlar de buen grado en plena calle. Gente como yo, como vosotros. Cuántas charlas increíbles me he pegado en esas calles tortuosas.*

La unificación de Italia llevó al Trastevere a adquirir la disposición urbanística que conocemos hoy. La intervención más importante se remonta a 1886, fecha en que se iniciaron las obras que posibilitaron la apertura del viale *del Lavoro, luego* viale *Trastevere. El barrio sufrió grandes alteraciones y durante muchos años estuvo en decadencia. El* viale*, por donde actualmente pasa el tranvía número ocho, partió en dos un barrio que parecía indivisible y desorientó a sus habitantes. Las dos partes nunca volverían a reunirse.*

Cada vez que paseo por las calles de Trastevere, por una de sus partes divididas, pienso en la poesía «Reliquias sagradas», de Gloria Anzaldúa:

Somos las reliquias sagradas,
los huesos dispersos de una santa,
los huesos más amados de España.
Nos buscamos unos a otros.[9]

Los huesos de santa Teresa se dividieron para repartirse entre varias iglesias, lejanas unas de otras.

Al pasear, escucho el eco de los fémures, las costillas, las falanges. Escucho su deseo inmenso de volver a juntarse en un único esqueleto. Las calles del Trastevere son como esos huesos de la santa. Se están buscando. Se parecen un poco a los somalíes de la diáspora, dispersos por todos los ángulos del mundo desde la guerra civil: de Minneapolis a Estocolmo, de Roma a Yibuti. En el mapa dibujo un esqueleto humano sentado sobre el globo terráqueo. Finalmente, los huesos se recomponen. Dibujo la esperanza de que algo así pueda suceder muy pronto.

Barrio xiii de Roma, sector G en el mapa de las zonas de tráfico limitado (ZTL), zona turística por excelencia. El Trastevere ya es el objetivo preferido de norteamericanos y japoneses, rusos enriquecidos y asiáticos, un lugar donde se va de compras, a darse besos, a salir de marcha. Si observamos el mapa de la ciudad, el barrio está situado en la zona oeste. En el sur están las grandes cúpulas, con toda su majestuosidad, y en el norte, los bajos fondos. El Trastevere encanta a todo el mundo por sus callejones sin salida, sus románticos adoquines y sus casitas populares medievales, que ejercen una fascinación indescriptible hoy en día. Las casas, en este barrio, tienen precios desorbitados, pero algunos estudiantes bien financiados por papá y mamá se avienen a pagar un alquiler escandaloso para vivir durante un curso el sueño de la Roma antigua y popular. Sin embargo, el pueblo ya hace muchos años que se marchó de aquí: de él solo queda la leyenda, y ahora, en su lugar, hay locales, bares, restaurantes para todos los bolsillos, y se callejea los fines de semana. Es un barrio glamuroso que brilla y deslumbra en cada rincón. Sin embargo, y pese a toda esa luz artificial, no es raro descubrir alguna rata de alcantarilla en los recovecos, a veces verdaderamente enorme, merodeando indiferente entre los contenedores rebosantes de basura.

Cuando veo esas ratas, me acuerdo de todo como si fuera hoy mismo. Las luces artificiales se dispersan y queda solo el olor de los excrementos producidos por el bienestar. Bueno, ahora soy escritora y tengo motivos para ir al Trastevere. Casi siempre es para ver a los amigos, para divertirme. Una vez, un hombre me invitó a la que, seguramente, fue la cena más cara que he comido en toda mi vida. Siempre voy por placer. Pero la Igiaba del pasado frecuentaba este barrio por otra razón: para sobrevivir, podría decirse.

Éramos pobres, y papá nunca estaba en casa por culpa del trabajo: viajaba mucho para ganar dinero, y nosotras, mientras tanto, aguantábamos como podíamos. No era fácil. Durante los primeros años en Italia, siempre vivíamos en habitaciones destartaladas de pensiones antiguas. Estancias anónimas, desnudas y casi siempre oscuras. Mamá intentaba darles un poco de vida colocando un cuadro aquí, una foto allá. Siempre ha tenido buen gusto para la decoración y los colores. En el centro de la habitación, disponíamos nuestros espíritus protectores, con los rostros de tío Osman y los abuelos. Tampoco podía faltar el cuadro de la Sagrada Meca y el de una mujer somalí que sonreía sacudiendo unas largas trenzas de niña. En algún rincón poníamos a los rinocerontes y dromedarios, que mi madre acariciaba con ternura. Con el paso del tiempo, las pensiones se convirtieron en pisos, también destartalados,

donde siempre se respiraba un ambiente provisional. Papá, sobre todo al principio, apenas vivía en aquellos tugurios, pues siempre estaba de viaje. Viajaba a lugares de nombre extraño y misterioso, destinos que me habría gustado conocer, transportarme hasta allí de algún modo para anular la odiosa separación que se interponía entre nosotros. En aquella época, echaba mucho de menos a mi padre. Siempre estaba ocupado, entregado a la tarea de recrear una existencia perdida, que fue suya un tiempo y nos intentaba brindar a nosotras tal y como él deseaba. Imagino su desasosiego. Quién sabe cuánto miedo albergaba en su ánimo. Solo puedo imaginarlo, porque nunca se permitió soltarlo para que saliera. Yo siempre lo veía alegre y con ganas de divertirse. Incluso hoy, con tantos años a sus espaldas, siempre tiene la carcajada a punto. Entonces, cuando lo veía, le gustaba auparme en brazos y hacerme volteretas, pero si él no estaba, nunca se lo pedía a mi madre. Ella era más seria y prefería verme leyendo antes que dando volteretas. Los misteriosos destinos de mi padre estaban en Oriente Medio. Mi padre, como buen político africano, sabía hablar con fluidez muchas lenguas, incluido el árabe. Una vez en Italia, en medio de la confusión de una nueva vida aún por reconstruir, pensó que solo los viajes a Oriente Medio bajo una nueva identidad de comerciante podían salvarnos de la ruina. Así fue como empezó sus actividades de importación y exportación, que sufrieron continuos altibajos durante la década de los ochenta. Mientras tanto, mamá y yo nos quedábamos en Roma. Habitábamos la ciudad como criaturas suspendidas, a la espera permanente del regreso de papá Alí.

Al principio lo esperábamos nosotras solas, pero luego, con el tiempo, la casa se fue llenando de gente. Vino mi hermano Mohamed —a quien mi madre abrazó después de ocho años sin verlo, pues lo había dejado en casa de la tía con cuatro— y un buen puñado de huéspedes variopintos que hoy me da pereza recordar. No teníamos nada, pero éramos generosos. Si había un rincón libre, se acogía a alguien. En tierra extranjera, no puede negarse la hospitalidad a un paisano. Cada trozo de pan se repartía entre todos. «Donde comen tres, comen cuatro o cinco». Todo eso fue cierto hasta que empecé a ir al instituto, luego la situación se complicó.

Mi padre estuvo fuera más de lo previsto.

Aunque se había reinventado como comerciante, el oficio escondía trampas enormes como la boca de un tiburón. La política o la carrera militar, que habían ocupado gran parte de su vida, se regían por normas claras, precisas y evidentes. En cambio, el comercio estaba lleno de engaños. No podía fiarse ni siquiera de sus socios. Todos estaban dispuestos a estafarlo. Mi padre tenía buen olfato para los negocios, pero hubo unas cuantas veces en que la pifió a lo grande. Recuerdo una de ellas, cuando se obsesionó con un chisme que fundía las latas de Coca Cola. «Este aparato nos hará ricos», decía, pero lo cierto es que estuvo a punto de arruinarnos. Aun así, mi padre siempre mantuvo su confianza en el futuro. Perdíamos dinero, pero también lo ganábamos. Podíamos hundirnos hasta tocar fondo, excavar un poco en la tierra y resurgir milagrosamente.

Cuando empecé el primer año de instituto, papá estaba en Somalia. Esa vez no perseguía un nuevo negocio, sino un sueño. Había pasado mucho tiempo sin regresar, desde el golpe de Siad Barre en 1969. Durante todos esos años fuera, había envejecido mucho. Siad Barre le había concedido la amnistía y, aunque hubiera vuelto antes, nadie le habría tocado un pelo. «Ya eres demasiado viejo para hacerme daño». Lo consideraba inocuo. De haber corrido los años setenta, papá se habría enfadado. Que el enemigo público número uno lo considerara inocuo lo habría ofendido y herido en el orgullo. Pero ya estábamos en los ochenta, que nos habían traído una enorme carga de humillaciones, fatigas y estrecheces económicas. Papá ya no soportaba seguir tan lejos de su tierra.

De modo que sacó un pasaje de Somali Airlines y le dijo a mi madre: «Esta vez, ya verás como volvemos. Deséame suerte. Voy a prepararlo todo». Mamá empezó a rezar. Yo la imitaba de esa manera vacilante en que los niños rezan. El plan de papá era obtener una concesión para abrir una sala de cine moderna en Mogadiscio. Lo consiguió. Si no hubiera empezado la guerra civil, hoy en día, la familia Scego & Co. estaría dirigiendo los mejores cines de la ciudad de Mogadiscio. Pero estalló la guerra y la situación se puso fea, aunque en el momento de la partida de papá, nadie imaginaba el triste futuro que esperaba a Somalia. Mamá apretó los dientes y me pidió que yo también lo hiciera. «Querida Suban, nos esperan tiempos difíciles». Apretábamos los dientes porque hacía siglos que esperábamos ese momento. En la escena con la que siempre soñábamos, mi padre nos llevaba en brazos, volando, hasta nuestra amada tierra de Punt, donde finalmente viviríamos todos juntos y felices. Por eso siempre estábamos alerta, con las maletas hechas y los armarios vacíos. Mamá decía: «Si metemos todas nuestras cosas en las maletas, después no tendremos que hacerlas a toda prisa». Aquel *después* aludía a un futuro indefinido, cuando pudiéramos regresar, triunfales, a los brazos de mamá África: con las maletas en la mano, entre pompas y festejos de toda clase, una felicidad inconmensurable, calor y frutas tropicales. El momento estaba a punto de llegar, todos lo deseábamos. Además, papá ya se había marchado a preparar nuestro regreso.

Sin embargo, sin el trabajo de mi padre, las cosas se complicaron aún más para nosotras. Mohamed trabajaba de vez en cuando como camarero cerca de casa, y mamá había encontrado un par de casas donde limpiar. Yo era menor, así que no podía aportar sueldo alguno a la causa. Debíamos muchos meses de alquiler y empezaba a escasear la comida. Comíamos carbohidratos, muy poca carne, verduras de estación cuidadosamente escogidas por ser las más baratas, ningún dulce, galletas Montebovi (que costaban una ridiculez) y muchísimo té de especias somalí.

En aquella época, no sé qué habría dado por hincarle el diente a un pastelito de crema.

Nos ayudó una amiga de mi madre:

—Deberíais probar en el Trastevere —nos dijo.

—¿Qué es el Trastevere? —preguntamos.

—Mañana por la mañana os llevo —respondió—. Nos vemos a las cinco delante de la

iglesia de Santa María.

Mamá y yo estuvimos esperando allí, heladas de frío. Habíamos salido de casa a las tres y media de la madrugada. Ese día iba a faltar a la escuela. Nos equivocamos de autobús: en vez de llegar al Trastevere, acabamos en el Largo di Torre Argentina. No pasa nada, pensamos, porque con aquel frío, el paseo nos sentaría bien. Las dos temblábamos como hojitas, y yo, además, tenía un poco de miedo. La vía Arenula estaba completamente desierta. «Alá clemente y misericordioso —rezaba—, no dejes que nos crucemos con malas personas». Susurraba muy bajito. No quería asustar a mi madre. Pero ella también se dedicaba a susurrar algo al Omnipotente. Y así, entre susurros y plegarias, atravesamos el puente. «Qué bonito es el Tíber de noche», pensé. Aun así, el vacío de la calzada me aterraba. Casi echamos a correr en los últimos metros. Llegamos a la iglesia de Santa María en Trastevere hechas polvo.

La amiga de mi madre aún nos arrastró por las calles durante un buen rato. Se me antojó una maravilla ver las calles llenas de gente a esas horas, gente de todo tipo. Reconocí a muchos somalíes que frecuentaban la estación Termini; también vimos filipinos, eritreos, caboverdianos, gitanos e incluso algún italiano. En eso, se acercó una señora a presentarse. «Tenéis que haceros el carné y después ya podréis llevaros ropa y comida». Aquello era una especie de asilo para pobres. Cáritas Diocesana ayudaba a los más necesitados con bienes de primera necesidad. En ese momento, me avergoncé de estar pidiendo caridad. Pensaba: «Mamá, qué bajo hemos caído», y me alegraba de corazón de que mi padre no estuviera allí con nosotras y no tuviera que sufrir esa humillación. Mi madre adivinó mis pensamientos y me llevó a un sitio un poco apartado. «Igiaba, ¿ves a aquellas mujeres?». Sí, las veía. Eran mujeres somalíes de porte majestuoso y atuendo de lo más estridente. «Esas mujeres fueron muy poderosas hace tiempo. Eran hijas y esposas de funcionarios del Gobierno, y algunas también tenían cargos importantes. Eran mujeres que sabían manejar los secretos de la diplomacia. Míralas. Aunque de aspecto algo maltrecho, poseen una elegancia bella e inconfundible. Y pese a no llevar ya joyas en las manos, sus riquezas siguen brillando. ¿Y sabes por qué? Porque no se sienten humilladas por pedir ayuda, hija mía. No hay nada malo en lo que estamos haciendo». Entonces me fijé en quienes me rodeaban. No tenían rostros tristes, eran personas que estaban pasándolo mal, que intentaban superar una mala racha. Y entre aquellas personas estábamos nosotras. Así fue como mamá y yo nos llevamos a casa unos paquetes de pasta de la CEE, alubias y carne en conserva, y entre el montón de ropa, logré encontrar un jersey muy bonito. Era rojo con una raya amarilla. Una vez en casa, lo lavé a conciencia y, al cabo de unos días, me lo puse por primera vez. No es que me importara mucho la ropa que llevaba a clase. Me ponía lo que me daban en la parroquia, y después de aquel día en el Trastevere, lo que me daban en Cáritas. Pero tenía buen ojo. Recuerdo que el día que llevé aquel jersey a clase por primera vez, muchas chicas se acercaron a mí.

—¡Qué chulada! ¿Dónde lo has comprado?

—Pues la tienda está muy lejos. No me acuerdo de la calle y no creo que supiera volver.

—Qué pena, Igia, es precioso, me encanta la raya amarilla, y te queda monísimo.

Quizá eran los aires del Trastevere a las cuatro de la mañana, que me favorecían.

Tras aquel madrugón, siguieron muchos otros. Durante un año y medio, la pasta de la CEE fue nuestra única salvación, y casi nuestra única comida.

Luego, poco a poco, mi madre y yo descubrimos otros lugares, comprobamos que la red de solidaridad se extendía por toda la ciudad. El boca a boca entre los somalíes nos aconsejó una iglesia en La Giustiniana. Mamá siempre estaba buscando casas para limpiar, y una tarde de domingo, me dijo: «Vamos a echar un vistazo», pero el ambiente de La Giustiniana era muy distinto al del Trastevere. No había voluntarios sonrientes y todos nos sentíamos intimidados. No daban bolsas y, si querías comer, tenías que lavarte las manos y sentarte a la mesa. Pero primero había que tragarse la misa entera, incluso los musulmanes debían hacerlo, si no, el cura no te daba nada, ni te echaba un cable para encontrar trabajo. Me parecía muy estúpido por su parte, pues, ciertamente, no iba a convertir a nadie por necesidad. Fuimos hasta allí tres o cuatro veces, y a cada vez, me entraron ganas de decirle al cura: «La espiritualidad debe surgir de dentro de cada uno, no puede imponerse por la fuerza. Si quiere ayudar por caridad cristiana, ayude, pero sin pedir una misa a cambio». Pero el cura seguía con su chantaje: sin misa, no había ni comida ni trabajo. Así que todos acabábamos aguantándonos. Escuchábamos la liturgia por un oído y nos salía rápidamente por el otro. Solo muchos años después comprendí que aquel cura nos quería como público. Era como el presentador de un espectáculo cuyo público lo había abandonado. Ya no acudía a las funciones. Ni siquiera venían esas ancianas que, en muchos casos, eran las que seguían manteniendo las parroquias. Nosotros éramos sus únicos espectadores: personas obligadas a escucharlo por el hambre y la necesidad. Éramos como ese público que aparece en televisión, al que pagan por aplaudir. Ahora lo sé: él, el párroco, era el más desesperado de todos nosotros.

---

[9] En Gloria Anzaldúa, *Borderlands / La frontera: la nueva mestiza*, Capitán Swing, 2016, traducción de Carmen Valle, p. 214.

ESTADIO OLÍMPICO

Al principio, el Estadio Olímpico se llamaba Estadio de los Cipreses. Era una obra monumental destinada a celebrar las gestas del régimen fascista. El estadio era solo una parte de un ambicioso proyecto que crearía una ciudad deportiva dentro de la urbe. Lo que actualmente es el complejo deportivo del Foro Itálico se llamaba Foro Mussolini y, al principio, cuando se proyectó, su función consistía en exaltar el modelo físico que el régimen pretendía imponer a los italianos. Se celebraba la acción pura y simple, la inmediatez y el gesto. Una virilidad exasperada en busca de una belleza clásica e imposible. Una virilidad que el régimen oponía al intelecto y los sueños de los disidentes. El estadio y todo el complejo estaban destinados a convertirse en el buque insignia del régimen mussoliniano, que anhelaba un reconocimiento a la altura de una Leni Riefenstahl,[10] *pero a la italiana. Finalmente, el estadio se salvó de la adversidad que se había cernido sobre él en un principio. Su estructura, tal y como la conocemos hoy, se construyó ya en 1952, en previsión de los Juegos Olímpicos de 1960 y luego, más tarde, se renovó y se cubrió totalmente en 1989, con ocasión del Mundial de Fútbol de 1990. Hoy en día cuenta con 81.903 localidades, todas ellas mucho más cómodas que antes, tornos en la entrada y amplios vestuarios.*

En este estadio han sucedido muchas cosas, desde los trofeos de liga que ganó la Roma (y sí, también el Lazio, aunque lo digo bajito porque no me gusta recordarlo) hasta las marcas mundiales de atletismo. Sin embargo, cuando pienso en un acontecimiento concreto, enseguida recuerdo el maratón de las Olimpiadas de 1960 en Roma: 42.195 kilómetros. El ganador fue Abebe Bikila, que lo corrió descalzo durante dos horas, quince minutos y dieciséis segundos, y sacó una ventaja de doscientos metros al marroquí Rhadi ben Abdesselam. En una misma carrera, Bikila consiguió el récord mundial y dio al continente africano la primera victoria en esta disciplina olímpica. Para el exagente de policía y escolta personal del emperador etíope Haile Selassie, ese fue uno de los momentos más bellos de su vida. Para mí, contemplándolo desde mi perspectiva actual, su victoria con los pies descalzos en aquel estadio resulta casi simbólica. El Olímpico había nacido para

celebrar las gestas y las pompas de un régimen fascista que planeaba, entre otras cosas, humillar a los africanos; en cambio, en 1960, celebró la victoria de un pequeño gran hombre que no tuvo reparos en presentarse descalzo ante el mundo. Muchos años después, en los mundiales de atletismo de 1987, en ese mismo estadio, Abdi Bile, un somalí alto y esbelto, obtuvo la medalla de oro en los mil quinientos metros. Esa fue la única medalla que ha obtenido el país en una competición deportiva. Me gusta pensar que el hecho se produjo aquí, en Roma, en el mismo Estadio Olímpico.

En el mapa dibujo los pies descalzos de Abebe Bikila y la medalla de oro de Bile por los mil quinientos metros, deseando un continente que no se vea obligado a huir de sí mismo nunca más.

El pase es muy rápido. Rudi Völler no deja escapar la ocasión y se aferra al balón como un pulpo. Luego se ladea como si estuviera bailando un vals. Los adversarios lo miran atónitos. No saben cómo rebatir semejante gracia en el campo. Alguno prueba a lanzarse sobre la feliz pareja, sin demasiada convicción. El vals continúa. El melenudo de Hanau y el balón están hechos el uno para el otro. Un coito feliz mientras el público contiene el aliento. El orgasmo colectivo está suspendido en el aire. ¿También volará esta vez el alemán? Muchos nos lo preguntamos. La portería está ya muy cerca, tan cerca que parece un sueño. ¿Qué hará Rudi?

Entre 1990 y 1992, esa era una de las preguntas que solía hacerme. La otra concernía a mi madre.

Entre 1990 y 1992, acudía al estadio a menudo.

También frecuentaba otros lugares de la ciudad: la escuela, el McDonald's de plaza España, vía Trionfale, vía del Corso. Pero cuando pienso en esos años y en todo lo que sucedió por entonces, siempre lo asocio al Estadio Olímpico.

No siempre pagaba la entrada: la mayoría de las veces me apostaba en la entrada de Distinti con mi viejísima radio portátil —no tenía dinero para comprarme una decente— y esperaba hasta colarme como un topo dentro del templo futbolístico. No era la única que me plantaba allí delante como un pino: éramos unos cuantos, todos jóvenes, todos con la bufanda roja y amarilla que imponía la ocasión. Nuestros corazones latían al compás del fondo sur. Seguíamos las jugadas gracias a los gritos y las agitadísimas crónicas de las radios locales. Y luego, a veinte minutos del final de cada partido, se hacía el milagro. Un milagro rojo y amarillo tan puntual como el de san Jenaro de Nápoles.[11] Era como en aquel cuento de *Las mil y una noches* en que Alí Babá gritaba frente a la gruta: *«¡Iftah ya sim sim!»*, ábrete sésamo, y sí, a veinte minutos para acabar el partido, el Olímpico abría sus puertas de par en par como por arte de magia. Entonces entrábamos todos a la carrera, todos los que esperábamos fuera nos precipitábamos a conquistar un ángulo, por pequeño que fuera, para poder disfrutar por un momento de la maestría de la Roma. Aquellos veinte minutos se convirtieron en algo imprescindible para mí, una especie de nirvana. Así logré ver un montón de goles y, de vez en cuando, porque estas cosas también sucedían, sufrir como una posesa.

En aquella época, ir al Estadio Olímpico a ver a la Roma era una de las pocas cosas que

otorgaban un sentido a mi vida, e incluso diría que ese sentido encerraba toda la salvación que mi pequeño yo de entonces era capaz de ofrecerme. Ocurría en los años del indiscutible reinado de Rudi Völler, el alemán volador: ciento cuarenta y dos partidos con el equipo rojo y amarillo y cuarenta y cinco goles. Recuerdo un derbi suyo memorable, que se me ha quedado tatuado en la memoria, y se saldó con una cuchara increíble. Eran los años del constante desafío con el Nápoles de Diego Armando Maradona, los años en que el Lazio era un cero a la izquierda, los años en que la afición romana se conformaba con poco. Y también, para mí, los años en que mi cuerpo empezó a crecer sin mi permiso.

Por entonces, yo era una chica confundida y llena de granos, con mallas demasiado ajustadas y obsesionada con la celulitis, como todas. Cambiaba yo y cambiaba el mundo. Las tetas no salían, pero el culo, en cambio, no dejaba de crecer escandalosamente. Había caído el Muro de Berlín y, ya cerca del fin del milenio, se olía la podredumbre que nos acabaría enterrando a todos. A nosotros, los somalíes, esa podredumbre nos llegó antes que al resto, en un anticipo en forma de guerra sangrienta que nos habríamos ahorrado con gusto. Todos apestábamos. En aquella época, los de la diáspora somalí apestábamos a sueños podridos y promesas rotas. Desde entonces, nunca hemos podido desprendernos de aquel olor a rancio. Con el paso de los años, se nos ha quedado pegado hasta hoy, como el sudor de una terrible enfermedad. También fue la época en que mi madre desapareció entre las ramificaciones del terror de aquella guerra sin sentido.

Durante dos años, los primeros de la guerra, no supe nada de ella: crecí sin su voz, sin su piel, sin su presencia. Los vecinos me preguntaban a menudo: «¿Y tu madre, dónde anda? Hace tiempo que no la vemos», y yo nunca sabía qué responder. Podía haber dicho la verdad, claro: «Ha estallado una guerra y ella se encontraba allí, en Mogadiscio, por casualidad, por desgracia, por mala suerte, por una maldición, porque así estaba escrito en los libros de Dios. No sabemos qué ha ocurrido con ella. No sabemos si está viva o muerta. La guerra se la ha tragado. A veces es difícil creer que haya existido realmente». Pero no, nunca dije la verdad a los vecinos; no la habrían comprendido, eran demasiadas explicaciones, demasiadas palabras. No quería quedarme allí plantada delante de ellos y explicarles los horrores de la guerra civil. Ni siquiera yo misma sabía muy bien qué había pasado, ¿cómo iba a explicarlo a los demás? De modo que, para no tener que gastar muchas palabras, acababa diciendo: «Mi madre está de viaje». De vez en cuando, yo también quería creerme ese viaje de placer. Quería creer que mi madre volvería al cabo de unos días y podríamos abrazarnos de nuevo. En aquellos dos años en que mi madre estuvo ausente, intenté distraerme con el fútbol y los estudios. Estudiaba de un modo demente, desesperado, hasta llegué a encorvarme y echar joroba, a imagen y semejanza de Leopardi. Mis peregrinajes al Estadio Olímpico me salvaron, en cierto modo, de toda aquella locura. Luego, por suerte, mi madre regresó. Sana y salva. Pero el miedo ya no ha vuelto a abandonarme.

Aún hoy, después de diecinueve años, la guerra me tiene atada a sus horrores.

Ese es el destino de todos los somalíes.

La guerra se enamoró de nosotros y ya no quiere soltarnos. Piensa que somos de su propiedad. Piensa que podrá jugar con nosotros a voluntad, hasta cansarse.

La guerra es como un conocido molesto y vulgar de quien no queremos saber nada, pero ahí sigue, sin despegarse de nosotros, invadiéndonos sin bienvenida, vaciándonos la nevera y el alma.

Esa guerra bastarda tenía que durar poco, pero aún hoy nos sigue echando el aliento, muy cerca, y el beso con que nos aflige sabe a vísceras descompuestas.

Se lo hemos dado todo todo, demasiado, pero siempre quiere más, siempre más. Le hemos dado hasta el alma, y aun así, no es suficiente.

Ya no nos queda nada. Después de haber entregado el alma, ya no sabemos qué más sacrificar.

Muchos de nosotros se están rindiendo.

También yo me estoy rindiendo.

Muchas veces me doy cuenta de ello cada vez que me llaman desde mi país y me veo invadida por una ciega impotencia.

Hace poco me llamaron de nuevo.

Sucedió lo siguiente: el teléfono empezó a sonar con insistencia, una, dos, tres, cuatro veces. Me precipité hacia él. No tenía que sonar el quinto tono porque eso supondría un grave problema. Me lancé como Dino Zoff cuando hizo gala de aquellas memorables paradas en el Bernabéu contra la Alemania de Rummenigge. Debía impedir a toda costa que llegara al sexto tono. ¡A toda costa! No habría podido soportarlo, no quería sucumbir al terror que me acometía regularmente desde los diecinueve años.

—*Assalamu Aleikum* —dijo la voz clara y firme de mamá.

—*Aleikum wa salam* —respondí yo con la voz pastosa por haberme acostado tarde.

—Siento despertarte en domingo, cariño, pero es que tengo que pedirte que el dinero para la tía Howa, los cien euros, ya no los mandes a Hargeisa, sino a Galkayo. Se la acaban de llevar para allá.

¿Se la habían llevado? ¿A la tía? Ya era como un paquete postal, nadie decía «se ha ido», sino «se la han llevado». Ya nunca decidía por sí misma, sino que todos decidían por ella.

No alcancé a decir palabra. Tenía mucho sueño y, además, la angustia cotidiana empezaba a bloquearme la respiración. ¡Y todo por culpa de la geografía! Sí, de la caótica geografía de los somalíes, que ya de buena mañana era capaz de estropearme las digestiones de todo el día. La tía Howa, como muchos ancianos, había perdido la autonomía desde los comienzos de la guerra somalí. Antes, los mayores eran el pilar de la sociedad: daban consejos, fabricaban perlas de sabiduría y ofrecían sus viejos hombros para llorar o descansar. Eran un gran oído,

una boca oráculo, un abrazo infinito. Cada gesto suyo estaba colmado de afecto. Eran odres rebosantes de amor. Cuando la ocasión lo requería, sabían echar una buena regañina y fustigar con sus palabras, colmadas de verdades. No existía sombra alguna de rabia en ellos, solo justicia. La Somalia de los ancianos era una Somalia digna de ser vivida. Era la Somalia de los nobles dromedarios, de las playas inmaculadas de Jazeera, de los portentosos *tuqul*[12] y de las mesas colmadas de *beris skukaris*[13] y pasas de Corinto.

Sin embargo, con la guerra, los ancianos se convirtieron en una carga. Los cuerpos que ya no son ágiles se vuelven obstáculos: caminan con esfuerzo, hay que ayudarlos, todo cuesta mucho. En los días de batalla, según lo que me han contado, los jóvenes maldicen a los viejos. En los días de batalla, los viejos piden a los jóvenes: «Dejadnos aquí. Que no os alcancen las balas. A nosotros nos da lo mismo morir en este páramo seco que en la cama. Puesto que ya no tenemos casa, no nos importa morir aquí». Pero los jóvenes no quieren ver morir a sus ancianos, de modo que los arrastran de un lado a otro, conscientes de compartir con ellos un destino de fuego y plomo. Somalia ha traicionado a sus jóvenes y a sus viejos. Las generaciones se encuentran en el dolor común, mientras la vida se les escapa de las manos.

A mi tía Howa se la llevaron a Galkayo.

Mañana por la mañana, tal y como hemos quedado mi madre y yo, tengo que ir a la estación Termini para mandar cien euros a la tía Howa. Me va a costar hacerlo. No porque no quiera enviarle el dinero. Si pudiera, le daría todo lo que tengo. Es el gesto lo que me destroza. No hay nada más que pueda hacer por ella, sino mandarle dinero. El amor de aquí allí se mide en euros, ni siquiera las palabras cuentan ya. Decir «te quiero, te echo de menos», ya no significa nada para un somalí. Lo único que tiene sentido es hablar de cambio de divisas. En un país donde ya no existen infraestructuras, vida pública ni esperanzas, solo el dinero puede entreabrir las puertas de una supervivencia a toda costa. Mejor unos dólares que un «te quiero», unos euros para decir «te extraño». Las relaciones entre Somalia y la diáspora se consuman así, en el aliento de las transacciones. Entre nosotros y aquellos a quienes nos unían besos, abrazos, recuerdos y pensamientos, ahora solo existe el vacío de los susurros en efectivo. Las personas como yo, que viven en Occidente, son prisioneras de la guerra infame. No del mismo modo que nuestros padres, claro, y tampoco en la misma medida. Nosotros, en Occidente, no esquivamos las balas de los francotiradores, como ellos, ni estamos condenados a una eterna trashumancia en busca de un oasis de paz. Nosotros, en Occidente, aún no hemos gastado todos nuestros sueños.

Y sin embargo, pese a nuestra suerte, también los de la diáspora somos prisioneros. Hay una parte de nosotros que se quedó allí, en nuestra tierra; una parte que no puede dar la espalda a los de allí y fingir que no pasa nada; una parte que se siente culpable porque no comparte los horrores de la guerra. Los padres, tíos, primos y sobrinos que se quedaron podrían tener nuestro propio rostro. Podríamos ser ellos. Parientes ya desconocidos, parientes

que esperan de nosotros, si no el paraíso, al menos un fugaz destello de felicidad. Por eso, ya hace veinte años que los de la diáspora cumplimos con estos pequeños rituales. Es como lavar la conciencia. Pagamos con dinero nuestra culpa, nuestra lejanía con respecto a los estruendos de la batalla. Por eso hace veinte años que voy a los locutorios más ruinosos, que siempre están cerca de las estaciones de tren más ruinosas, y allí recurrimos a unos tipos aún más ruinosos y damos una cifra, el nombre del destinatario, el teléfono, la zona de Somalia donde reside. Esos tipos apuntan todos los datos y se llevan una comisión por los gastos de envío. Al cabo de un par de días, el dinero llega a su destinatario. Los ruinosos locutorios de Occidente hacen las veces de bancos. En un país donde no existen ni bancos, ni oficinas de correos, ni casi ninguna otra institución social, el locutorio se convierte en la única esperanza.

Cuando murió mi tía Faduma, también mandé dinero. Sí, cuando ella murió también acudí a un locutorio.

Ay, la tía Faduma, la mujer que crio a mi madre en Somalia, la mayor de las hijas de Jama Hussein.

Aquel día, mi llanto se midió en euros con un cambio muy adverso.

Mi tía Faduma murió hace unos meses. Era una mujerona antigua, matriarcal, inmensa. Su carne desbordante le daba una majestad y una dignidad que, para mí, siempre será uno de los recuerdos más bellos que tengo, una institución del siglo pasado. De niña, le tenía miedo. Era como una jueza, alguien que todo lo sabe y todo lo ordena. De ella emanaban la ley y la justicia.

La suya era una época pasada, un matriarcado con el que las jóvenes de hoy en día solo podemos soñar. Su palabra dejaba huella en la piel y el corazón, era espíritu y agua. Recuerdo que le gustaba mucho comerse el *buurur* de la oveja de cabeza negra. Cada vez que había una fiesta en casa —una de esas designadas como *zap*—, en Mogadiscio, se mataban cabras, ovejas y gallinas; había cantidades descomunales de comida. Arroz, hígado encebollado, riñones con perejil, *sanbusi*,[14] *gallamuddo*.[15] Las fiestas eran escasas, porque en los tiempos de la dictadura de Siad Barre la vida era muy difícil, había mucha pobreza. Pero aquellas pocas veces en que se decidía hacer una fiesta, se hacía a lo grande. Se organizaban unos banquetes dignos de la corte del rey Sol. Se llamaba a los vecinos, a los amigos, y se daba algo a los más pobres de la ciudad. La fiesta nunca era un acto solitario, sino un compartir continuo, colectivo, afectuoso. Pero nadie se atrevía a comerse el *buurur*, el culo de la oveja de cabeza negra, pues era alimento sagrado y solo se ofrecía a quien era digno de él. El *buurur* se cocinaba de un modo muy particular. Primero, se hacía un agujero en la tierra, luego se metían la carne y la grasa en un recipiente adecuado, se recubría de tierra y se añadían ramas para encender el fuego y conservar el calor. La carne se cocía así, de este modo tan antiguo y evocador. Al cabo de unas horas, se desenterraba. Todos sabían muy bien a quién iba destinada aquella carne grasienta: a la tía Faduma, la persona más sagrada de cuantos estábamos allí. Una vez llegué a

probar aquel manjar de dioses, pero no me gustó mucho. Todos los niños presentes sintieron envidia ante aquel privilegio, de modo que, mientras lo masticaba, esbocé una enorme sonrisa.

Según me contaron, la tía Faduma era pequeña como un ratoncito cuando murió. No quedaba apenas nada de aquella mujer inmensa y matriarcal; ella, que había sido el pilar de la familia, se convirtió en un problema al estallar la guerra civil. Era demasiado gorda para correr y la pierna que tenía mala, y que necesitaba muchos cuidados, dificultaba mucho su transporte. Muchas veces, los más jóvenes la ponían en una carretilla para poder alejarla de los francotiradores. No había sillas de ruedas y se las arreglaban como podían. Ella les imploraba una y otra vez: «Dejadme morir aquí, los viejos nos vamos con un golpe en la cabeza y ya está, ni siquiera me dolerá, Alá es grande, *Allahui Akbar*. Salvaos vosotros que sois el germen del país». Pero ese germen nunca habría permitido que la matriarca de la familia acabara sus días masacrada por la lluvia caótica de los disparos: «Morirás en la cama. Haremos lo que sea para permitir que eso sea posible».

Y la tía Faduma murió en la cama. Cada día doy gracias al Señor por ello, y por todos los jóvenes que velaron por ella. Unos pocos días antes de su muerte, hablé con la tía por teléfono. Su voz se había vuelto chillona y disonante, como el llanto de un recién nacido. Es verdad que cuando morimos, volvemos a ser fetos.

Me gustaría haberle dicho lo mucho que la echaba de menos, pero las llamadas intercontinentales no dejan lugar para esas cosas. Llamar a Somalia siempre es una cuestión de suerte. No sabes cuánto durará la llamada, ni si tu voz se oirá al otro lado. Alzas el tono. Gritas. Aúllas como una desesperada. Me gustaría haberle dicho muchas cosas, pero llevábamos más de veinte años sin vernos. La echaba de menos, pero ni siquiera intenté explicárselo.

A los pocos días de su muerte, fui a la Estación Termini. «Quiero enviar dinero», dije, y acto seguido, cumplí con el consabido trámite. Ese dinero sirvió para pagar el funeral de la tía Faduma.

Hoy la guerra ya forma parte de mi vida, no puedo prescindir de ella. Sin embargo, en el momento en que estalló, apenas me di cuenta de cuanto sucedía.

Sí, así fue. Al principio, la guerra se desató por un motivo que parecía incluso justo: atrapar al dictador Siad Barre y sus matones. Somalia quería retomar el control sobre sí misma. No obstante, en sus veinte años de gobierno, el dictador había sembrado cizaña con gran habilidad, de modo que cuando los somalíes se encontraron sin líder, empezaron a disputarse el poder. No de una manera caótica, sino siguiendo el instinto de los clanes: aquellos que antes se saludaban cordialmente, empezaron a degollarse solo porque pertenecían a clanes distintos. Los intereses de Occidente en los países árabes solo consiguieron enredar la madeja todavía más.

Aun así, todo eso no cambia la esencia de cuanto me sucedió a los dieciséis años. Al estallar

la guerra en Somalia yo, Igiaba Alí Omar Scego, no me enteré. Tenía otros asuntos en la cabeza. Asuntos de adolescente. Ya había cumplido dieciséis años y me gustaba un chico. Con dieciséis, siempre hay alguien que te gusta. Normalmente, una persona equivocada, alguien absolutamente impresentable. No es que a los treinta mi situación con respecto a los hombres haya mejorado mucho, pero a los dieciséis resultaba realmente trágica. A los dieciséis, es muy probable que el tipo no te haga ni caso porque ya tiene hordas de chicas, todas muy cachondas, pegadas a los calzoncillos. A los treinta, cuando eso ocurre, ya estás bregada, acostumbrada al deseo sexual constante, y sabes cómo esquivar las humillaciones. Además, los sansebastianes fornidos y musculosos ya no te interesan, en parte porque, todo hay que decirlo, a los treinta o cuarenta suelen tener barriga o las rodillas hechas polvo, y siempre resultan un poco ridículos, mediocres en su ansia de gustar a todo el mundo. Pero entonces tenía dieciséis años y, como muchas otras, albergaba sueños banales: soñaba con un príncipe. No tenía por qué ser azul, me habría servido igual de bien uno amarillo o a rayas. El príncipe que elegí en aquella época para colmar mis sueños adolescentes era un tipo bastante grosero. Ya ni recuerdo su nombre, pero sí que le parecía muy divertido tirarse los pedos más ruidosos del instituto. Yo no le gustaba en absoluto. Zumbaba a su alrededor como una mosquita desesperada, pero él encontraba sus pedos mucho más interesantes que yo.

En aquella época, era de todo menos guapa, el clásico patito feo: con granos por todas partes y un cuerpo que aún no sabía por dónde tirar. Recuerdo mis tetas inexistentes, mi cabello pegado a la nuca y rezumando brillantina Linetti, mis gafas de montura blanca psicodélica que tal vez hubieran merecido la atención del David Bowie de *Space Oddity*. Además, era una completa ignorante en lo que respecta a la cultura pop juvenil. Lo sabía todo acerca de Leopardi y D'Annunzio, pero no sabía quiénes eran Freddy Mercury o Vasco Rossi. Sí, claro que el amor es ciego y que no hace falta ser bella para amar y ser amada. Y mucho menos, estar a la última en el punk, el *rock* o el rap. El amor, cuando llega, te aplasta sin contemplaciones y es anárquico por naturaleza.

A los dieciséis años, sin embargo, el amor es un detalle. A los dieciséis años, cualquier chica es propensa al melodrama. Una sensación parecida a formar parte de una película con una banda sonora de lo más lacrimógena. A pesar de los granos, yo también me sentía acompañada de una banda sonora, pero la mía no era una música romántica, sino más bien cómica. En aquella época, no habría dado nada por mí misma, me sentía un desastre en todos los aspectos. Vivía a merced de las hormonas sin saber realmente qué pasos había que dar para seguir viviendo, ya no digamos para amar. No era solo adolescente, sino una especie de Holden Caulfield despojada de cualquier asomo de fascinación. No entendía por qué no me crecían las tetas y se me inflaba la entrepierna como si fuera un pavo en celo. En resumidas cuentas, me hallaba completamente perdida en mi hiperespacio personal, poblado de torpezas y tartamudeos. En aquella época, contemplaba a mis coetáneos con cierto estupor, extática, como los antiguos egipcios contemplaban sus ídolos de piedra. Esperaba que me hicieran un

gesto, por nimio que fuera, un gesto que me impidiera ahogarme en una vida, la mía, que no acertaba a comprender. A los dieciséis años, me pesaba mucho mi propia diferencia. Mi piel, mi pelo, mi culo, tan manifiestamente africanos, no eran más que obstáculos para mí, grandes peñascos en el camino. Habría dado lo que fuera por poder ser anónima, como los demás. Nunca soñé con ser blanca, sino transparente, algo que todos pudieran percibir como neutro. Pero era negra, con el pelo rizado y lo más neutro que tenía eran, quizá, las uñas de los pies. Destacaba por encima de todo lo blanco que me rodeaba, como una línea fluorescente entre una serie ordenada de rayas claras; destacaba vergonzosamente, de una forma que sabía incorrecta, no como me habría gustado.

De niña, no sabía que tener un culo africano conlleva grandes ventajas.

De niña, no sabía que llevar África dentro es como tocar los pies de los arcángeles.

En aquella época, asistía al Liceo Pasteur, en la vía Barellai. No era uno de los liceos más importantes de la ciudad, de esos que forman a los futuros intelectuales. Aunque como institución estaba dotada de una cierta dignidad, por allí no asomaban las élites poderosas, de modo que mi futuro, en teoría, ya estaba bastante determinado. Era una marginada y, pese a asistir a una escuela digna, me encontraba en el grupo de los que, si querían llegar a cualquier sitio, tenían que esforzarse mucho más que el resto. Ahora, con la perspectiva de todos estos años, creo que aquel instituto pequeño de la periferia me brindó la mejor formación que habría podido desear. El lugar presentaba una curiosa localización: estaba situado entre la cámara mortuoria de un hospital, el San Felipe Neri, y la pequeña cárcel Casal del Marmo. Recuerdo el ajetreo de las sirenas y la imagen de varios niños encarcelados, además de la continua presencia de atletas, que no es que cumplieran penas, sino que usaban las pistas deportivas de las instalaciones carcelarias. Corría la voz de que aquellas construcciones eran magníficas, de modo que «lo mejorcito de cada casa» frecuentaba aquel lugar para llevar a cabo sus entrenamientos. Y es cierto, una vez divisé a Merlene Ottey en las pistas, una diosa del atletismo, una mujer que quemaba los doscientos metros como un fósforo en el desierto. Enseguida la reconocí por sus grandes ojos. Merlene Ottey, la eterna segunda. Era buenísima, pero siempre había otra que era un segundo mejor que ella. La eterna retadora. Yo la adoraba porque era una campeona de verdad: sabía soportar la derrota con la cabeza bien alta. Me recordaba un poco a mi familia: también nosotros, a nuestra manera, habíamos soportado una derrota.

Al estallar la guerra, yo me encontraba en medio de una fiesta, en la primera Nochevieja en que me dejaron salir. Esa misma tarde, en la televisión, habían hablado de una serie de choques armados surgidos en Somalia, pero yo no hice mucho caso a la noticia. En Somalia siempre había habido follones de toda clase. Recuerdo haber preguntado a papá: «¿Estará bien mamá? ¿La llamamos?». Intentamos hablar con ella, pero las líneas no funcionaban. «¿Voy a la fiesta, papá?», pregunté, y me hizo un gesto con la cabeza que interpreté como un sí.

Entonces, me mal vestí a toda prisa, como siempre, y salí pensando: «Cuando vuelva, seguro que la línea ya está restablecida y mamá nos dice que no pasa nada». Me concentré en el chico que me gustaba. Soñaba con un beso, por pequeño que fuera, en mis labios gigantescos.

Y mamá, ¿por qué estaba en Somalia?

Se había marchado en verano. En principio, iba a quedarse un par de meses, pero luego decidió alargar la estancia. Le gustaba mucho aquella vida de Mogadiscio, llena de sol y bananas, babuinos en los tejados y conversaciones crepusculares después de la oración. El motivo de su visita estaba relacionado con *Laba Dhagax*; así se llamaba su casa y el terreno donde estaba construida. Literalmente, *laba dhagax* significa en somalí «dos piedras», las cuales, para mamá, simbolizaban los dos pilares sobre los que habría erigido su futura vida. Dos piedras para volver a esperar una vida nueva, libre y feliz. Una vida sin censura ni dictadura. Por entonces, mamá ni siquiera imaginaba que *Laba Dhagax* se acabaría convirtiendo en un símbolo de la pérdida para todos nosotros. Después del terremoto, solo dos piedras seguían en pie. Mamá tenía grandes planes y se marchó hasta allí para preparar nuestro regreso a su manera. Papá ya había puesto en marcha el asunto de los cines y mamá quería para nosotros una casa donde los sueños no fueran un lujo que muy pocos podían permitirse. Ninguno de nosotros imaginaba que de la Somalia que conocíamos solo seguirían en pie dos piedras, precisamente, *laba dhagax.*

El día en que estalló la guerra, me fui a aquella maldita fiesta.

Tardé muchos años en perdonarme por ello.

Estaba enamorada, o al menos eso quería creer.

Todo el mundo se enamoraba: hombres y mujeres. Yo no podía ser distinta en eso también. Tenía que adaptarme, hacer lo mismo que el resto. Elegí a aquel chico tan grosero para poder decir a los demás: «¿Lo veis? Yo también soy como vosotros».

Ya ni me acuerdo de la fiesta. Seguro que fue la típica fiesta de adolescentes donde nunca sucede nada realmente importante. Una fiesta donde empiezas a mordisquear varios trozos de *pizza* que no te acabas y esperas que alguien te pida bailar una lenta para demostrar al mundo que sí, finalmente lo has conseguido y eres genial. Una pareja se enrollaba en algún rincón, alguien lloraba en otro. Nacían y se deshacían amores. El parloteo era un murmullo constante que acompañaba el balanceo de nuestras cabezas. Sí recuerdo mejor el día después, cuando intentamos llamar a mamá de nuevo. Lo intentamos durante todo el día, y luego, durante toda la semana. La unidad de crisis del ministerio tranquilizaba a los italianos: «Repatriaremos a todos nuestros ciudadanos». Yo miraba ansiosa a papá: «¿Se darán cuenta de que mamá, tan negra, también es una de sus ciudadanos?». Pero mamá no estaba entre los repatriados. No llegó en ninguno de los aviones. Nadie podía darnos noticias de ella. Así pasamos tres meses. Las noticias que iban llegando del país eran cada vez más trágicas. Muerte, devastación, terror. Me acostumbré a rezar a cada momento del día. Al cuarto mes, nos llamó un amigo de la familia: «Kadija está viva. Me lo ha dicho un amigo de una amiga». Mamá estaba viva hacía

un mes. ¿Y ahora?

Papá y yo intentamos vivir como siempre, volver a la rutina para no enloquecer.

Yo seguí estudiando y sacando buenas notas. Él siguió esperando.

Creo que fue en el séptimo mes cuando empecé a vomitar. O quizá en el sexto.

Me gustaban mucho los dónuts de chocolate, y papá me los compraba a menudo, pues había notado que me proporcionaban una dicha efímera. Una tarde, me comí uno entero de un solo bocado; me lo metí hasta la garganta como el gordo Pilón, amigo de Popeye, se comía las hamburguesas. Tragarlo a toda velocidad me servía para olvidar, por un instante, la culpa que sentía. Un momento de atrofia y aturdimiento. El chocolate lleno de conservantes me daba ese placer fugaz típico de cualquier droga. Fue entonces cuando algo se partió dentro de mí. El placer no tenía cabida en mi cuerpo, o al menos eso me pareció en el momento. Corrí al baño hecha una furia y me metí los dedos en la boca. Repetí la operación durante los días siguientes.

Al principio, solo lo hacía con los dónuts de chocolate, luego empecé a hacerlo siempre: con los pastelitos, los raviolis, los dulces, la lasaña, el arroz a la somalí e incluso con el té de especias. Comía y vomitaba. Volvía a comer y volvía a vomitarlo todo. Hoy en día, la idea de meterme los dedos en la garganta me produce horror, pero en aquella época era un alivio. El vómito me lavaba la culpa. Me brindaba la ilusión de liberarme de todos los males que me habían sucedido. Vivía en Occidente, rodeada de opulencia, buena comida y paz, mientras mi madre quizá no tuviera ni un trozo de pan que llevarse a la boca. ¿Qué clase de hija degenerada era yo, que pretendía gozar de la comida en su ausencia?

Las imágenes de mamá que acudían a mi mente eran muy trágicas. Me la imaginaba desnutrida como los niños de Biafra, siempre temblorosa, presa del terror. No tenía experiencia alguna en guerras, pero había visto muchas películas en televisión. Las noticias ya empezaban a decir que la guerra de Somalia era tan sanguinaria y violenta como la de Vietnam. En mis peores pesadillas —durante aquella época, tuve para dar y vender—, me imaginaba a mi madre como en aquella famosa foto del Pulitzer, donde la pequeña vietnamita Kim Phuc huía desnuda de un bombardeo con gas napalm en su pueblo. Después de las pesadillas, vomitaba aún más. Era un ciclo continuo de comer y vomitar, de oraciones y regateos con Dios. Cada noche le prometía sacrificios diversos: si traes a mamá de vuelta, haré esto; si la salvas de los francotiradores, haré lo otro; si permites que oiga su voz por teléfono, estaré dispuesta a lo de más allá. A cada momento emprendía alguna clase de trueque entre Dios y mi vida: «Tómame a mí, y a ella déjala vivir», le decía.

Durante dos años, fingí una cierta normalidad frente al mundo. Era una empollona y las notas no reflejaban ningún problema. Era amable y generosa. Solo de vez en cuando, como esos volcanes activos pero en tensa calma, mostraba un arrebato de ira violenta. Una vez lancé una silla a un compañero de clase que me estaba molestando, otra vez mandé a una profesora a tomar por culo. Pero, por lo demás, era tranquila como un riachuelo que mana en medio de

un prado. Lloraba cada noche en la cama. Escuchaba música lacrimógena con los auriculares y vomitaba cada vez que encontraba la ocasión. Una vez me eché a llorar con una de esas canciones tan alegres de Jovanotti que decía: «Mira, mamá, cómo me divierto». Lloré por lo de «mira», pues mi madre no podía verme.

En dos años, mi madre consiguió ponerse en contacto con nosotros una única vez. Yo estaba sola en casa, y ella, al otro lado del teléfono, gritaba que estaba bien. «¡Mamá, mamá! ¿Cuándo vuelves?», chillaba yo. Pero se cortó enseguida. Me quedé allí quieta durante un largo rato, con el teléfono en la mano. Podría haberle dicho más cosas. Que la quería. Me había quedado sin fuerzas, no me esperaba aquella llamada. Muchos años después, mamá me confesó que, por aquella llamada, arriesgó más que durante la guerra entera. Una bala le silbó peligrosamente muy cerca del oído derecho. Tuvimos mucha suerte. Habría bastado un leve soplo de viento para cambiar la trayectoria de aquella bala maldita. Ahora la guerra ha cambiado. Continúa todavía, pero las comunicaciones se han restablecido.

Ciertamente, nadie sabe por qué continúa, puesto que los motivos iniciales se han perdido completamente por el camino. Al principio, era una lucha contra la dictadura, que se convirtió en una lucha fratricida por el poder entre varios grupos. Ahora los grupos son tantos que nadie comprende en qué se diferencian. Los hay que se denominan fundamentalistas islámicos; otros, señores de la guerra; otros, miembros de un Gobierno sin arte ni parte. Para mí son todos iguales, ninguno de ellos piensa realmente en el bien de Somalia. Sin embargo, la gente ha comprendido que, para sobrevivir a la guerra, es necesario crear una estructura de diálogo. En Somalia nada funciona, no hay estado, pero, paradójicamente, todo es eficiente, todo funciona hasta el punto de que la universidad somalí está entre las más avanzadas de la región, por ejemplo, con respecto a Kenia. Hay teléfonos satelitales para poder comunicarse, es todo más fácil —aunque esa no sea una palabra adecuada para la situación actual en Somalia—. Siempre puede encontrarse algún sitio desde donde hacer una llamada. No todos tienen móvil, pero seguramente alguien cercano tendrá uno, lo cual garantiza las comunicaciones. En cambio, entonces todo era mucho más difícil. Las únicas noticias que llegaban eran las cifras de muertos. Entre ellos hubo muchos jóvenes de la familia, chicos de mi edad masacrados por los francotiradores, gente que podría haber levantado de nuevo la Somalia interrumpida en sus mejores años. Pienso en Kafagi, Farah, Abdi, flores que la estupidez humana dejó marchitar.

Además de la guerra, en aquella época, los primeros años noventa, tuve que enfrentarme a mi profesor de Educación Física. Prefiero no juzgar su proceder como docente, porque tal vez fuera un buen profesor; en todo caso, para mí no lo fue. Siempre me preguntaba: «¿Qué haces para estar tan morena, Igiaba? ¿Qué te pones por las mañanas, antes de venir a clase?». Una vez, pase la ocurrencia, pero él me la repitió durante tres años seguidos. Uno de los últimos

días de curso, ya harta y desesperada, cuando mi madre ya había regresado, llevé al profesor un tarro de betún marrón para zapatos: «Profe, aquí le traigo el producto, me lo pongo cada mañana. Me lo extiendo durante un par de horas y se mantiene de maravilla». Lo miré a la cara, estaba avergonzado, se sentía claramente estúpido. «Qué pena, Igiaba, tendrías que haber hecho esto mucho antes», me dije. Por entonces, mi vida estaba atestada de esa clase de episodios, de gente que hacía bromas estúpidas sobre mi color o mi religión.

Era un ataque continuo, y no siempre tenía sangre fría para responder. No quería problemas, solo que me dejaran tranquila. También vomitaba por eso. Me encerraba en el baño y era igual que en la canción de Vasco Rossi, yo sola en el baño y todo el mundo fuera. Allí me sentía protegida, segura. Era una ilusión, claro. En realidad, me estaba haciendo daño a mí misma.

El día en que mi madre regresó de la guerra, no vomité. Estaba emocionada. Había escrito un poema para celebrarlo y quería recitarlo delante de todo el mundo en el aeropuerto. Había ensayado mucho. Lo había escrito inspirándome en la poesía de Pablo Neruda. Era un poema repleto de sentimiento. Y cuando la vi con su vestido largo de color marrón, no fui capaz de pronunciar una sola palabra. Me quedé muda. Ella me miró y me preguntó: «Igiaba, ¿qué te ha pasado? Tienes el pelo lleno de grasa». Y luego: «Pero, cariño, ¿ni siquiera me das un beso?». Yo seguía paralizada. No sabía muy bien qué hacer con mi cuerpo. ¿Un beso? ¿Qué es un beso? Mamá, ¿eres tú de verdad? ¿Estás viva de verdad? Quería tocarla, pero me sentía inadecuada. Era fea. Me sentía fea. Era cierto que tenía el pelo lleno de grasa. Me ponía muchos potingues, no sabía peinarme. Además, estaba llena de granos y pesaba ochenta kilos. Todo era por culpa de aquellos dónuts que tragaba a mansalva para luego vomitar. Las personas bulímicas suelen estar hinchadas porque comen de manera compulsiva.

Quería abrazarla, estrecharla con fuerza, pero me limité a rozarle la mejilla con un beso fugaz. No deseaba contaminar a mi querida madre. Me sentía como una extraña. Alguien que, a las seis de la mañana, se freía el filete de buey más grande del universo y luego, una vez engullido, lo devolvía. Alguien que tomaba laxantes y era capaz de mezclar la nata con la salsa siciliana. Sin embargo, el día que mamá regresó no vomité. Retomé la costumbre justo el día después, y el otro, y así durante un año y medio más. Finalmente, fue mi prima M. quien me descubrió y me dijo: «Eso que estás haciendo es una idiotez». Y empezó a montar guardia ante la puerta del baño y decirme a cada rato: «Es una pena que hagas esto», para luego añadir: «Rudi Völler no lo haría nunca».

Cuando ya dejé de vomitar, mi prima y yo fuimos juntas al Estadio Olímpico. Con el gol de la Roma, volamos en el fondo sur. Fue precioso.

---

[10] Actriz, cineasta y fotógrafa italiana que colaboró con el Gobierno nazi y cuya obra fue

utilizada con fines propagandísticos en el Tercer Reich.

[11] Según la tradición, desde hace cuatrocientos años, en Nápoles, cada 19 de septiembre, aniversario de la muerte de san Jenaro, se produce la licuefacción de la sangre del santo.

[12] Tiendas.

[13] Plato somalí a base de carne, arroz y cardamomo.

[14] Empanadas de carne con especias.

[15] Tipo de pasta.

SER ITALIANA PARA MÍ

He estado poco en Somalia. Pasaba los veranos y, una vez, me quedé allí durante un año y medio. Iba a la escuela italiana del consulado. Al principio, no acertaba a imaginármela. Para mí, era como Marte o cualquier otro planeta desconocido para el ser humano. Me imaginaba un país lleno de hombres rojos que caminaban en fila, como en los desfiles militares. Pero la realidad de la tierra de Punt resultó aún más extraordinaria. Nunca he visto tantos animales en libertad como en mi lejana tierra. Grullas, babuinos, cabras, camellos, halcones, gallinas, gatos, garduñas, termitas, dik-diks… Pero el hecho más extraordinario que contemplé fue la importancia que se daba a las historias. Contar una historia nunca suponía una pérdida de tiempo. Se aprendía, se soñaba, los niños se convertían en adultos, los adultos regresaban a la niñez. Por las noches, en casa de mi tía, se contaban historias de hienas salvajes y mujeres listas, hombres valientes y astucias mágicas. Niños y adultos se reunían para escuchar y contar. La palabra ocupaba un lugar de honor, y todos se ejercitaban en su uso, lleno de sabiduría.

Allí, en medio de aquella casa de fieras ambulante llena de historias, brotó mi lengua materna. Hasta entonces, había vivido en algún ángulo recóndito de mi garganta sin llegar a salir nunca. Durante años, se sintió avergonzada y tuvo miedo. La primera lengua que hablé fue el italiano, pero todas las nanas y canciones que me sabía eran en somalí. De vez en cuando, mi padre también decía algo en dialecto bravanés. Así, de niña permanecí sumida en una confusión enorme pero bella, y saltaba de una lengua a otra como un grillo, y me divertía como una loca diciendo a mi madre cosas que el tendero no pudiera comprender. Fue bonito, muy bonito, hasta que empecé la escuela y me dijeron: «Tú no hablas, más bien chillas como los monos. No se te entiende nada. Eres muy extraña. Eres como un gorila». En aquella época, yo era muy pequeña y los gorilas, que son animales espléndidos, me daban miedo por su enormidad. No quería ser un gorila. Había constatado que la piel negra no podía eliminarse ni esconderse, tenía que quedarme con ella. Sin embargo, aún podía hacer algo con la lengua.

Tenía cuatro o cinco años. Aún no era una africana orgullosa de su negritud. No había leído a Malcolm X. De modo que decidí dejar de hablar somalí. Deseaba integrarme a toda costa, uniformizarme con la masa. Y mi masa de entonces era blanca, blanquísima. Dejar de hablar en mi lengua materna se convirtió, para mí, en una forma extravagante de pedir que me quisieran.

Aun así, nadie me quería.

Hoy en día, ciertos progenitores lamentan la presencia de niños de origen extranjero en las escuelas. No quieren que sus hijos se sienten con ellos en clase. No quieren que contaminen a su prole. Sin embargo, cuando alguien los llama racistas, ellos lo niegan: «No se trata de racismo. Es solo que esos niños bajan el nivel de la escuela. Nosotros queremos lo mejor para nuestros hijos». Lo mejor para sus hijos, se entiende, es lo blanco, naturalmente. Los padres y las madres de los años ochenta decían eso mismo de mí. Pensaban que, como era negra, mi destino consistía en ser una zopenca, y todos daban por descontado que estaba llena de piojos. Una vez, un niño me dijo: «Tienes la piel negra, por eso tienes microbios y enfermedades. Mi madre me ha dicho que no juegue contigo porque, si no, me contagiarás tus enfermedades y me moriré». Los padres de mis compañeros de clase me hicieron el vacío y, en consecuencia, sus hijos me hicieron el vacío. En la escuela, los mayores me llamaban Kunta Kinte, como el famoso personaje de la serie de televisión *Raíces*, basada en la famosa novela autobiográfica de Alex Haley. La serie había empezado a emitirse en Italia en 1978, en horario de máxima audiencia, en la cadena Rete 2 de la RAI, justo cuando yo empezaba mi trayectoria académica, por así decirlo. Por ello, para mis compañeros de clase era muy fácil asociarme con las imágenes que habían visto por televisión. Teníamos la misma piel negra. Sin embargo, a esos chicos no les había llegado el mensaje de la serie. La lucha de Kunta Kinte por la liberación era un mero complemento, lo mismo que su epopeya contra la barbarie de la esclavitud. Los niños, al igual que sus padres, se habían quedado en la superficie de la historia. Un hombre negro azotado hasta la muerte por aquellos que le habían robado la libertad, eso es lo que veían en la pantalla. No iban más allá. El color de mi piel me asociaba a Kunta Kinte, pero ellos, en lugar de decirme: «Tu hermano de color es un héroe, cuánto lo admiramos», me decían: «Eres como Kunta Kinte, una negra de mierda; vamos a azotarte, pues naciste para ser esclava». Yo contaba cinco años y cada vez que mamá venía a recogerme, me encontraba llorando. No podía comprender por qué tenía que sufrir todas aquellas maldades. Además, yo también veía la serie y, por la expresión de los actores, que no dejaba lugar a dudas, recibir esos azotes debía de ser terrible.

No tuve muchos amigos ni en el parvulario ni en la primaria. Solía quedarme en un rincón sola, comiendo el almuerzo que mamá me había preparado con todo su amor. Mi madre, la pobre, no sabía cómo ayudarme. Para ella también era difícil vivir en un país extranjero. Una vez llegó a espiarme para entender mejor aquel llanto cotidiano y constante. Me lo dijo al cabo de muchos años, cuando yo ya era mayor. Se quedó allí, pegada al muro del patio de la

escuela, para ver si jugaba con otros niños, y me vio sola en un rincón. Las únicas palabras que me dirigían eran horribles, insultos tipo «negra de mierda». «No sabes, Igiaba, lo impotente que me sentí al verte así. Era tu madre, una adulta, pero sentí que no tenía recursos».

No es cierto. Mamá siempre ha tenido muchos recursos. Al verme de ese modo, empezó a contarme historias de Somalia, pues para los nómadas somalíes, en la historia siempre se halla escondida la solución. Sus historias tenían un objetivo: hacerme comprender que no habíamos surgido de la nada, que detrás de nosotros había un país, unas tradiciones, una historia. No solo existían los antiguos romanos y los galos, el latín y el ágora griega. También estaba el Antiguo Egipto y los recolectores de incienso de la tierra de Punt, es decir, de nuestra Somalia. Estaban los reinos de Asante y Bamana. Quería que estuviera orgullosa de mi piel negra y de la tierra que habíamos dejado atrás por causa de fuerza mayor. Me contaba historias de nuestros reinos lejanos, de nuestros estrechos vínculos con Egipto, la India, Portugal o Turquía. Cuando escuchaba a mamá, sentía los efluvios paradisíacos del incienso y el *unsi*, aromas por los que la reina Hatshepsut, faraona de la xviii dinastía de Egipto, llegó a conducir una expedición a Somalia atravesando el desierto.

Con sus relatos, mi madre me libró del miedo que tenía de ser una caricatura que solo cobraba vida en la mente de los demás. Con sus relatos, me hizo una persona. En cierto sentido, me parió de nuevo. Más tarde, también me ayudó mucho una maestra que tuve en primaria, una señora muy buena, Silvana Tramontozzi. Me acuerdo de la espuma vaporosa de su pelo blanco y de su tenacidad, como una reliquia de tiempos mejores. Al principio, no se llevaba muy bien con mi madre, que era tímida y hablaba italiano a trompicones. Cuando acudía a las reuniones de padres, se limitaba a preguntar lo mínimo indispensable y enseguida se escabullía sin despedirse. Para ella, era un verdadero calvario enfrentarse a todos aquellos padres y madres que la trataban como un monstruo de feria solo porque llevaba el velo islámico. Siempre regresaba de esas reuniones con una mirada exhausta y afligida. También yo tenía algo de culpa, pues en los primeros años de la primaria no era precisamente una alumna brillante. Sabía un montón de cosas, sí: la tabla del nueve, la capital de Costa de Marfil, los afluentes del Po, el poema «El autillo», de Giovanni Pascoli, o los últimos cinco presidentes de Estados Unidos. Pero todo eso no servía de nada en la escuela. Permanecía muda como un pez en mar abierto, incapaz de abrir la boca, de pronunciar el menor sonido. Ni siquiera respondía a las preguntas directas de la maestra; tenía demasiado miedo por todos esos insultos que recibía continuamente, un día tras otro. Por entonces, estaba convencida de que, con solo respirar un poco fuerte, me podían caer palos por todas partes. Así, había aprendido a dejar vagar la mente durante las clases, soñar con un mundo distinto donde mi piel negra no me impedía hacer amigos. Era la típica niña con la cabeza en las nubes. De vez en cuando, llenaba el suelo de la clase de dibujos y cada día me imaginaba huyendo de aquella escuela que me torturaba. Mi madre volvía destrozada de aquellas reuniones donde la maestra decía que

Marco era el más bueno, Vicenzo hablaba muy bien, Valeria explicaba cuentos preciosos y Silvia leía de maravilla. De mí, se limitaba a decir: «La pobrecita tiene la cabeza en las nubes». Y los otros padres, poco a poco, se fueron convenciendo de que seguramente yo era retrasada, y acaso todos los negros fueran así. Una noche, mamá me preguntó:

—Igi, cariño, ¿qué te ocurre? ¿Por qué no hablas cuando la maestra te pregunta?

No sabía cómo decírselo.

—Porque me pegan —respondí con un esfuerzo. En parte, era cierto. De vez en cuando, sobre todo a la hora del patio, algún niño se divertía dándome unos pescozones que dolían muchísimo, y en una ocasión, dos niñas me dieron un puñetazo a la vez: una en la cabeza y, la otra, en un ojo. Ese día, le dije a mamá que me había caído.

Mi madre fue a quejarse a la maestra. Le explicó que yo era una niña muy buena y estudiosa, pero el miedo me había comido la lengua. Creo que la maestra nunca se había encontrado con un caso como el mío, y a partir de entonces, reflexionó un poco al respecto. El caso es que su actitud conmigo cambió radicalmente. Recuerdo que un día me llamó a su mesa para explicarme que tenía un armarito lleno de historias mágicas, pero, para poder abrirlo, tenía que prometerle que regalaría una palabra a la clase por cada historia que leyera. A mí me encantaba leer y aquel armarito se me antojaba lleno de manjares exquisitos. Había submarinos, alfombras voladoras, dioses mitológicos, princesas con melenas de fuego, caballeros con corceles invisibles, niñas que inventaban maravillas, magos estúpidos y hadas patosas. Me moría de ganas de conocerlos, puesto que, en aquella época, solo encontraba amigos en los libros. Prometí a la maestra todas las palabras del mundo y, poco a poco, cuento a cuento, mi lengua empezó a soltarse ante la clase, hasta el punto de que pasé de ser muda a no callar ni debajo del agua. Además, la maestra me animaba a explicar cosas de Somalia, la tierra de mis orígenes. Contaba cómo se vivía allí, cuáles eran nuestros ritos, nuestros colores más chillones. Mis compañeros me escuchaban embobados, como si estuviera sacando conejos de la chistera. Y así, poco a poco, empecé a tener amigos y a rodearme de una cierta aura. Gracias a la maestra, comprendí por primera vez la fuerza de las palabras, comprendí que quien habla o escribe bien difícilmente estará solo. También ayudó a mamá y habló de ella en el consejo escolar, actuó como una especie de carabina frente a los otros padres y le procuró buenos contactos entre algunas madres. Y entonces, como por encanto, dejamos de ser monstruos de feria y nos convertimos en personas.

En cierto sentido, la maestra Tramontozzi llevó a cabo una labor de mediación cultural totalmente precursora.

No exagero cuando afirmo que esa señora de cabellos blancos y vaporosos me salvó la vida.

Sin embargo, hasta que no regresé a Somalia, no volví a usar la lengua de mi madre. En un intervalo de unos pocos meses, llegué a hablar somalí muy bien. Ahora puedo decir que tengo dos lenguas maternas que me aman en igual medida. Gracias a las palabras, ahora soy la que

soy.

Ahora, de adulta, vivo en Tor Pignattara, un barrio de Roma que linda con Pekín y Dacca.

Es una Roma inédita que ni siquiera yo, afroitaliana acostumbrada a vivir en el norte de Roma toda la vida, conozco realmente. Por la mañana, saludo a todo el mundo con un *«Ni hao»* (buenos días), y por la noche me despido con un *«Scubo ratri»* (buenas noches). Pregunto a los vecinos amablemente *«Tu mi kemon a ciò?»* (¿Cómo estás?) y, en caso de necesidad, también sé decir *«Pagol»* (loco), una palabrita que siempre puede resultar útil para pararle los pies a alguien.

Es una Roma que nadie se espera, una Roma donde se ha encarnado la globalización. El territorio comprendido entre la línea ferroviaria Roma-Pescara y la vía Casilina encierra universos muy complejos, y a veces es difícil darse cuenta de todo lo que ello supone. La primera vez que mi hermano vino a visitarme desde Inglaterra, me preguntó: «¿Te has dado cuenta de que vives en Asia, Igi?». Me lo dijo en un tono de sorpresa, con un semblante muy gracioso, después de toparse con un grupo de niños italianos y esrilanqueses concentrados en un partido de críquet. No acababa de entender que en el país del fútbol, el país de Gigi Riva y Gianni Rivera, hubieran entrado aquellos bates cuadrados como palas de madera. «Vivir en Asia tiene sus ventajas», le respondí con una sonrisa. Los bates de críquet o los saris no son más que señales de un futuro que no es que esté por venir, sino que ya hace tiempo que ha llegado. Una futura Babel que llevo conmigo desde siempre.

En cierto sentido, también Italia es una Babel. Por aquí han pasado todos: árabes, normandos, franceses, austríacos. Pasó Aníbal, caudillo africano, con sus elefantes. «Por eso muchos italianos tienen la piel oscura, por eso muchos italianos tienen el pelo negro. A todos les quedó un poco de sangre de Aníbal en las venas», cantaba el grupo Almamegretta. Ser italiana supone formar parte de una fritura bien mezclada. Una fritura compuesta por continuas mezclas y contaminaciones, en la que yo me siento un calamar muy condimentado.

Qué significa ser italiana para mí. Una pregunta que me ha apelado como un viandante desconocido a la puerta de casa. Muchas veces he intentado escribir una respuesta. Ser italiana para mí…

He buscado una respuesta de unas pocas líneas, unos segundos para teclear en el ordenador, pero no se me ha ocurrido nada.

No tengo una respuesta, sino centenares de ellas.

Soy italiana y, a la vez, no lo soy. Soy somalí y, a la vez, no lo soy.

Una encrucijada. Una confluencia.

Un follón. Un dolor de cabeza.

Un animal caído en una trampa.

Un ser condenado a la angustia perpetua.

Ser italiana para mí…

Luego me acordé de un relato de Karen Blixen.

Lo leí en la biblioteca cuando era adolescente.

Me llamó la atención el título: «El primer cuento del cardenal». Recuerdo que una señora preguntaba al cardenal: «¿Quién es usted?», y ante semejante pregunta, el cardenal replicaba: «Permítame responderle de la forma clásica y contarle una historia».

Esa era la clave.

Era inútil intentar rellenar los puntos suspensivos de las definiciones.

Era una batalla perdida de antemano.

Aquellos puntos me habrían perseguido durante toda mi vida.

Lo mejor era adoptar la táctica del cardenal: tratar de narrar el itinerario realizado hasta el momento, y tal vez el itinerario de aquellos que sentimos realmente a nuestro lado.

He tratado de contar aquí fragmentos de mi historia, de mi itinerario. Fragmentos, porque la memoria es selectiva. Fragmentos, porque la memoria es como un espejo hecho añicos. No podemos —ni debemos— volver a unir los trocitos. No debemos intentar copiarlos, ordenarlos, pulir sus imperfecciones. La memoria es un borrón.

Me he concentrado en los veinte primeros años de mi vida porque esos mismos veinte años fraguaron el caos somalí, un caos que me sacudió de niña y me sigue sacudiendo hoy día. Pero también, en esos veinte años, Italia llevó a cabo un cambio inédito hasta entonces. Pasó de ser un país de emigrantes a ser una tierra de acogida de inmigrantes, de la televisión ñoña a la televisión comercial, de la política a la antipolítica, del puesto fijo a la precariedad, y yo soy el fruto de todos esos lazos caóticos y entretejidos.

Mi mapa es el espejo de todos esos años de cambio.

No es un mapa coherente. Es el centro y también la periferia. Es Roma y también Mogadiscio.

Es Igiaba, pero sois también vosotros.

AGRADECIMIENTOS

En somalí, gracias se dice *mahadsanid*.

Debería decir esta palabra a muchísimas personas que me han apoyado en todo este tiempo.

Mahadsanid a mi familia. Papá Alí, mamá Kadija, mamá Xalima (mi tía, a quien siempre llamo mamá), Zahra, Abdul, Mohamed, Sofia, Ambra, Andrea, Mohamed Deq, Soraya.

Mahadsanid a esa parte de mi familia que no me dio tiempo a conocer. Gracias, abuelo; gracias, tío Osman. Sois la savia de mis historias, la corteza de mis afectos.

Mahadsanid a Maria Cristina Olati, que me ha apoyado, soportado, mimado, tirado de las orejas y vapuleado con mucho cariño. Maria Cristina, además de una gran editora, es una gran mujer.

Mahadsanid al doctor Ahmed Sabrie, pues sin él no habría podido escribir ni una sola línea, por curarme y darme confianza. Gracias, doctor.

Mahadsanid a Concita De Gregorio, que creyó en mí en un momento en que yo me encontraba vacilando de un modo muy peligroso. Empezar a escribir en *L'Unità* me dio mucha fuerza y me permitió conocer a gente que, como yo, desea una Italia mejor. Gracias, Concita, gracias gracias.

Mahadsanid a Bianca Lazzaro, una mujer extraordinaria que me enseñó a reflexionar sobre la escritura. En cada libro tengo presentes sus lecciones.

Mahadsanid a Erika Manoni, Saba Anglana, Giusy Muzzopappa, Matteo Guglielmo, Asha Sabrie, Ascanio Celestini, Rosa Jijón, Caterina Romeo, Barbara de Vivo, Alessandra di Maio, Speranza Casillo, Aly Baba Faye, Franny Thiery, Sandro Triulzi, Paola Splendore, Tana Anglana, Dagmawi Ymer, Francesca Bellino, Raffaella Hager Tewolde, Marco Orsini, Queenia Pereira de Oliveira, Isabella Ferretti, Taiyo Hyst Yamanouchi, Adil Mauro, Chiara Nielsen y toda la redacción de *Internazionale*, y a Barbara Piccolo y Barbara Kenny, de la librería Tuba. Gracias por haber estado a mi lado, sé que os he aburrido un poco con mis dilemas irresolubles de escritora. Gracias por vuestra escucha y vuestro amor. Sois amigos fantásticos.

Quiero agradecer especialmente a Marco Orsini/M'ors una frase tomada de su canción «Anima nera», perfecta para describir a la reina de Saba.

Mahadsanid a todas las lectoras y lectores: vosotros dais sentido a lo que hago.

Mahadsanid a Somalia, dondequiera que esté.

Aad iyo aad baad u mahadsantihiin.
Muchas muchas muchas gracias.

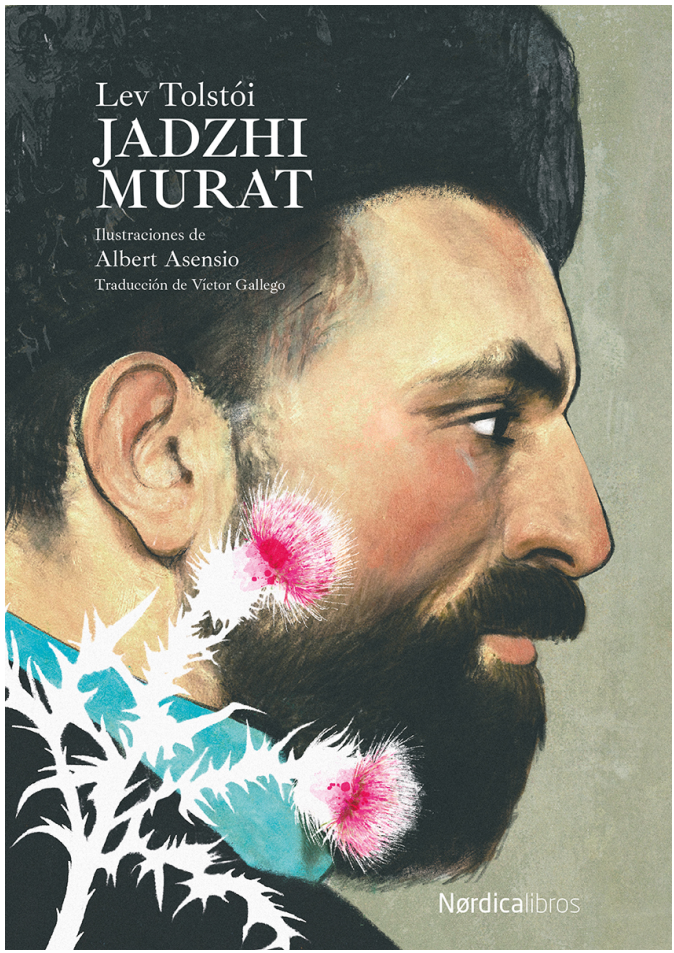
Si te ha gustado

Mi casa está donde estoy yo

te queremos recomendar

Jadzhi Murat

de *Lev Tolstói*



Un día volvía a casa a través de los campos. Estábamos a mediados del verano. Ya se había recogido el heno y acababa de empezar la siega del centeno.

En esa época del año hay una magnífica variedad de flores: fragantes y delicados tréboles rojos, blancos y rosados; insolentes margaritas con su centro de un amarillo brillante, sus pétalos blancos como la leche y su intenso olor a podrido; la colza amarilla con su perfume de miel; las altas campanillas lilas y blancas, con forma de tulipanes; la arveja trepadora; ordenadas escabiosas, amarillas, rojas, rosadas, lilas; el llantén con su pelusa levemente rosada y ese aroma tan agradable y sutil; acianos recién abiertos, de un azul intenso a la luz del sol, más pálidos y rojizos al atardecer y cuando se marchitan; delicadas flores de rascalino, que huelen a almendra y se ajan nada más florecer.

Hice un gran ramo de flores diversas y proseguí mi camino; de pronto reparé en una zanja en la que crecía un maravilloso cardo en flor, de esa variedad carmesí que en estos lugares recibe el nombre de «tártaro»; los campesinos lo evitan cuidadosamente cuando siegan y, si alguna vez, por descuido, cortan alguno, lo apartan del heno para no pincharse las manos. Se me ocurrió arrancar ese cardo y ponerlo en el centro de mi ramo. Salté a la zanja, aparté a un aterciopelado abejorro que, tras introducirse en lo más hondo de la flor, se había sumido en un dulce sopor, y traté de cortar el tallo, pero la tarea se reveló muy complicada: no es solo que la planta pinchara por todas partes, incluso a través del pañuelo con el que me había envuelto la mano, sino que era tan resistente que tuve que luchar con ella casi cinco minutos, arrancando las fibras una a una. Cuando por fin conseguí mi propósito, el tallo estaba hecho jirones y la flor ya no parecía tan lozana y hermosa. Además, su rudeza y tosquedad no armonizaba con las delicadas florecillas de mi ramo. Lamenté haber destruido en vano una flor que lucía tan bella en la planta y la arrojé a un lado. «¡Qué energía y fuerza vital! —me dije, recordando lo mucho que me había costado arrancar el cardo—. ¡Con qué determinación se ha defendido y qué cara ha vendido su vida!».

El polvoriento camino que conducía a la casa atravesaba un campo de tierra negra recién arado. Ese campo pertenecía a un solo propietario y era tan extenso que a ambos lados del camino y delante de mí, hasta la cima de la colina, no se divisaba otra cosa que ese barbecho negruzco, arado en surcos regulares y aún sin gradar. El arado se había hecho a conciencia, de suerte que no se divisaba una sola planta, una sola brizna de hierba: todo estaba negro. «¡Qué criatura tan destructiva y cruel es el hombre! ¡Qué enorme variedad de plantas y seres vivos aniquila para conservar su propia existencia!», pensaba, buscando involuntariamente algún rastro de vida en ese campo negro y muerto. Delante de mí, a la derecha del camino, se alzaba un arbusto. Cuando me acerqué, me di cuenta de que era un cardo tártaro idéntico al que había cortado en vano y abandonado en el suelo. Se componía de tres tallos. Uno estaba arrancado, y el trozo que quedaba despuntaba como un brazo amputado. Los otros dos tenían sendas flores, que antaño habían sido rojas, pero que ahora se habían vuelto negras. Uno de los tallos estaba tronchado, y colgaba con la sucia flor en el extremo; el otro, a pesar de que

estaba manchado de tierra negra, se mantenía erguido. Era evidente que el arbusto había sido aplastado por una rueda, pero había conseguido volver a levantarse; esa era la razón de que, aunque erecto, se hubiera vencido de un lado. Era como si le hubieran arrancado una parte del cuerpo, le hubiesen sacado las tripas, arrancado un brazo y sacado un ojo, pero él siguiese en pie, sin rendirse al hombre que había aniquilado a todos sus hermanos.

«¡Qué energía! —me dije—. El hombre ha destruido todo lo que había alrededor, ha acabado con millones de plantas, pero esta no se entrega».

Y me vino a la memoria una historia sucedida en el Cáucaso hace muchos años, que en parte contemplé en persona, en parte conocí por boca de testigos presenciales y en parte completé con el apoyo de mi propia fantasía. Esta es la historia, tal como se ha ido formando en mis recuerdos y en mi imaginación.

Mi casa está donde estoy yo

A partir de sus recuerdos y de las historias que su madre le contaba de niña, Igiaba Scego traza en este libro un mapa de su memoria, marcada por los lugares de la ciudad donde nació y aún habita, Roma, y del país de donde su familia partió exiliada, Somalia. Así, la autora emprende un poético viaje que la llevará a transitar la época del colonialismo, la guerra civil somalí, la llegada de su familia a Italia y una infancia llena de cuentos, preguntas, miedos y anhelos. La palabra configura entonces una topografía interior que restituye la pérdida y da sentido a la búsqueda de una casa propia, de una identidad.

Igiaba Scego (Roma, 1974) Su familia llegó exiliada a Italia tras el golpe de Estado de 1969 en Somalia. Después de estudiar Lenguas Modernas y Pedagogía en Roma, se especializó en diálogo cultural y migraciones, dos temas centrales en su escritura. En 2003 publicó su primera obra, el libro infantil *La nomade che amava* Alfred Hitchcock, inspirado en la historia de su madre. Desde entonces, no ha dejado de escribir cuentos, artículos y novelas (entre las que destacan *Oltre Babilonia*, en 2008, y *La linea del colore*, en 2020), además de este ensayo autobiográfico, *Mi casa está donde estoy yo*.

Título original: *La mia casa è dove sono*

© 2010 Igiaba Scego
Publicado por acuerdo con Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency (PNLA)
© De la traducción: Blanca Gago
Edición en ebook: enero de 2023

© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)

www.nordicalibros.com

ISBN: 978-84-19320-90-2

Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición digital: leerendigital.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Portada
Mi casa está donde estoy yo
El dibujo o la tierra que no está
Teatro Sistina
Plaza Santa María sobre Minerva
El obelisco de Aksum
Estación Termini
Trastevere
Estadio Olímpico
Ser italiana para mí
Agradecimientos
Promoción
Sobre este libro
Sobre Igiaba Scego
Créditos